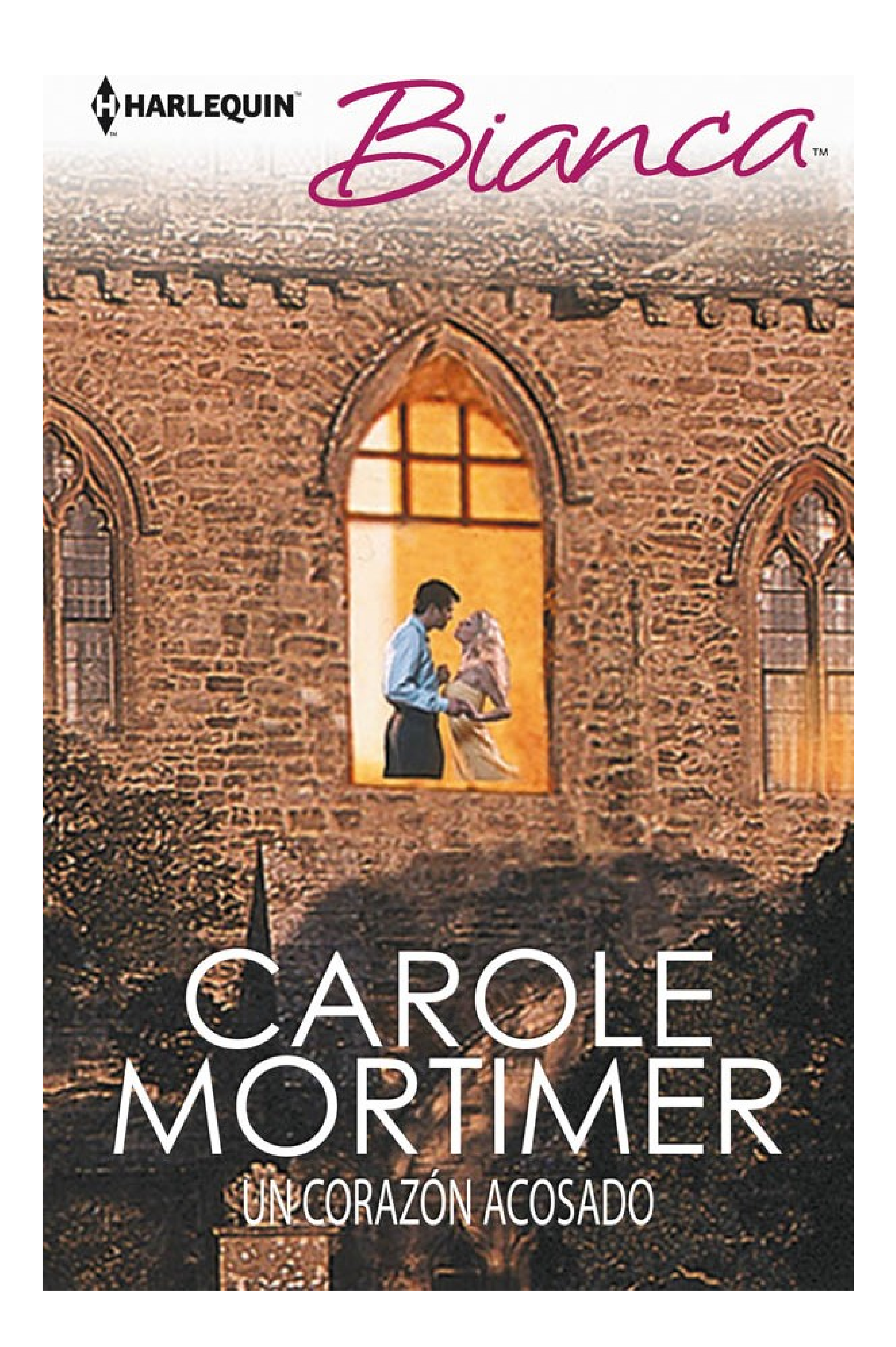

HARLEQUIN
Bianca
CAROLE
MORTIMER
UN CORAZÓN ACOSADO

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Un corazón acosado, n.º 1389 - septiembre 2015
Título original: To Marry McAllister
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-6858-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

MCALLISTER, ¿verdad?

Brice se irguió un tanto resentido ante la intrusión de su intimidad, ¡si se podía decir que había intimidad en medio de una fiesta de celebración de una victoria política!

En condiciones normales él no habría estado en semejante fiesta, pero la hija más pequeña del recién nombrado miembro del parlamento se había casado con su primo Fergus seis meses antes, y, esa noche, toda la familia había sido invitada a casa de Paul Hamilton para celebrar que había sido reelegido. Habría resultado de mala educación negarse a asistir.

No era que le desagradara especialmente que lo llamaran por su apellido, que le recordaba sus días de colegio, pero el tono de aquel hombre le pareció especialmente irritante por su arrogancia casi rozando la condescendencia.

Se giró lentamente y se encontró cara a cara con un hombre que estaba seguro no conocía. Era alto, con el pelo rubio y algo canoso en las sienes, alrededor de los cincuenta, con un atractivo a tono con la arrogancia que Brice había captado en su voz.

–Brice McAllister, sí –corrigió, con frialdad.

–Richard Latham –dijo el hombre, extendiéndole la mano para saludarlo.

Richard Latham… a Brice le resultaba conocido el nombre, pero no la persona…

Le estrechó la mano brevemente, no muy dispuesto a seguir la conversación. Brice nunca había sido un hombre especialmente sociable, y consideraba que, por esa noche, ya había cumplido, y solo estaba esperando a que la fiesta se calmara un poco para poder marcharse de allí.

–No tiene ni idea de quién soy, ¿verdad? –continuó el hombre, divertido más que irritado por ello.

Tal vez Brice no supiera quién era aquel hombre, pero lo que sí

sabía era que se trataba de un tipo persistente. Había dicho que su nombre era Latham, el mismo nombre que el otro yerno de Paul Hamilton, el cuñado de su primo Fergus, lo que quería decir que pertenecía de alguna forma a la familia Hamilton, pero algo le decía a Brice que no era a eso a lo que aquel hombre se refería.

Contuvo un suspiro de impaciencia. Eran casi las siete y hacía largo rato que llevaba pensando en marcharse con el pretexto de otro compromiso al que asistir, pero antes tendría que librarse de esa conversación inoportuna.

–Me temo que no –respondió Brice, sin disculparse. No era la primera vez que un extraño lo abordaba en medio de un acto social como aquel, pero aun así, no era algo que le gustara demasiado.

Aunque tenía que reconocer que, siendo un artista de cierta fama, tenía que aguantar esas situaciones. Ese hombre, con su indiscutible arrogancia, parecía tener bastante interés en él desde el principio.

–Mi secretaria le escribió dos veces el mes pasado respecto a un retrato que me gustaría le hiciera a mi prometida –contestó Richard Latham, enarcando las cejas rubias ante una respuesta tan directa.

¡Ese Richard Latham! Multimillonario, hombre de negocios, conocido por sus relaciones con algunas de las mujeres más hermosas del planeta, casi tanto como por sus éxitos profesionales. Sin embargo, Brice no tenía ni idea de quién podría ser su prometida en ese momento.

–Como ya le expliqué por escrito a su secretaria, me temo que no hago retratos –contestó Brice con educación. Y no le había apetecido responder a la segunda carta que había recibido de la secretaria una semana después para explicarlo todo de nuevo.

–Eso no es cierto –replicó Richard Latham de repente mientras sus ojos azules estudiaban la expresión deliberadamente impasible de Brice–. He visto el magnífico retrato que hizo de Darcy McKenzie.

–Resulta que Darcy es la mujer de mi primo Logan –respondió Brice, sonriendo ligeramente.

–¿Y? –espetó Richard Latham, frunciendo el ceño.

–Eso fue una excepción. Un regalo de boda –contestó Brice, encogiéndose de hombros.

–Bueno, este también será un regalo de boda… para mí –dijo

Richard Latham, con una arrogante inclinación de cabeza.

Brice supo que se trataba de un hombre que no estaba acostumbrado a oír la palabra no, de nadie. Pero él simplemente no se dedicaba a hacer retratos, además de no tener ningún deseo de pintar el capricho de un rico para que pudiera colgarlo en alguna pared de su elegante casa, firmado por «McAllister».

–Lo siento mucho, de verdad –comenzó Brice, que se detuvo al quedar la sala totalmente silenciosa, centrando toda la atención en la mujer que estaba de pie en la puerta de entrada.

Sabina.

Durante los últimos dos años, Brice había visto fotografías de la famosa modelo; habría estado ciego para no hacerlo. Apenas pasaba un día sin que apareciera fotografiada en algún desfile de moda, una fiesta, o algún acto público, pero ninguna de esas fotografías habían preparado a Brice para aquello; la más absoluta perfección, la suavidad de la piel que se dejaba ver bajo el diminuto vestido plateado que llevaba puesto, aquellas larguísimas piernas perfectamente torneadas, unos ojos de un azul luminoso, y el largo cabello del color del trigo maduro rozándole la delgada cintura.

Apenas llevaba joyas, pero tampoco las necesitaba.

Volvió a fijar su atención en los ojos. Eran luminosos, sí, con un finísimo círculo negro rodeando el iris azul celeste. Pero había algo más en la mirada de la mujer, algo que Brice apreció por la forma en que ella miraba la sala. Era algo como aprensión, se diría que incluso miedo…

Entonces, aquellos ojos asombrosos parpadearon, oculta la emoción tan rápidamente como el ojo experto de Brice lo captó. Luego, recobró la confianza en sí misma al mirar en la dirección de este.

–Perdóneme un momento. He de saludar a mi prometida –murmuró Richard Latham burlonamente mientras se alejaba de Brice y cruzaba toda la sala para dar un tierno beso en la mejilla a Sabina. Puso su brazo posesivo sobre los delgados hombros y esta lo miró sonriente.

Brice se dio cuenta al mirarlos de que ella sí llevaba alguna joya; en el dedo anular izquierdo brillaba un enorme diamante con la forma de un corazón. ¿Sabina era la prometida de Richard Latham, la que él tenía que retratar…? ¡La única mujer en el mundo que,

después de verla en carne y hueso, sabía que simplemente tenía que pintar!

No era solamente por su belleza, por muy espectacular que fuese. No, era esa emoción oculta lo que intrigaba a Brice, aquel fogonazo de miedo y vulnerabilidad que hacían de Sabina algo más que una mujer hermosa. Era una emoción que él quería explorar, aunque solo fuera sobre un lienzo…

–Siento llegar tarde –Sabina sonrió dulcemente a Richard–. Me temo que Andrew ha tenido muchas dificultades con las prendas hoy –dijo haciendo una mueca un tanto despectiva al referirse al diseñador con el que había estado trabajando ese día. Andrew era probablemente uno de los mejores, pero sus constantes cambios de humor hacían que fuera terrible trabajar con él.

–Pero ahora estás aquí, que es lo único que importa –contestó él, mientras se daba la vuelta para entrar en la sala de nuevo.

Sabina se relajó entonces. Era maravilloso tener a alguien a su lado que no se enfadaba por los cambios de planes que se producían relacionados con su trabajo. Y, afortunadamente, parecía que la gente había vuelto a la conversación animada que se interrumpiera con su llegada. Después de siete años trabajando como top model, Sabina no lograba acostumbrarse a la forma en que la gente se paraba para mirarla, y había tenido que construirse un escudo protector que la ayudara a esconder la consternación que le producía ver el efecto que su aspecto tenía en la gente.

El único lugar en el que parecía estar a salvo de ser reconocida era en una hamburguesería a la que le encantaba ir. Nadie habría creído nunca, a juzgar por su esbeltez, que Sabina, la modelo, vestida con unos vaqueros y una camiseta, y con el pelo en una coleta bajo una gorra de béisbol, pudiera comerse una hamburguesa con patatas fritas. Pero, por muy escépticos que algunos reporteros pudieran mostrarse, que aseguraban que solo se alimentaba de lechuga y agua para mantener su espléndida figura, era en realidad una de esas personas afortunadas que podía comer lo que quisiera sin engordar un gramo.

Sin embargo, tenía que reconocer con tristeza, que hacía mucho tiempo que no se había atrevido a hacer una de esas visitas sorpresa

a su lugar favorito; seis meses, exactamente…

–Quiero que conozcas a alguien, Sabina –continuó Richard–, que también quiero que te conozca –añadió con satisfacción.

Sabina lo miró inquisitivamente, pero no pudo leer nada en su rostro mientras este la conducía a través de la sala hasta el hombre con quien lo había visto charlar cuando llegó. Era un hombre alto, algo más que Richard, treinta y tantos años, vestido con estilo informal, vaqueros azules, camiseta blanca y chaqueta negra, con el pelo largo y una belleza un tanto indomable. Pero fueron los ojos verdes los que llamaron la atención de Sabina, unos ojos penetrantes que parecían capaces de leerle la mente.

–Brice, me gustaría que conocieras a mi prometida, Sabina. Sabina, este es Brice McAllister –dijo Richard, haciendo las presentaciones.

Ella sabía que Richard estaba muy orgulloso de ella, pero en ese momento pareció estarlo aún más de lo habitual. Sabina miró al hombre con curiosidad. Brice McAllister. ¿Lo conocía…? ¡El artista! Brice McAllister era uno de los artistas más famosos en el mundo en ese momento, pero ni siquiera eso explicaba la actitud de Richard hacia él…

–Señor McAllister –saludó ella, con frialdad.

–Sabina –contestó él, asintiendo bruscamente con la cabeza–. ¿Tiene usted apellido? –añadió burlonamente.

–Smith –contestó ella secamente–. Pero no lo sabe mucha gente. Mi madre se esforzó por encontrar un nombre exótico que alejara la atención de un apellido tan normal.

Sabina se dio cuenta de pronto de que estaba hablando por el simple gusto de hacerlo, y con un hombre que instintivamente la hacía sentir incómoda, y frunció el ceño. Pero no podía evitar hacerlo con aquellos profundos ojos verdes mirándola atentamente…

–Eres Sabina, sin más –intervino Richard, con su habitual arrogancia.

¿Acaso habría sentido él también la intensidad de aquella mirada verde esmeralda?

Un temblor recorrió el cuerpo de Sabina y la empujó a buscar la seguridad junto al cuerpo de Richard.

–Prometo no decírselo a nadie –contestó Brice McAllister,

divertido.

Sin embargo, había algo en aquel hombre que no encajaba con una imagen de bromista. Estaba segura de que podía ver en su interior.

«¿Qué es lo que habrá visto?», se preguntó Sabina. Esperaba que solo cariño y bondad. También buen humor y risas. Lealtad y honor. Pero también aprensión y miedo… ¡No! Ella siempre tenía mucho cuidado de ocultar esos sentimientos. Aunque no le resultara tan fácil cuando estaba sola, razón por la que hacía todo lo posible por no quedarse a solas con sus pensamientos…

–Su prometido y yo estábamos discutiendo sobre la posibilidad de hacerle un retrato –dijo Brice McAllister para romper la tensión.

Sabina frunció el ceño, perpleja, dirigiendo su mirada a Richard. Este no le había mencionado nada al respecto y, por su parte, ella tenía claro, a pesar del breve tiempo que había pasado en la inquietante compañía de Brice McAllister, que era el último hombre con el que quería estar a solas.

–Me temo que Brice acaba de estropear mi sorpresa –contestó Richard, sonriendo con desprecio, antes de lanzarle una mirada desafiante al hombre–. Veo que ha reconsiderado la idea de hacer el retrato de Sabina después de todo –dijo arrastrando las palabras en tono burlón.

Sabina miró a Brice McAllister también, entendiendo por las palabras de Richard que la cuestión del retrato no había sido tan fácil como el artista había querido dar a entender… Y si no había sido así, ¿por qué había cambiado de idea? Si lo había hecho era por algo…

–Es una posibilidad –Brice McAllister se encogió de hombros sin inmutarse–. Tendría que hacer unos cuantos bocetos antes de tomar una decisión en firme –sonrió, con una mueca–. Pero le aviso que no hago los típicos retratos mostrando la dulzura y la hermosura.

¡Estaba dando a entender que ella era una de esas bellezas típicas! Estaba claro que no era el hombre más encantador que había conocido en su vida, admitió Sabina con tristeza, pero al menos era sincero. Tal vez lo que quería decir era que no solo quería reproducir el físico de una persona, sino también lo que había en su interior. Tal vez su instinto femenino estaba en lo cierto respecto a que aquel hombre podía ver el interior de las personas.

–Así es que también le interesan los defectos –dijo Richard con sequedad–. Bien, como puede ver, Sabina no tiene ni uno solo –dijo mirándola con orgullo.

Sabina miró a Brice McAllister, pero tuvo que retirar la vista rápidamente al ver el absoluto desdén con que observaba la actitud posesiva oculta bajo aquel orgullo de Richard. Pero la intensidad de la mirada del artista en ella parecía no dejarle ver con claridad lo que significaba esa actitud: orgullo ante la posesión de un objeto bello.

–Creo, Richard, que tal vez no seas del todo imparcial –dijo ella con voz ronca–. Y también creo que ya le hemos robado demasiado tiempo al señor McAllister por esta noche –añadió, con perspicacia, deseosa de verse libre de la intensidad de aquella punzante mirada verde.

No le había gustado aquel hombre. Había algo en su forma de mirarla que la hacía sentir incómoda, y cuanto antes se viera lejos de él, mejor se sentiría.

–Si me da su número de teléfono y su dirección, tal vez pudiera llamarla y acordar un día para hacer esos bocetos –dijo Brice.

Sabina tragó con dificultad, no tenía la más mínima intención de que aquel hombre supiera de ella más de lo que había visto hasta el momento.

–Eso es fácil. Tenemos la misma dirección y teléfono –dijo Richard burlonamente mientras sacaba una tarjeta de visita y se la entregaba–. Si ninguno de los dos estamos en casa cuando llame, puede dejarle el mensaje a nuestra ama de llaves.

Sabina pudo sentir de nuevo la intensidad de los ojos verdes del hombre clavados en ella al cobrar conocimiento de que vivían juntos en la casa de Richard, Mayfair. Sus labios se contrajeron en un gesto desaprobatorio y los ojos se tornaron fríos mientras la examinaban.

Sabina soportó con dignidad el desdén en la expresión de Brice McAllister mientras la miraba, aunque no pudo controlar el rubor en sus mejillas.

Sabina lo maldijo. ¿Quién se creía que era para juzgarla? Tenía veinticinco años, por amor de Dios, edad suficiente para tomar sus propias decisiones, sin tener que responder ante nadie más que ella misma. Y era muy feliz viviendo con Richard.

¿Tal vez se había puesto un poco a la defensiva?

Tal vez, pero Brice McAllister no sabía el acuerdo que habían alcanzado Richard y ella cuando se comprometieron siete meses antes, no podía tener ni idea de que el compromiso no era más que una fachada, porque estaba basado simplemente en cariño, no en amor. Era en realidad un escudo que la protegía del miedo con el que había vivido los últimos seis meses, a cambio de que él pudiera presumir de ella. Y por muy extraño que pudiera parecer, ella se había dado cuenta, en los últimos meses, de que eso era lo único que quería de ella…

No cabía duda de que a cualquier otra persona su compromiso le habría parecido extremadamente extraño, pero para ellos estaba bien. ¡Y no era asunto de aquel Brice McAllister!

–La llamaré –dijo Brice, arrastrando de nuevo las palabras, con sorna, guardando la tarjeta de Richard en el bolsillo de la chaqueta, antes de despedirse con una inclinación de cabeza. Se alejó entonces de ellos en dirección a una pareja que le hacía carantoñas a un bebé.

–El primo de Brice, Logan McKenzie, y su adorable esposa Darcy –murmuró Richard al oído de Sabina.

A esta no le interesaba en absoluto quiénes eran aquellas personas, ni la relación que tuvieran con el arrogante Brice McAllister; lo único que sabía era que la alegraba verse libre de él. Ya podía respirar tranquila de nuevo.

En realidad, ni siquiera se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que Brice se hubo marchado, y entonces, había tenido que tomar aire profundamente varias veces para recuperarse.

Lo que sí sabía era que no tenía la más mínima intención de quedarse a solas en casa con aquel hombre en caso de que este la llamara.

Y, mientras tanto, hizo todo lo posible para convencer a Richard de que cambiara de idea en cuanto a lo del retrato…

–Me temo que la señorita Sabina no está en casa –contestó el ama de llaves por quinta vez esa semana.

Brice sabía exactamente que era la quinta vez que había

telefoneado y obtenido la misma respuesta y estaba empezando a perder la paciencia. Sobre todo porque estaba seguro de que la hermosa Sabina le estaba dando largas.

Por la expresión de su cara al oír que Richard quería que él la retratara, sabía que Sabina no compartía el deseo. Lo que, para ser sinceros, no hacía más que aumentar su determinación a hacerlo.

–Gracias por su ayuda –respondió Brice al ama de llaves, preguntándose dónde podría encontrarla. Estaba claro que lo de telefonearla para convenir el día adecuado para hacerle unos bocetos no estaba dando resultado.

–Le diré a la señorita que la ha llamado –dijo el ama de llaves antes de colgar.

Como si aquello fuera a ayudarlo mucho. Estaba seguro de que Sabina ya sabía que la había llamado cuatro veces, cinco con esa, y a pesar de haber dejado su número de teléfono, esta no le había devuelto la llamada.

«Si yo fuera usted, me mantendría alejado de mi tío Richard. Le gusta coleccionar objetos preciosos, y considera a Sabina como parte de su colección. La expresión 'la oveja negra de la familia' adquiere con él una nueva dimensión», le había dicho David Latham cuando Richard y Sabina se hubieron marchado de la fiesta.

Richard Latham no era en quien Brice estaba interesado, aunque no había otra forma de acceder a la bella Sabina aparte de él…

Para ser una figura pública, Sabina tenía cierta tendencia a recluirse, y nunca hacía su aparición en ningún sitio si no iba acompañada del atento Richard, o alguno de sus empleados. Brice lo sabía porque había asistido a un desfile benéfico el fin de semana anterior con su primo Fergus, y Chloe, la esposa de este, que era diseñadora, porque sabía que Sabina desfilaría. Pero allí se dio cuenta de lo inaccesible que era, parapetada tras una mole humana, que lo detuvo cuando intentó hablar con ella detrás del escenario al término del desfile.

No apareció en la recepción que se celebró después, y Brice supo que Sabina había sido introducida en un coche nada más terminar el desfile.

Sabina confería un nuevo significado a la palabra esquiva, y para ser sinceros, Brice ya había tenido suficiente.

Estaba además bastante seguro de que Richard Latham no tenía

ni idea de que Sabina había estado evitando sus llamadas, y parecía muy decidido a hacer que Brice le hiciera un retrato a su prometida.

No tardó mucho en llegar a Mayfair; el Mercedes deportivo de la puerta indicaba que había alguien en casa. En ese momento, no le importaba si era Sabina o Richard, tan solo quería conseguir la cita.

No sabía por qué, pero se había quedado muy sorprendido cuando Richard Latham le había dicho que compartían casa, y por tanto, suponía que cama también. Había algo en Sabina que la hacía intocable a sus ojos, una distancia que mantenía alejados a todos los que estuvieran a su alrededor. ¡Obviamente eso no incluía a Richard Latham!

–¿Sí?

Brice había estado tan perdido en sus pensamientos, que no se había dado cuenta de que habían abierto la puerta al oír el timbre, y una mujer mayor, obviamente el ama de llaves con la que había hablado tantas veces por teléfono, lo miraba interrogante.

–Me gustaría ver a Sabina –dijo Brice, con determinación.

–¿Está usted citado con ella? –preguntó la mujer alzando las cejas oscuras.

Si fuera así, no estaría allí. Brice trató de controlar su enfado. Después de todo, no estaba enfadado con esa pobre mujer.

–¿Podría decirle a Sabina que el señor McAllister desearía verla? –dijo, haciendo gala de toda su buena educación.

–¿McAllister? –repitió la mujer frunciendo el ceño, volviendo la vista hacia el interior de la casa por detrás de sí–. ¿Pero no es usted…?

–¿El hombre que ha telefoneado media docena de veces la última semana para hablar con Sabina? Sí, el mismo. Y ahora, ¿podría decirle, por favor, que estoy aquí?

–Pero…

–Está bien, señora Clark –la voz de Sabina sonó y al momento apareció en la puerta–. Por favor, entre al salón, señor McAllister –invitó con frialdad.

Brice asintió bruscamente con la cabeza, temeroso de decir algo que la hiciera arrepentirse. Era extraño, porque él nunca había considerado que tuviera mal carácter, pero esa última semana el asunto de Sabina le había hecho perder la paciencia con frecuencia.

Sabina tenía un aspecto muy distinto ese día. Llevaba puestos

unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca, el pelo recogido en una trenza a lo largo de su espalda, y el rostro libre de maquillaje. Brice no tenía idea de la edad que podría tener, pero en ese momento no aparentaba más de dieciocho.

–Me temo que tendrá que perdonarme –dijo ella, refiriéndose a su aspecto informal haciendo una mueca cuando se giró para mirarlo una vez estuvieron solos en el salón–. Acabo de volver del gimnasio.

–¿Acaba? –Brice alzó una ceja con gesto escéptico.

–¿Le apetece tomar algo? –ofreció ella.

–No, gracias –rehusó con sequedad el ofrecimiento–. La he telefoneado varias veces esta semana –añadió, con dureza.

—¿De veras? –Sabina rehuyó ligeramente la mirada del hombre.

Brice no podía creer que aquello le estuviera resultando tan difícil. Richard Latham era el que le había hecho el encargo. Él ni siquiera se lo había pedido. Hasta que vio a Sabina…

–Lo sabe perfectamente –respondió impaciente.

–He estado muy ocupada esta semana. Un viaje a París. Varios desfiles aquí. Una sesión fotográfica con…

–No me interesa en absoluto lo que ha estado haciendo, Sabina, lo único que me importa es por qué ha estado rehuyendo mis llamadas –interrumpió con dureza.

–Se lo estoy diciendo…

–Incluso en el caso de no haber estado aquí… estoy seguro de que la eficiente señora Clark la habrá informado de todas y cada una de mis llamadas.

–Tal vez. ¿Está seguro de que no le apetece un té? –continuó Sabina.

–Totalmente –Brice tuvo que morderse la lengua. Un whisky le iría fenomenal en ese momento, pero solo eran las cuatro de la tarde. Aunque, la frialdad de Sabina era tal, que induciría a cualquier hombre a la bebida–. En cuanto a nuestra cita para hacer el boceto…

–Por favor, siéntese.

–Gracias, pero prefiero quedarme de pie.

Sabina se encogió de hombros y después se sentó en un sillón.

–Es extraño, pero creí entender que era usted un artista de cierta fama –murmuró Sabina con sequedad.

–Así es –contestó Brice, con cautela.

–¿De verdad? –musitó ella, despectivamente–. ¿Y normalmente se dedica a perseguir a los clientes que le encargan la obra?

Sabina estaba intentando insultarlo, y lo estaba consiguiendo; Brice sintió una oleada de rabia en su interior. Pero al mismo tiempo se preguntaba por qué aquella mujer estaría tratando de causar su enojo, negándose a que le hiciera el retrato, porque sabía que eso era exactamente lo que estaba intentando.

–Creo que aceptaré esa taza de té después de todo –dijo tomando aire para recuperar la calma, y se sentó en el otro sillón.

Pero no podía dejar de mirar la fría belleza de la mujer, tratando de no perder ni un detalle de la expresión de absoluta consternación que esta no fue capaz de ocultar. Brice sabía que, a pesar de que le hubiera ofrecido la taza de té en un principio, Sabina deseaba en realidad que se marchara cuanto antes.

Seguro que porque Richard Latham regresaría a la casa en cualquier momento y no podría seguir negándose al retrato.

–No tengo prisa –dijo, acomodándose en el sillón.

–Bien –contestó Sabina, levantándose con gran agilidad–. Iré a hablar con la señora Clark.

Y también a tomarse algo de tiempo para conseguir recomponerse, pensó Brice. Sabía que no se equivocaba, estaba seguro de que Sabina no tenía intención de dejarse retratar por él.

¿Por qué? ¿Qué era lo que no le gustaba de él? Aunque Brice estaba seguro de que no era exactamente disgusto lo que había visto en los ojos de ella en ese momento de sorpresa. Era algo más parecido al miedo.

Sabina no fue directamente a la cocina, sino que subió corriendo a su dormitorio para lavarse la cara con agua helada y calmar el ardor de sus mejillas.

Nunca se le ocurrió que, al no contestar a las llamadas de Brice, este se presentaría en su casa. Se dio cuenta del error que había cometido.

Pero ya era tarde para arrepentimientos. Richard regresaría en una hora, lo que significaba que tendría que terminar con Brice McAllister antes, poniéndole todo tipo de obstáculos para no poder

concertar una cita en el estudio de este, y luego en cualquier caso lo cancelaría todo.

Cada vez estaba más convencida de que no quería que aquel hombre le hiciera un retrato, particularmente después de ese segundo encuentro. Sabía que era tan bueno como decían, y también sabía la razón por la que era tan bueno; Brice McAllister era exactamente lo que le había parecido cuando lo conoció en la fiesta: alguien que buscaba y mostraba con sus pinceles aquello que no se podía ver a simple vista.

Esos ojos verdes podían ver más allá de la fachada exterior de cada uno, traspasar cualquier barrera que uno hubiera levantado, hasta llegar al centro del alma, tan dentro, que podía ver cuáles eran las emociones particulares de cada uno. ¿Por qué había pasado de ser una persona sociable y feliz a una mujer que se escondía detrás de una barrera protectora, decidida a no dejar entrar a nadie?

–El té estará listo en un momento –anunció brevemente, unos minutos después de unirse a él en el salón–. Richard me ha dicho que ha pintado usted un magnífico retrato de la mujer de su primo, Darcy McKenzie –dijo en cuanto se hubo sentado en el sillón.

–Eso me han dicho –respondió él, asintiendo con la cabeza.

–Creo que espera haga lo mismo conmigo –Sabina le ofreció una amplia pero vacía sonrisa.

Brice McAllister miró en derredor.

–¿Y que espera usted, Sabina?

Realmente no necesitaba preguntárselo. Sabina estaba segura de que él ya sabía exactamente lo que ella esperaba, que no la retratara, que se marchara de su casa y dejara su barrera intacta…

–Lo mismo, por supuesto –respondió, con suavidad, encontrándose con la mirada penetrante del hombre, sin encontrar escapatoria alguna.

–Por supuesto –repitió Brice, con sequedad–. Yo…

–El té –interrumpió Sabina, sonriendo a la señora Clark al verla entrar por la puerta con la bandeja, que contenía solo té, como Sabina le había ordenado minutos antes. No tenía ninguna intención de ofrecerle pastas que demoraran más su partida.

–Sin azúcar, gracias –dijo Brice cuando Sabina se dispuso a servirlo.

«Desde luego, este hombre no sabe lo que es la dulzura», pensó Sabina. Era un tipo duro, decidido, ligeramente arrogante, introspectivo y decididamente nada dulce.

–Parece muy cómoda aquí –comenzó él, burlón.

A pesar de haberla tomado desprevenida, Sabina se las arregló para continuar sirviendo el té.

–¿Y por qué no debería? Es mi casa –respondió con frialdad, sintiendo una vez más la desaprobación de aquel hombre.

Algo que, por otra parte, resultaba bastante impropio de un hombre como él, de unos treinta y tantos años, por lo anticuado. ¿O tal vez fuera la diferencia de edad entre Richard y ella lo que no le parecía bien?

–Entonces, ¿cuándo podemos quedar para hacer esos bocetos? –preguntó él de repente.

–Tengo una agenda muy apretada para los próximos meses –contestó ella, sacudiendo la cabeza negativamente.

–Estoy seguro que le quedará un hueco libre de una hora algún día –contestó él, desafiante, frunciendo la boca en gesto despectivo.

Era posible que tuviera una hora libre, por supuesto, pero lo que no quería era pasar ese tiempo con él.

–Es posible, pero incluso yo merezco algo de tiempo para mí.

–Estar sentada mientras yo tomo algunos detalles no va a resultarle excesivamente cansado –dijo él con sequedad.

Todo menos soportar durante una hora aquella mirada clavada en ella, examinando su interior, definitivamente no.

–Me temo que no hay ningún hueco libre en mi agenda en este momento, pero tan pronto como lo haya se lo haré saber –contestó Sabina con aire de desprecio, consciente de que la taza del hombre no estaba vacía.

–Mañana es sábado; seguro que no está tan ocupada el fin de semana también –contestó él alzando un ceja, y haciendo un esfuerzo por no levantarse para marcharse.

A Sabina le costaba trabajo contener el enfado. ¡Aquel hombre estaba totalmente decidido a seguir con aquello hasta el final! Lo que era más, su determinación crecía cuanto más notaba que a ella no le gustaba la idea. Sacudió la cabeza con fingido malestar.

–Me temo que Richard y yo estaremos ocupados este fin de semana –consiguió decir con sinceridad, y también algo de

satisfacción.

Al menos, pudo permitirse sentir ese pequeño placer durante unos minutos, ya que en ese momento oyó el coche de Richard. Normalmente se alegraba mucho al verlo, porque se sentía más segura cuando este estaba a su alrededor, pero ese día su corazón dio un brinco con su llegada. Sabía que, a pesar de las indirectas que le había lanzado durante toda la semana sobre la pereza que le causaba lo del retrato, él estaba totalmente decidido a que Brice McAllister lo pintara.

–Es una pena –dijo él, obviamente nada convencido de la excusa que Sabina acababa de darle.

Él no se había dado cuenta todavía de que Richard había llegado a la casa, y Sabina se aseguró de que su comportamiento no delatara el profundo desagrado que le causaba la idea de que los dos hombres volvieran a encontrarse. ¡Tenía que tratar de evitarlo como fuera!

–Me estaba preguntando… –continuó Brice, dando un profundo suspiro.

–¿Sabina? ¿Estás en…? –Richard entró en el salón llamándola, y se detuvo en seco al ver que Sabina no estaba sola, hasta que se dio cuenta de que era Brice McAllister quien estaba con ella, y de que había dos tazas sobre la mesita, lo cual indicaba que llevaba un tiempo allí.

–¡Richard! –exclamó Sabina, poniéndose en pie inmediatamente para cruzar la habitación y llegar hasta su prometido, enlazando su brazo con el de él mientras le sonreía–. El señor McAllister ha venido a tomar el té –dijo ella quitándole importancia al hecho.

Brice no había ido a tomar el té exactamente. La verdadera razón de que estuviera allí era conseguir acorralarla para obligarla a convenir una cita para que él pudiera hacer el boceto.

Sabina lo miró desde el otro lado de la estancia, preguntándose qué razones le daría aquel hombre a Richard para explicar su visita. ¿Le diría tal vez lo de las cinco llamadas a lo largo de la semana? Sabía exactamente cuántas veces había llamado y le había ordenado expresamente a la fiel señora Clark que contestara que no estaba en casa. ¿Le contaría que había estado evitándolo?

Sabina se quejó en silencio, sabedora de que a Richard no le gustaría saber que ella había estado evitando a Brice McAllister a

propósito toda la semana. Y cuando estuvieran solos, Richard querría saber la razón de ese comportamiento. ¡Pero ella no podía decirle que lo había hecho porque no quería que aquel hombre pudiera leerle la mente!

–He venido en persona para disculparme por no haberme puesto en contacto en la última semana –dijo Brice McAllister en voz baja–. Me temo que he estado muy ocupado, pero eso no es tampoco una excusa para la tardanza –puntualizó con una sonrisa burlona.

Sabina lo miró incrédula. ¿Que había estado demasiado ocupado? ¿Tardanza…? ¿Estaba pidiendo disculpas…? ¿Él? Cuando en realidad había sido ella la que no había…

–No hay problema –Richard aceptó las disculpas y se relajó al escuchar la explicación de Brice–. Entonces, ¿todo arreglado, espero? –inquirió, mirándolos a los dos.

Sabina miró a Brice como pidiéndole consejo sobre qué decir, sorprendida todavía por la forma en que este había quitado importancia al asunto.

¿Estaba todo resuelto ya? Pero lo más importante, ¿por qué había mentido? Ella era la única que se beneficiaría de esa mentira, y, como bien sabía, no había hecho nada desde que lo conocía para merecer semejante trato de favor. Tampoco Brice había mostrado hasta ese momento que fuera capaz de comportarse así.

–Eso creo –contestó él, mirándola inquisitivamente.

¡Por eso había mentido! La había empujado hasta una posición en la que no tenía más remedio que acordar una cita con él, lo que, en esas circunstancias, era lo mínimo que podía hacer.

–Richard, le estaba explicando al señor McAllister en este momento…

–Brice –interrumpió este, con sequedad.

–A Brice –corrigió ella, mirándolo ligeramente irritada. No quería tutearse con él, no quería que se redujera la distancia entre ambos–, que tengo la tarde del próximo martes libre –admitió finalmente, de mala gana.

–Y yo estaba felicitándola por tener tan buena memoria –intervino Brice–. Yo siempre tengo que consultar mi agenda antes de acordar una cita –añadió él, burlándose de ella con toda la intención.

Sabina le clavó la mirada. ¿Cómo se atrevía a burlarse de ella

cuando sabía que no podía defenderse? Probablemente por eso.

–Martes a las tres de la tarde, entonces –asintió Brice con la cabeza bruscamente, visiblemente cansado de ese juego e impaciente por marcharse; sacó una tarjeta del bolsillo de la chaqueta.

Sabina lo odiaba por lo mucho que había disfrutado con la situación y le frustraba reconocerlo, pero ¿qué elección tenía en ese momento?

–De acuerdo –asintió ella, con brusquedad, tomando la tarjeta que le daba el hombre, pensando que tal vez podría perderla antes del día en cuestión. Pero al mismo tiempo, sabía que ni siquiera eso podía salvarla. Aquella cita había quedado grabada en la memoria de Richard como a fuego.

Richard asintió con la cabeza.

–Yo tengo una reunión ese día, me temo, así es que haré que Clive te acompañe –le dijo este tranquilizadoramente.

–¿Clive? –repitió Brice lentamente–. Tengo que decirte que, a diferencia de Sabina, no me gusta trabajar con público –dijo, con dureza.

–Clive no será una molestia, te lo aseguro –Richard rio despectivamente–. Pero si te molesta, puede esperar en el coche –añadió.

–Me molesta –dijo Brice.

No tanto como la molestaba a la propia Sabina pensar en estar una hora a solas con él en su estudio.

Capítulo 2

QUÉ sabes de Sabina, la modelo?

–¡Ajá! –exclamó Chloe con satisfacción dejando el cuchillo y el tenedor sobre el plato para mirar a Brice, sentado frente a ella en la mesa–. Le dije a Fergus, después de que me acompañaras el otro día al desfile, que algo te traías entre manos. Y ahora me invitas a comer, sabiendo que Fergus está en Manchester por trabajo –dijo esto último bromeando.

Brice quería mucho a la mujer de su primo, y la consideraba la hermana pequeña que nunca había tenido, pero a veces…

–No me traigo nada entre manos, Chloe –contestó con cierta brusquedad–. Voy a hacerle un retrato, y pensé que me gustaría saber algo de ella antes de comenzar.

–Oh –Chloe no pudo ocultar su decepción al oír la explicación.

Brice sacudió con tristeza la cabeza al ver la expresión de ella.

–Solo porque Fergus y tú seáis las personas más felices sobre la faz de la tierra, y más aún al saber que esperas un bebé, no significa que todo el mundo a vuestro alrededor tenga que estar enamorado también.

–¿Pero no sería maravilloso que así fuera? –preguntó Chloe, sin pensar.

–Está prometida, Chloe –dijo él, quitándole importancia, divertido.

–Pero no parece que tengan prisa por casarse. Además, Richard Latham es mucho mayor que ella…

Brice era sumamente consciente de ello… Estar enamorado no era lo que él definiría como el estado ideal para él, pero sabía que sus dos primos habían encontrado el amor en el último año, y que tanto ellos como sus esposas deseaban que él entrara a formar parte de su feliz grupo. El único problema era que él no había encontrado todavía la mujer perfecta. Y Sabina, la modelo, tampoco era esa mujer. Era muy hermosa, sí, y desde su encuentro el viernes

anterior, había descubierto que era una mujer natural y nada afectada. Lo intrigaba el hecho de que estuviera comprometida con un hombre mucho mayor que ella así como el hecho de que siempre se hiciera acompañar por un guardaespaldas allá donde fuera, porque no le cabía ninguna duda de que Clive, el hombre que la llevaría en coche a su estudio, no era más que eso, por mucho que lo denominaran de otra forma.

Pero lo que realmente quería saber, después de lo que le dijo David Latham acerca de su tío, era si Sabina era protegida por ser uno de los objetos de coleccionismo de Richard, o había otra razón.

Por eso se preguntaba si Chloe, una diseñadora con muchos contactos en el mundo de la moda, sabría algo de Sabina que respondiera a sus muchas dudas. Pero lo último que quería era que Chloe pensara que tenía un interés de otro tipo en ella.

–¿Qué tal va el último libro de Fergus? –preguntó Brice, decidido a cambiar de tema; siempre podían volver a hablar de Sabina más tarde.

–Es número uno en los más vendidos después de solo dos semanas a la venta –contestó Chloe, con evidente orgullo–. ¿Lo has leído ya?

–Todavía no –contestó él, volviendo a su plato, contento porque había desviado el interés de Chloe en una posible boda para él–. Está ambientado en el mundo de la moda, ¿no?

Era la forma perfecta de distraer a Chloe del asunto de Sabina, y durante los siguientes quince minutos hablaron del enorme éxito del libro de Fergus. Después, hablaron del regreso del padre de Chloe a la política, y finalmente, del gobierno. ¡Hablaron de todo menos de Sabina!

Mientras charlaban de múltiples cosas, Brice se había dado cuenta de que su interés en Sabina era puramente personal.

Aquella mujer se esforzaba por mostrarse fría y distante, colocando una barrera entre los demás y ella, excepto con Richard Latham. Y al mismo tiempo, notaba una gran vulnerabilidad en ella que le resultaba totalmente inexplicable.

Sabina era una modelo extremadamente hermosa, muy solicitada, y muy bien pagada. Sus ganancias alcanzaban las de la actriz mejor pagada de Hollywood, lo que significaba que tenía el dinero para hacer lo que le apeteciera. Y sin embargo…

Era eso precisamente lo que tenía intrigado a Brice, lo que lo había tenido pensando en Sabina aun sin ser consciente de que lo estaba haciendo. Pero esa tarde esperaba resolver el enigma que rodeaba a Sabina Smith.

–Gracias por la comida, Brice –dijo Chloe, acercándose a él para darle un beso –, y suerte con Sabina esta tarde –añadió con tono cómplice.

Brice sacudió la cabeza con tristeza y se dirigió a su casa. No dudaba que, por la noche, toda la familia sabría que le había estado preguntando a Chloe por Sabina.

Llegó a casa mucho antes de las tres, hora de la cita con Sabina, pero las tres llegaron y pasaron y Sabina no apareció. No iba a ir. Después de cuatro días y toda la expectación ante la cita, ¡no iba a ir!

Brice estaba furioso porque sabía que la modelo lo había hecho deliberadamente. Él… De pronto, sonó el timbre.

Eran las tres y veinticinco, no había llamado para decir que llegaría tarde, y sin embargo, Brice sabía que era ella. Se obligó a no mostrarle el enfado que sentía. Probablemente, fuera lo que pretendía.

–Siento mucho llegar tarde –saludó Sabina–. Tenía una sesión fotográfica para una revista esta mañana, y, aunque me prometieron que habría terminado hacia las dos…

–No importa –la interrumpió Brice con firmeza, porque, a pesar de conocerse desde hacía tan poco tiempo, estaba seguro de que Sabina no era una mujer muy efusiva, y nunca utilizaría tantas palabras. Lo más probable era que se lo estuviera inventando todo sobre la marcha–. ¿Has comido?

–No… –parpadeó sorprendida varias veces ante el repentino cambio de tema.

–¿Puedo ofrecerte un sándwich o alguna otra cosa? –preguntó Brice, mirando a su ama de llaves inquisitivamente mientras hacía el ofrecimiento.

–En realidad no me apetece nada ahora. Puede que más tarde.

–¿Un café o un té? –ofreció Brice.

Dios mío, estaba realmente hermosa ese día, con esa camiseta azul como sus ojos, ajustada en los sitios precisos, igual que los pantalones negros de pitillo que llevaba; el pelo suelto le cubría

toda la espalda. Brice no podía soportar el ansia por tomar lápiz y papel y comenzar los bocetos.

Sabina parecía dispuesta a rechazar ese ofrecimiento también, pero entonces se lo pensó mejor y aceptó.

–Un café sería perfecto. Gracias –sonrió al ama de llaves.

–¿Y Clive? –Brice no pudo resistirse a preguntar, seguro de que el chófer estaría sentado esperando a que terminara, para conducirla de nuevo a casa de Richard Latham. Igual que habría esperado por la mañana a que terminara la sesión fotográfica–. ¿Le apetecerá un café a él también?

Sabina lo miró fijamente durante unos segundos.

–No, estoy segura de que está bien. Espero no ser una molestia –añadió mirando al ama de llaves.

Brice advirtió, cuando la señora Potter salió del estudio hacia la cocina sonriendo, que el aparente trato encantador que le dispensaba Sabina la había hechizado. Estaba seguro de que pondría algo más que café en la bandeja.

–¿Dónde quieres que me ponga? –continuó Sabina.

Era la primera vez que escuchaba una pregunta directa hacia él, y reconoció que a ningún hombre le importaría dónde se pusiera Sabina, con tal de estar con ella.

–Comenzaremos por el diván –contestó este con gesto impasible–. Todavía no estoy seguro de lo que quiero hacer –añadió frunciendo el ceño. No estaba seguro de poder hacer justicia a tanta belleza…

Sin duda lo que veía era hermoso, pero había mucho más; había una Sabina interior que había que descubrir. Estaba decidido, sin importar las barreras que se empeñara en levantar ante ella, a encontrar esa parte de Sabina.

Sabina se sentó en el diván, el estudio inundado de un radiante sol de mayo. Fuera, el jardín era toda una fiesta de flores, y el rostro de Sabina se iluminó al mirar la escena.

–¿Te encargas del jardín tú mismo? –preguntó interesada.

–¿Perdón?

Se volvió para mirar a Brice McAllister, y se dio cuenta de que ya estaba enfrascado en el boceto que estaba dibujando en su

cuaderno sobre las rodillas, sentado en el otro extremo de la habitación.

–No sabía que hubieras empezado ya –murmuró un poco molesta, consciente de que la había pillado desprevenida mientras miraba el jardín.

–Solo he dibujado los primeros trazos –contestó, prestándole a continuación toda su atención–. Y sí, me ocupo yo mismo del jardín. Me relaja bastante después de pasar horas y horas en el estudio. ¿Te gusta la jardinería?

–Me gustaba –contestó ella, su expresión repentinamente pensativa.

–Antes de que los compromisos de trabajo lo hicieran imposible –convino Brice.

–Algo así –contestó ella, sintiendo un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

El hecho de no hacerlo, no se debía en absoluto a los compromisos laborales, solo tenía que ver con el hecho de que ya no vivía en su pequeña casita, pero no iba a contárselo a Brice McAllister.

Después de todo, ella no quería estar allí con él en ese momento, pero el viernes anterior no le habían dejado otra alternativa más que aceptar. Por una parte, le debía su agradecimiento por no haberle contado a Richard las evasivas a contestar al teléfono, pero algo dentro de ella le impedía decírselo…

–¿Algo así? –repitió Brice con calma.

Sabina dio un salto, incómoda.

–No estoy segura de ser la persona adecuada para hacer esto; simplemente no me puedo estar quieta.

–Levántate y muévete por la habitación si lo prefieres –dijo él, asintiendo con la cabeza–. Yo tampoco estoy seguro de que estar sentada sea la posición perfecta.

Sabina se preguntaba, mientras se ponía en pie, cual sería la pose que él consideraría perfecta para ella.

El estudio de Brice McAllister estaba muy desordenado pero parecía ordenado al mismo tiempo; las paredes estaban cubiertas de cuadros, y las estanterías llenas de botes de pintura, pinceles, papel pero no había apenas muebles. Solo la silla en la que esta sentado Brice y el diván en el que había estado sentada ella.

–Aquí está el café –la señora Potter entró con una bandeja llena de sándwiches, fruta y pasteles, aparte del café.

–Gracias –le dijo Sabina afectuosamente.

–Sírvete tú misma –le dijo Brice cuando la mujer hubo salido de la habitación.

Ella sirvió el café en dos tazas, y después se sirvió un sándwich de pollo. No creía tener hambre, pero al primer mordisco cambió de opinión.

–¿Normalmente te saltas las comidas? –continuó Brice, examinándola.

–A veces –contestó ella, encogiéndose de hombros–. Pero normalmente me preparo algo después. No soy una anoréxica, si es lo que estás pensando. Mi cuerpo es así.

–Muy hermoso, ya lo veo. ¿Y cuando es la boda?

–¿Perdón? –Sabina parpadeó asombrada varias veces ante la pregunta tan directa.

–Richard dijo que este retrato sería un regalo de bodas que quería hacerte. Solo me preguntaba cuánto tiempo tendré para hacerlo.

–Creo que debes haber entendido mal –dijo ella, frunciendo el ceño. Que hubieran llegado a un acuerdo no quería decir que fueran a casarse…

–¿Sí? –preguntó Brice, alzando las cejas por la sorpresa–. Me dio la impresión de que Richard hablaba de ello como de algo inminente.

–¿De veras? –preguntó ella a su vez, segura de que se trataba de un error.

–Eso me pareció. Os lleváis bastantes años, ¿verdad? –objetó con decisión.

El comentario hizo que se pusiera colorada. ¿Qué le importaba a aquel hombre la diferencia de edad que hubiera entre su prometido y ella?

–Creo que la edad es una cuestión irrelevante en la época que vivimos –añadió esto último en tono retador.

–¿De veras? –respondió Brice con calma.

Sabina frunció el ceño, más molesta por el comentario de lo que querría admitir. Richard y ella eran amigos, nada más. Brice debía haber malinterpretado a Richard. A menos que este quisiera…

–Pensé que el motivo de venir aquí era el de posar para un retrato, señor McAllister, ¡no responder a cuestiones de mi vida privada! –espetó con nerviosismo.

–Mi nombre es Brice –le contestó él, con suavidad.

–Prefiero llamarlo «señor McAllister» –respondió ella, tensa. Lo que en realidad quería era mantener a aquel hombre lo más lejos de ella posible.

–Como quieras. ¿Podrías acercarte a la chimenea? –pidió él, encogiéndose de hombros y frunciendo el ceño con la cabeza inclinada sobre el bloc.

Sabina estaba furiosa, pero lo ocultó mientras se dirigía hacia la chimenea apagada.

–Sí –Brice exclamó con satisfacción con la pose que había adoptado–. Por supuesto que no lo haríamos con esa ropa, no porque no estés preciosa con ella –se apresuró a añadir, alzando las cejas–. Simplemente no son las más apropiadas para el retrato que quiero hacer.

–¿Y cómo será ese retrato exactamente? –preguntó ansiosa.

Él no respondió, en su lugar frunció el ceño, mientras daba unos últimos retoques al dibujo que tenía delante. Sabina permaneció en la posición en la que estaba, reconociendo esa mirada de preocupación que había visto en alguna sesión fotográfica. El maestro estaba trabajando y ella, en ese momento, no existía. Algo que para ella era perfecto. Había ido allí contra su voluntad y lo último que quería era tener una conversación personal con Brice McAlllister, sobre todo el tipo de conversación que habían comenzado antes.

–¿Durará mucho esto? –preguntó Sabina, una media hora después. La chimenea era muy bonita, pero después de estar mirándola durante media hora, ya no lo aguantaba más.

Brice alzó la vista irritado, enfrascado obviamente en su boceto.

–¿A qué te refieres?

–A las poses, sobre todo de pie. ¿Serán necesarias muchas más?

Brice dejó el bloc de dibujo en la mesa que estaba a su lado y los músculos de los hombros se tensaron en el movimiento. Era un hombre realmente guapo, reconoció Sabina a su pesar.

–¿Por qué? –preguntó finalmente.

–Como ya he explicado, yo…

–Ya sé. Estás muy ocupada –terminó la frase por ella en tono despectivo–. Sí, ya lo has explicado antes. Varias veces, si no recuerdo mal –añadió con tono burlón antes de tomar su taza y beberse el té ya bastante frío–. La pregunta es, ¿por qué estás tan ocupada? Según yo lo veo, has sido una de las más importantes modelos del mundo, si no la más importante, durante los últimos cinco años. ¿Por qué necesitas seguir trabajando a ese ritmo?

¡Para no pensar, ni recordar, porque por la noche estaba agotada y lo único que quería era dormir! Pero ni siquiera esos pensamientos traicionaron la expresión de su rostro.

–Para seguir siendo una de las mejores modelos del mundo –replicó con dureza.

–¿Es eso lo que realmente te interesa?

–¿Te interesa a ti ser un de los artistas más solicitados? –respondió ella, cáustica, profundamente molesta con el toque de ligera condescendencia en las palabras de Brice, refiriéndose a su trabajo.

Era cierto que no se necesitaba mucho para convertirse en una gran modelo; bastaba con tener un bonito cuerpo y cierta dosis de suerte, pero después se necesitaba algo más que eso para mantenerse en un puesto alto. Ella trabajaba mucho para conseguirlo, siempre dando lo mejor de sí, y le dolía que él pensara otra cosa. Siempre se había considerado una artista también, a su manera.

–Touché –reconoció él–. Simplemente no me puedo imaginar haciendo lo que tú haces, un día sí y otro también.

–¿Está intentando insultarme, señor McAllister, o es algo natural en usted?

–Un poco de las dos cosas probablemente –sonrió, imperturbable.

–No le importa en absoluto, ¿verdad? –murmuró ella, incrédula ante la arrogancia del hombre.

–¿Qué no me importa? –preguntó él, sorprendido.

–No le importa nada –dijo ella, pensando en voz alta.

Sabina deseaba tener en ese momento su antigua tolerancia hacia los demás, poder reírse de ella y de los demás, pero sabía que ya no podía hacerlo. Y que nunca volvería a hacerlo, por culpa de …

No, se negaba a volver a pensar en ello. No podía volver a pensar en ello.

–Creo que ya es hora de marcharme –decidió de repente, consultando su reloj de oro, regalo de Richard. Eso, y un anillo de compromiso de diamantes, eran las únicas joyas que llevaba.

Brice McAllister la estaba estudiando, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado.

–¿Por qué? –preguntó finalmente.

La estaba poniendo a prueba, pero ella decidió ignorarlo.

–Porque tengo que ir a otro sitio ahora –contestó decididamente.

–¿A casa con Richard? –intentó seguir provocándola, poniéndose en pie lentamente.

Sabina retrocedió un poco, como si la habitación de repente fuera demasiado pequeña y no pudiera respirar. Se dio cuenta de que no podía escapar, con su espalda junto a la chimenea.

Brice se acercó a ella lentamente, sin dejar de mirarla. Se detuvo a un paso de ella, buscando en su interior con sus ojos verdes. Por segunda vez desde que lo conociera, Sabina sintió que no podía respirar.

A tan poco distancia, podía sentir el calor del cuerpo varonil, podía oler la loción de afeitar que llevaba, podía ver cada punto de su barba crecida, pero no era por eso por lo que no podía respirar. Sabía que era la cercanía física lo que no la dejaba respirar.

–De verdad tengo que marcharme –dijo sin aliento.

–¿Y qué te lo impide? –preguntó Brice bruscamente y sin dejar de mirarla.

Sus piernas en primer lugar; se negaban a moverse. De hecho, se sentía tan débil, que sus rodillas apenas la sostenían. Se sentía como un conejo en medio de la carretera, perplejo ante las luces de un coche, pero incapaz de moverse aun siendo consciente del peligro. Y Brice McAllister, tal y como ella había adivinado el mismo día que se conocieron, era eso exactamente: un peligro.

Se lamió los labios resecos.

–Si no le importa quitarse de mi camino…

Y Brice McAllister se echó ligeramente hacia un lado. Sabina se obligó a moverse, rápidamente, decidida a poner entre ambos toda la distancia posible teniendo en cuenta las dimensiones del estudio.

–Te llamaré.

Sabina se giró para mirarlo, con la mano temblorosa en el pomo de la puerta.

–¿Cómo dice?

–He dicho que te llamaré. Para la próxima sesión –dijo alzando las cejas, y torciendo la boca en un gesto de burla.

Sabina trató de tomar el control. ¿Qué le había pasado? Brice McAllister había permanecido en pie frente a ella demasiado cerca. Pero ella sabía que no había sido solamente eso. Sabía que se había producido un intercambio de sensaciones que preferiría no hubiera ocurrido…

–Espero que esta vez seas tan amable de responder a mi llamada –continuó en tono conciliador.

–Si es que estoy en casa –espetó ella.

–Si no estás, estoy seguro de que Richard y yo encontraremos una fecha conveniente –dijo él, encogiéndose de hombros.

–Al contrario de lo que pueda suponer, señor McAllister, soy yo quien concierta mis citas –dijo ella con frialdad.

–Esa no fue la impresión que tuve el otro día –Brice le dirigió una sonrisa falsa.

–¿Sabe, señor McAllister? –dijo ella, después de mirarlo durante unos segundos–, la impresión que sacara el otro día no me importa nada en absoluto –dijo desdeñosamente–. De hecho, nada que tenga que ver con usted me interesa lo más mínimo.

–¿No? –dijo él, levantando las oscuras cejas.

–¡No! –confirmó rotundamente–. Adiós, señor McAllister –y se fue dejando la puerta abierta.

–Au revoir, Sabina –dijo él en tono provocador.

Sabina ni siquiera se dio la vuelta, consciente del reto, y salió del estudio con paso firme. Abrió la puerta principal y la volvió a cerrar detrás de sí. Pero hasta que no estuvo a salvo en el coche, no dio rienda suelta a sus pensamientos.

No le gustaba la forma en que Brice McAllister la miraba; no le gustaba la forma en que se dirigía a ella, decidido a hablar de temas personales; no le gustaba tenerlo cerca de ella. De hecho, él en sí no le gustaba. Y no sabía cómo iba a hacerlo, pero no tenía ninguna intención de quedarse a solas con Brice en aquel estudio nunca más.

Brice se maldijo por enésima vez en una semana por la forma en que se había comportado con Sabina el martes anterior.

Había visto el miedo y la aprensión en los ojos de Sabina la primera vez que se encontraron, y había adivinado que era como una fiera encerrada dispuesta a huir a la más mínima oportunidad. Aun así una fuerza interior lo había empujado a presionarla hasta hacerla saltar, provocándola y burlándose de ella, en un esfuerzo por traspasar la fría fachada con la que le gustaba presentarse delante de todos.

Sin embargo, todo lo que había conseguido era alejarla de él.

No era que se negara a responder al teléfono cuando la llamaba, pero siempre tenía una excusa para no posar. Todo lo que le había propuesto era un hueco libre de una hora esa misma mañana, pero tendría que ser en su casa. Probablemente bajo la atenta mirada del paciente Richard. Como solo estaba haciendo bocetos, Brice no había sido capaz de darle una buena razón para negarse a ir a su casa, pero eso no significaba que le gustara…

Aunque tenía que admitir, mientras lo condujeron hacia el salón donde Sabina lo estaba esperando, sola, que se la veía mucho más relajada en sus dominios. De hecho, se comportó como la perfecta anfitriona, sonriéndole con educación mientras le ofrecía té o café, pero él lo rechazó.

Estaba vestida con una blusa de color crema y una falda estrecha negra, por encima de la rodilla, el pelo recogido en un moño. ¡No se parecía en nada a la mujer que Brice tenía intención de retratar!

–¿Practicando para ser la señora de la casa? –dijo en tono burlón.

Estaba decidido a comportarse como un profesional ese día para tranquilizarla, pero había algo que no podía evitar; el aspecto de Sabina hizo que esa fuerza interior malvada apareciera de nuevo, con más énfasis que la vez anterior. Sabina le sonrió fríamente desde el otro extremo de la habitación.

–Tenías razón el otro día cuando dijiste que eres grosero por naturaleza.

Tenía que pedir disculpas, pero no podía hacerlo. Había algo en esa mujer que le hacía desear tomarla por los hombros y sacudirla, para verla reír, o llorar, mostrar algún sentimiento. Si lo hiciera, probablemente conseguiría que lo echaran de la casa de las orejas.

–Solo estaba siendo observador –rechazó la alabanza de ella–. Lo siento mucho, pero tendrás que dejarte el pelo suelto al menos –añadió frunciendo el ceño, después de sentarse en una silla con su bloc en las rodillas.

–Me temo que no podrá ser porque he quedado para comer y no me dará tiempo a rehacer el peinado –negó Sabina, sacudiendo la cabeza.

–¡Vas vestida como si fueras a ver al director del banco! –espetó, tratando de resultar insultante.

La mirada de Sabina no vaciló, aunque a Brice le pareció percibir el brillo de la rabia en los ojos azules de la chica.

–En realidad he quedado con mi madre –respondió ella, con frialdad.

–¿Su hija es la modelo más famosa del mundo y le gusta que se vista así?

Brice no podía ocultar su incredulidad. ¡Por no hablar de su arrogancia al pensar que se había vestido así para protegerse de él!

–¿Y qué hay de malo en vestir de esta manera? –preguntó ella, enfadada.

Sería más sencillo, y también más rápido, decir que no había nada malo en ello. Estaba muy elegante, pero aquel peinado y aquella ropa ocultaban su personalidad por completo. No mostraba nada de su provocativa belleza.

–Mi madre vive en Escocia desde que murió mi padre, y solo la veo un par de veces al año –continuó Sabina a la defensiva–. Es bastante convencional –añadió secamente al ver que Brice no decía nada.

–¿A qué te refieres? –preguntó Brice.

–Tanto ella como mi padre consideraban importante tener una carrera. Ambos eran profesores de historia en la universidad. No creo que tuvieran nunca la intención de tener hijos, pero cualquiera puede tener un accidente –sonrió Sabina con tristeza–. Eran mayores que la mayoría de los padres cuando yo nací, mi madre tenía cuarenta y un años y mi padre cuarenta y seis, aunque creo que mi padre lo aceptó mejor que mi madre, supongo que fue así porque él no tuvo que renunciar a su carrera durante cinco años, hasta que tuve la edad suficiente para ir al colegio –añadió.

Teniendo en cuenta que aquella había sido la vez que más cosas

le había contado, Brice se decantó por pensar que Sabina debía estar tan nerviosa como la primera vez que estuvo en el estudio.

–Debieron quedarse muy sorprendidos cuando naciste –dijo él, realmente apenado.

–Sí –reconoció–. Fue una niñez muy extraña –admitió secamente.

Probablemente fuera también muy solitaria, pensó Brice. Algo que le resultaba muy difícil de creer. Él había crecido en una familia joven, amante de la diversión y, cuando faltaron sus padres, había vivido en Escocia con su abuelo y sus dos primos, Logan y Fergus. Nunca se había parado a pensar en ello, pero su niñez no podía haber sido mejor.

–¿A quién te pareces de tus padres? –preguntó él interesado, pero con cuidado de no romper el hechizo; tenía la sensación de que Sabina no solía hablar de su niñez y pretender que le contara más cosas haría que se cerrara de nuevo a él.

–A mi padre –contestó Sabina, esbozando una sonrisa–. Murió hace cinco años –añadió sin sonreír.

–Lo siento.

Y lo decía de veras. Era obvio que Sabina se había sentido siempre más apegada a su padre que a su madre, y tal vez ese apego a su padre, y la muerte de este cinco años atrás, fueran la razón de que se hubiera prometido a un hombre mucho mayor que ella.

–Tenía cáncer desde hacía algún tiempo, así es que fue un alivio para él –hablaba sin mostrar ninguna emoción–. Pero siempre he sentido mucho que no estuviera aquí para verme cuando me licencié en Historia. Sí, Brice –sonrió ante la expresión de asombro de este–, fui a la universidad. No siempre he sido modelo –añadió burlona, recordando obviamente sus comentarios despectivos.

Brice tuvo que reconocer que se merecía aquel tono de burla.

–Mi madre creía necesario que las mujeres tuvieran acceso a la educación superior, como una elección más para lograr todo aquello que se propusieran –arrugó los labios con tristeza–. No creo que quedara muy impresionada con mi decisión de hacerme modelo.

–Pero esa es obviamente tu elección personal –contestó Brice, encogiéndose de hombros y frunciendo el ceño–. Y si tu madre es tan convencional con las normas externas, ¿qué piensa de que Richard y tú viváis juntos?

No había terminado de hablar cuando se dio cuenta de que acababa de cometer un error grave. Lo cierto era que a él no le importaba lo que la madre de Sabina pensara de la forma de vivir de su hija, lo que quería era obtener una respuesta que satisficiera su curiosidad.

Sabina se puso en pie bruscamente.

–¡Eso es algo demasiado personal, señor McAllister! –espetó, y la rabia que sentía tiñó de rojo sus mejillas.

–Hablando de Richard –continuó Brice todavía sentado–, ¿dónde está tu prometido hoy? –preguntó con cautela; realmente había esperado que este la hubiera acompañado a la sesión, aunque solo fuera para vigilar su «preciado objeto»…

–Está en Nueva York hasta mañana –contestó Sabina, concisa.

–En ese caso, ¿querrías cenar conmigo esta noche? –preguntó Brice.

Y al momento se arrepintió de haberlo dicho. ¿Qué demonios se creía que estaba haciendo? Sabina era una mujer comprometida, y lo más importante, no había dado ningún indicio de estar ni lo más mínimamente interesada en pasar el tiempo con él. De hecho, más bien parecía todo lo contrario.

Sabina lo miró sorprendida ante la invitación, tanto como Brice en el momento de hacerlo. El rubor desapareció de su rostro, dejando sus mejillas blancas como el alabastro.

El anillo de diamantes que Sabina llevaba en su mano izquierda brilló reflejando la luz del sol que entraba por las ventanas, el anillo de Richard Latham…

Brice alzó una mano en señal de disculpa.

–Solo era una idea, mala por cierto –admitió secamente mientras ella seguía mirándolo–. Pero solo era una invitación a cenar, Sabina –continuó molesto al ver que ella permanecía quieta en el mismo sitio–. No era una proposición deshonesta.

–No lo había pensado –comenzó a hablar cuando llamaron a la puerta–. Adelante –se apresuró a decir Sabina, obviamente aliviada con la interrupción del ama de llaves.

El alivio que sintió Brice era de otro tipo; probablemente el ama de llaves había evitado que lo abofeteara.

–Me pidió que le trajera el correo tan pronto como llegara, señorita Sabina –dijo la señora Clark, mostrándole la bandeja de

plata en la que llevaba las cartas.

–Sí, gracias –contestó Sabina con otra sonrisa mientras tomaba las cartas y lanzaba una tensa mirada a Brice.

¡Qué demonios se creía que estaba haciendo! Invitar a Sabina a cenar… Para empezar, nunca le había gustado mucho a esa mujer, y con esto, ¡le gustaría todavía menos! ¿Qué lo había empujado a reaccionar de esa manera? Sabina había dejado claro que no le gustaba estar en su compañía, así es que ¿por qué ponerse en ridículo de esa forma? Probablemente porque le gustaba forzar la aversión que ella sentía hacia él, se dijo con tristeza.

Había salido con muchas mujeres y no recordaba haber conocido a ninguna que se mostrase tan absolutamente asqueada con él como Sabina… ¡Y eso era precisamente lo que hacía que estuviera tan interesado en ella!

En cuanto se marchó el ama de llaves, Brice se puso en pie.

–Creo que podemos quedar algún otro día. Obviamente… –se detuvo de pronto al ver que Sabina se había vuelto a mirarlo mientras él hablaba, dejando caer las cartas al suelo enmoquetado con el movimiento.

Brice maldijo otra vez. ¡Tan monstruoso le parecía, después de la absurda invitación a cenar, que simplemente oír su voz la hacía retroceder como si fuera un animal asustado!

–¿Qué te pasa? –preguntó al ver que Sabina ya se había agachado para tomar las cartas del suelo, la cara de un blanco mortecino–. ¿Sabina?

Brice se dirigió con brusquedad hacia su lado, tomándola por los hombros mientras buscaba la belleza huidiza de su rostro. Sabina le devolvió la mirada como si estuviera a punto de desmayarse.

–Ven, siéntate –dijo él, ayudándola a sentarse en un sillón e inmediatamente dirigiéndose hacia el mueble bar para servirle un vaso de brandy.

–No, gracias –consiguió responder Sabina rápidamente al ver lo que el hombre estaba haciendo–. No creo que mi madre quede muy impresionada si aparezco en el restaurante oliendo a brandy –intentó bromear.

–¿De verdad te resulta tan repugnante la idea de salir a cenar conmigo…? –no podía creer que una simple invitación pudiera surtir un efecto tan devastador en ella.

–¿Perdona? –Sabina frunció el ceño entonces, obviamente confundida con la pregunta.

Entonces Brice comenzó a preguntarse si había sido su invitación lo que había provocado semejante transformación en Sabina, o habría sido otra cosa. Pero si no había sido su invitación lo que había hecho que se sintiera enferma de repente, ¿qué…? Brice miró las cartas que Sabina acababa de recoger del suelo y que sostenía en la mano derecha, menos un sobre de color verde claro que apretaba en la otra mano. Tan fuertemente lo apretaba, que lo había arrugado por completo, y sus nudillos estaban blancos por el esfuerzo. Brice la miró entonces a ella, inquisitivo. No había tenido tiempo de abrir ninguna de las cartas, pero solo la visión de aquel sobre verde había bastado para hacer que su rostro cambiara de color.

–Sabina…

–Claro que no me resulta repugnante la idea de salir a cenar contigo –contestó poniéndose en pie bruscamente, fingiendo despreocupación, pero evitando al mismo tiempo mirarlo a la cara–. De hecho, me parece una idea maravillosa.

Esa no era la impresión que le había dado justo antes de que llegara el ama de llaves con el correo; de hecho Brice estaba seguro de que Sabina había tenido toda la intención de rechazar su invitación hasta ese momento. Pero por alguna razón había reconocido aquel sobre verde entre las demás cartas, sabía de quién era sin abrirlo siquiera, y la había molestado tanto que le había parecido mejor aceptar su invitación… Todo era cada vez más curioso.

–Bien –dijo él antes de que cambiara de idea–. Vendré a buscarte hacia las siete y media, ¿te parece bien?

–Perfecto –contestó rápidamente, claramente ansiosa por que se marchara y poder leer el contenido del sobre verde.

–¿Reservo mesa para tres o le darás la noche libre a Clive?

Lo último que le apetecía era tener que compartir una mesa con Sabina bajo la mirada vigilante de otro hombre, sentado en el otro extremo del restaurante.

–Creo que me las arreglaré sin Clive esta noche –contestó lacónicamente antes de echar un vistazo a su reloj de pulsera–. Siento que no podamos seguir trabajando más esta mañana, Brice,

pero me temo que tengo que marcharme –continuó, dejando claro que quería que la dejara sola–. Si no, llegaré tarde a mi cita para comer.

–Y eso disgustaría a tu madre –replicó Brice–. Y no queremos que pase eso, ¿verdad? –continuó, burlón.

Pero en realidad no debería quejarse, se dijo a sí mismo mientras guardaba sus cosas y se preparaba para marcharse. Había conseguido más esa mañana de lo que había esperado.

Sabina le había dicho más cosas sobre su familia de lo que hubiera pensado que le diría. Le había hablado de unos padres mayores, una madre convencional que vivía en Escocia, de su relación más estrecha con su padre y de la muerte de este cinco años atrás.

Sí, se había enterado de todo eso en una mañana, y era bastante más de lo que había esperado, pero lo que realmente quería saber era lo escondía aquel sobre verde que tanto la había disgustado. Porque cada vez estaba más convencido de que había sido la carta lo que había provocado el malestar de Sabina. Y después se había mostrado tan ansiosa por que la dejara sola que había terminado por aceptar su invitación a cenar. Brice se maldijo otra vez.

Tal vez en la cena, sin Clive, tendría la oportunidad de preguntarle por el sobre verde…

–Llamada para usted, señorita Sabina –dijo la señora Clark–. Es el señor Latham.

–Gracias, señora Clark –contestó Sabina tomando el teléfono ansiosa. Después del día que estaba teniendo, estaba deseando escuchar una voz conocida–. Richard –saludó cálidamente–, ¿cómo estás? ¿Todo bien en Nueva York? No te irás a retrasar mañana, ¿verdad? –dijo esto último con preocupación.

–Hey, de una en una –contestó la familiar voz de Richard, indulgente–. Estoy bien, y todo según lo planeado para mi vuelta mañana. Tengo una reunión en unos minutos, pero pensé que estaría bien llamarte y preguntarte cómo te está yendo la semana.

Hasta esa mañana, todo había ido bien. Había estado tan ocupada que no había tenido tiempo realmente para pensar que Richard estaría en Nueva York cuatro días. Pero todo había

cambiado esa mañana y en ese momento solo deseaba que Richard estuviera en casa con ella.

–Bien –contestó sin darle importancia–. Trabajando mucho, claro.

–¿Y qué vas a hacer esta noche? –preguntó Richard con interés.

Bien, hasta ese momento había tomado una ducha, se había arreglado el pelo, se había maquillado, se había puesto un vestido negro ajustado y estaba sentada en su dormitorio esperando a Brice McAllister para ir a cenar con él. Pero algo le decía que no podía decirle a Richard de forma directa que iba a salir a cenar con otro hombre.

Su intención primera había sido rechazar la invitación de Brice McAllister, pero entonces la señora Clark le entregó el correo, y la confusión se apoderó de ella. Tanto que, en un esfuerzo por despedir a Brice, había terminado aceptando su invitación. Pero no estaba muy segura de como decírselo a Richard…

–Voy a ver a Brice McAllister esta noche –comenzó con cautela.

–Eso está bien –dijo Richard, con tono aprobador–. ¿Cómo van las sesiones? ¿Ha bajado el gran artista de su torre de marfil, rendido ante la más hermosa de las criaturas, decidido a pintarte?

–No exactamente –contestó ella con sequedad, consciente de que Richard no había comprendido bien la razón de que quedara con Brice esa noche, y pensaba que simplemente se trataba de otra sesión de pintura–. De hecho, Richard… –siguió después de inspirar profundamente.

–Espera un momento, Sabina –la interrumpió en tono de disculpa–. Tengo una llamada por la otra línea.

Sabina esperó pacientemente mientras respondía a la otra llamada, pero cuanto más esperaba, más desfallecía su valor. Estaba segura de que Richard no tendría inconveniente en que quedaran para una sesión, pero salir a cenar con él era algo muy distinto.

–Lo siento, Sabina –volvió Richard–. Creo que acaba de llegar mi cita, así es me tengo que marchar. Te llamaré más tarde si puedo, ¿te parece?

¿Qué pasaría si llamaba Richard mientras ella estaba todavía fuera y la señora Clark le decía que se había ido a cenar con otro hombre? Aunque, por otro lado, sabía que no era tampoco el mejor momento para hablar de ello con Richard. Tenía prisa, y ella no

podría explicarle las cosas bien en tan poco tiempo.

–Estaba pensando acostarme pronto –dijo–, así es que iré a buscarte al aeropuerto mañana –continuó, cuando debería haberle contado lo de la cena con Brice.

–No hace falta que vayas hasta Heathrow –contestó Richard–. Envía a Clive con el coche.

Por lo que a Sabina concernía, sí que hacía falta ir. Además, la privacidad que ofrecía la parte trasera del coche le daría la oportunidad de hablar con él en el camino de vuelta.

–Pero no tengo ningún plan para mañana y no me importa ir hasta allí –aseguró Sabina.

–Está bien –contestó Richard distraídamente–. Hasta mañana entonces –añadió antes de colgar.

¡Estupendo! No solo iba a cenar con un hombre con el que no debería pasar demasiado tiempo, sino que además había mentido a su prometido al respecto. ¿Qué había en Brice McAllister que la hacía ponerse tan nerviosa obligándola a hacer tal cosa?

Aquellos ojos verdes que la miraban fijamente se le vinieron a la mente en respuesta a la pregunta. Estaba segura de que eran unos ojos que no perdían detalle de nada. Él sabía que a ella no le gustaba posar para él. Esa misma mañana estaba tan nerviosa, que había hablado demasiado cuando normalmente era una persona reservada; aún no podía creer que le hubiera contado a Brice cosas de su familia.

También estaba segura de que a Brice no se le había escapado la reacción que había tenido al ver el sobre verde… Hacía tres semanas desde que recibiera otro igual, mucho tiempo esa vez, induciéndola a pensar que ya estaba a salvo, pero se acababa de dar cuenta de la verdad. Su reacción al recibir otro esa mañana había sido más fuerte precisamente por eso.

Y Brice lo había visto.

Como consecuencia, se mostró muy agitada en la comida con su madre, tanto que casi pasó por alto la diferencia entre esa visita semestral de su madre a Londres y las otras que le había hecho.

–¿Y tenéis Richard y tú la fecha de la boda ya, Sabina? –preguntó su madre con cautela, mientras comían su ensalada de gambas acompañada de un vaso de vino blanco.

Sabina casi se atragantó al beber. ¿Por qué estaban todos tan

interesados en saber cuándo iban a casarse? Brice McAllister le había preguntado lo mismo unos días antes.

–Todavía no –contestó ella concisa, porque su madre evidentemente no sabía que aquella unión era de conveniencia–. No tenemos prisa –añadió.

Su madre controlaba todos sus movimientos, cuidadosamente calculados, desde el sobrio peinado hasta los zapatos negros de tacón moderado, a juego con el traje negro también y la blusa color crema que llevaba ese día.

Sabina quería a su madre, siempre la había admirado, pero nunca se había atrevido a hablar con ella. Esa era una de las razones por las que esas dos visitas al año se convertían en toda una prueba para ambas.

–Solo lo preguntaba porque estoy pensando en tomarme unas pequeñas vacaciones a principios de otoño y no me gustaría perderme tu boda.

–Me parece una buena idea lo de las vacaciones –dijo Sabina, asintiendo con la cabeza aprobatoriamente. Le parecía que su madre llevaba una vida muy rutinaria en su casita de Escocia–. ¿Y piensas ir a algún sitio interesante? –añadió, con interés, aliviada por haber encontrado un tema de conversación neutral.

–Todavía no lo he decidido –contestó su madre con una leve sonrisa–. Me voy…con alguien –añadió con un tono un tanto avergonzado, evitando mirar a Sabina directamente–. Habíamos pensado ir tal vez a París. Podría ser divertido.

Sabina frunció el ceño. ¿Divertido? Esa no era precisamente la palabra más apropiada para definir a su seria madre. Había algo…

–¿Y conozco yo a ese alguien? –preguntó Sabina.

¡No podía conocer a esa persona porque era un hombre! Por qué se había asombrado tanto con el descubrimiento era algo que la propia Sabina no tenía muy claro. Su padre había muerto cinco años atrás, cuando su madre tenía sesenta y pocos años, y aún era una mujer atractiva: menuda, delgada, con su media melena rubia siempre perfecta, y una tez cuidada, con apenas unas pocas arrugas. Pero por alguna razón pensar en su madre tomándose «unas pequeñas vacaciones», precisamente en París, uno de los lugares más románticos del mundo, con un hombre que no era su padre la había dejado totalmente confundida.

Definitivamente, pensaba mientras se miraba una última vez en el espejo de la entrada mientras esperaba a Brice McAllister, aquel no había sido un buen día.

Capítulo 3

NO había que ser especialmente hábil leyendo las mentes para que Brice adivinara que Sabina preferiría estar en cualquier otro lugar que cenando con él esa noche.

Incluso después de estar cómodamente sentados en el exquisito restaurante donde había reservado mesa, Sabina estaba de todo menos relajada.

Sabina lo tenía intrigado. Se sentía hipnotizado por su belleza, sobre todo con el vestido negro ajustado que llevaba. Pero la mujer que se escondía detrás de esa belleza también le interesaba.

Sus profundos ojos azules parecían cautelosos, razón por la que Brice había decidido antes de salir aquella noche, que, para bien o para mal, no la presionaría para obtener respuestas sobre la reacción que había tenido cuando llegó el sobre de color verde. No era que se hubiera olvidado del asunto, pero era consciente de que si la obligaba a hablar de ello aquella noche, probablemente nunca volvería a verla. Además, una parte de él sabía que ella esperaba que él le preguntara, y, perversamente había decidido no hacerlo.

–¿Qué tal la comida con tu madre? –preguntó mientras echaban un vistazo al menú.

–Bien –contestó ella, animada.

Pero Brice no se dejaba engañar por esa fachada desenfadada; había visto la sombra en los ojos azules de la joven ante la mención de su madre. Él tenía con su madre lo que consideraba una relación bastante cordial, eran buenos amigos que no interferían en la vida del otro. Pero sabía, por lo poco que Sabina le había dicho de su madre, que ellas no tenían ese tipo de relación.

–¿Seguro? –preguntó, mirándola con detenimiento.

–Por supuesto… –frunció el ceño al hablar, y se interrumpió dando un suspiro–. Bueno, no fue así en realidad –admitió con tristeza, jugueteando con su vaso–. No ha sido como las otras veces.

Brice dejó la carta sobre la mesa, sabiendo lo que iba a pedir

porque había ido a ese restaurante muchas veces.

–¿A qué te refieres?

–Parece que mi madre tiene un novio –contestó encogiéndose de hombros–. Bueno… no un novio, exactamente –se detuvo haciendo una mueca–. Pero hay un hombre que parece va a ir de vacaciones con ella a París el próximo otoño –añadió, todavía con el ceño fruncido.

–¿Y eso no te parece bien? –preguntó Brice, consciente de lo que ella pensaba con solo mirarla a los ojos–. Ha estado sola los últimos cinco años, y debe de tener los sesenta y pocos años –aventuró, calculando que si Sabina tenía veinticinco o veintiséis, y su madre tenía cuarenta cuando esta nació…

–Sesenta y seis –confirmó, sonriendo con amargura–. Soy una egoísta, ¿verdad? Nunca he pensado en mi madre de esa manera –sacudió la cabeza.

–Pero es obvio que ese hombre sí lo hace –contestó Brice sin pensarlo, para después desear no haberlo dicho cuando vio la mirada de desconcierto en el rostro de Sabina–. Lo siento, Sabina –se disculpó–. Es solo que…

–Lo sé, lo sé –lo interrumpió un tanto avergonzada de sí misma, y bebió un poco del vino que Brice había elegido–. Ni siquiera sé por qué me preocupo en decirte esto –se rio, incómoda ante la situación–. Estoy segura de que no tienes el más mínimo interés.

En eso se equivocaba por completo. Brice ya era totalmente consciente de que todo lo que rodeara a aquella mujer le interesaba. De hecho, no podía recordar haber estado tan interesado en una mujer en mucho tiempo…

–Pues sí me interesa –le aseguró con delicadeza.

–Por favor, olvida lo que te he dicho. Soy una tonta.

–Pero ¿qué es lo que te parece tan extraño? –insistió Brice–. ¿El hecho de que tu madre haya encontrado a un hombre con quien le gusta estar o más bien el hecho de que no sea tu padre? –continuó con dulzura, consciente de que probablemente la respuesta sería lo segundo.

–Ridículo, ¿verdad? –murmuró Sabina para sí, incómoda.

–En absoluto –la tranquilizó Brice–. Me parece que no conoces a mi primo Logan y a su mujer Darcy…

Sabina negó con la cabeza, con una expresión de total

desconcierto al no saber qué sentido tenía aquel giro en la conversación.

–Me parece que estuvieron en la fiesta de los Hamilton el día que nos conocimos, pero no me los presentaron –contestó Sabina.

–Bien, ellos se enamoraron cuando trataban de evitar la relación entre el padre de Darcy y la madre de Logan –explicó Brice. «Un feliz embrollo», recordó Brice.

En ese momento se dio cuenta de que contaba con la absoluta atención de Sabina.

–¿Qué ocurrió con el padre y la madre? –preguntó, con curiosidad.

Tal vez, se dio cuenta demasiado tarde, hacer aquella comparación no había sido tan buena idea.

–Se casaron un mes antes que Logan y Darcy –contestó él, consciente de que probablemente era lo último que Sabina hubiera querido escuchar.

–Vaya –dijo esta vagamente.

Pero Brice notó que los pensamientos de Sabina todavía estaban alterados cuando pidieron la cena. Era cierto que no hacía dieta para conservar aquella espléndida figura, porque había pedido espárragos con una salsa de mantequilla como primer plato, seguido de un filete con salsa Stilton y patatas de segundo.

–Probablemente tomaré algún postre de chocolate también –continuó ella, como disculpándose al ver la mirada indulgente de Brice cuando se marchó el camarero.

Brice no se quejaba en absoluto. Después de cinco años saliendo a cenar con mujeres que siempre elegían aquellos platos de la carta con menos calorías, que luego solo picoteaban un poco, salir con una mujer que realmente disfrutaba con la comida era todo un soplo de aire fresco.

–Pide lo que quieras –invitó cariñosamente–. Eres el tipo de persona para la que Daniel adora cocinar –le aseguró.

–¿Conoces al chef? –preguntó, dando un sorbito de su copa.

–¿Creerías que el chef Simon es el padre de Darcy?

–Lo creería, sí –contestó esta riendo–. Está casado con la actriz Margaret Fraser, ¿verdad?

–Mi tía Meg –afirmó Brice con la cabeza–. Son muy felices juntos.

–Ya te dije que te creía –Sabina volvió a reírse, visiblemente relajada–. Me pregunto quién es el amigo de mi madre –murmuró. Obviamente, ahora que hablaban del tema, se iba haciendo a la idea de que su madre salía con alguien.

–¿Por qué no se lo preguntas la próxima vez que hables con ella? –la animó Brice–. Seguro que le gustará tu interés.

–Tal vez –reconoció Sabina, con actitud reservada, no muy segura de si quería llegar tan lejos–. Dime, ¿cuándo y dónde expondrás obras tuyas la próxima vez? –preguntó ella, cambiando radicalmente de tema. Era obvio que había decidido que ya le había contado a Brice demasiadas cosas personales por el momento.

Pero Brice no opinaba lo mismo. Todavía había muchas cosas que quería saber de Sabina Smith, aunque era consciente de que tendría que esperar un tiempo antes de averiguar algunas de ellas…

–Richard me dijo que asistió a una exposición tuya hace dos años –continuó Sabina con serenidad–. Me dijo que fue todo un éxito.

Brice no dudaba que hubiera dicho algo así de él, pero estaba seguro de que Sabina había sacado el nombre de Richard a colación para recordarle, por si lo hubiera olvidado, que estaba prometida a ese hombre…

Como si le resultara difícil olvidarse del enorme diamante que llevaba la joven en su dedo. Aunque eso no quería decir que no quisiera olvidarse del dichoso Richard Latham. De hecho, cuanto más sabía de Sabina, más deseaba que aquel hombre desapareciera de la faz de la tierra.

La velada no estaba yendo mal del todo, admitió Sabina dando un suspiro de alivio. Brice McAllister era una persona con la que daba gusto hablar, demasiado, a veces.

–Mmm, ¡qué buena pinta! –se relamió Sabina cuando llegaron sus espárragos y los caracoles que había pedido Brice.

–Estoy seguro de que estarán igual de buenos –asintió Brice con la cabeza–. ¿Quieres…? ¡Oh, no…! –gruñó con impaciencia.

Sabina lo miró extrañada, y vio que estaba mirando hacia la puerta a una pareja que acababa de entrar en el restaurante. Sabina reconoció a la mujer, Chloe Fox, la diseñadora, a la que había visto

un par de veces, pero no tenía ni idea de quién era el hombre que estaba con ella.

Aunque se parecía bastante a Brice; muy alto, moreno, con una belleza un tanto arrogante, lo que hizo que Sabina se quedara pensando en el parecido.

–Mi primo Fergus y su mujer Chloe –dijo Brice, obviamente irritado, ante la llegada de la pareja. Sabina esperaba que la pareja no se diera cuenta también, porque habían visto a Brice y se dirigían directamente hacia ellos. Brice se levantó educadamente al verlos acercarse.

–Fergus. Chloe –saludó con aspecto tenso mientras se inclinaba para besar a Chloe–. Dejad que os presente a Sabina –continuó, un tanto reacio.

–Claro, primo, aunque estoy seguro de que te habríamos reconocido sin necesidad de presentación –contestó Fergus, mientras le daba la mano a Sabina afectuosamente para luego volverse hacia su primo–. No habremos interrumpido nada, ¿verdad? –los ojos castaños de Fergus chocaron con una mirada gélida en los ojos verdes de Brice.

A Sabina le agradó el cariño que Fergus mostraba por su primo. Hizo que Brice McAllister pareciera mucho menos arrogante y seguro de sí mismo, y por tanto menos peligroso…

–¿Os gustaría uniros a nosotros? –invitó Sabina, pendiente de la mirada irritada que Brice lanzaba a su primo.

–Estoy segura de que Brice y tú preferiríais estar solos –le contestó Chloe, alzando las cejas inquisitivamente al dirigirse a Brice.

–Por supuesto que no –replicó Sabina con suavidad–. Será mucho más divertido cenar los cuatro. Brice se ha apiadado de mí y me ha invitado a cenar mientras mi prometido está fuera de la ciudad por negocios –añadió intencionadamente.

–Oh, Brice es conocido por su amabilidad –se burló Fergus ayudando a su mujer a sentarse y haciendo lo mismo él después.

–Muy conocido –masculló Brice disgustado mientras volvía a sentarse.

–Sírvete un poco de vino, Fergus. Te tomaré la palabra, Brice –Fergus conversaba consigo mismo mientras su primo Brice guardaba silencio y Fergus llamaba al camarero y le pedía dos vasos más para

Chloe y él.

Sabina sonrió ante la broma del primo de Brice, cada vez más segura de que invitar a la pareja a sentarse con ellos había sido una gran idea. Brice no parecía tan contento de tener a su primo y a su mujer con ellos.

–Por favor, no dejéis que se os enfríe la cena –dijo Chloe mientras el camarero ponía dos cubiertos más en la mesa–. Fergus y yo podemos mirar la carta mientras vosotros coméis –añadió con alegría.

Sabina miró a Brice mientras volvía a sus espárragos. Por primera vez desde que se conocieron, Sabina tenía la sensación de que Brice estaba en desventaja. ¡Y era una sensación muy placentera!

A pesar del hecho de que Brice apenas hubiera intervenido en la conversación, Sabina lo pasó bien. Chloe y Fergus tenían un chispeante sentido del humor, y su amor mutuo era evidente en cada mirada que se regalaban. El hecho de que Brice tuviera el ceño fruncido durante las dos horas que duró la cena no pareció molestarlos lo más mínimo.

–Creo que seremos parientes lejanas –dijo Chloe al cabo de bastante rato mientras tomaban el café.

Sabina se percató de la mirada de sorpresa que Brice lanzó a la mujer de su primo. Incluso ella también se sorprendió bastante.

–¿Perdona? –dijo Sabina con el ceño fruncido.

–Mi hermana mayor está casada con el sobrino de tu prometido –explicó Chloe–. Estoy segura de que cuando te cases pasaremos a ser parientes, aunque no sé qué nombre se le dará –dijo riendo.

Sabina tampoco lo sabía. Sobre todo teniendo en cuenta que nunca se celebraría tal boda. Pero lo que más la sorprendió fue que no había pensado en su prometido en las últimas dos horas. Ni una sola vez…

–Seguro que tendrá un nombre muy complicado –dijo Sabina quitándole importancia, para luego dirigirse a Brice–. Siento mucho interrumpir la velada, pero creo que es hora de que me marche.

Brice tensó los labios visiblemente disgustado. No le había gustado nada tener que compartir la velada con Fergus y Chloe, pero la idea de que fuera ella la que pusiera fin a la noche le disgustaba todavía más.

–Tal vez tengamos oportunidad de trabajar juntas pronto –dijo Chloe a Sabina cariñosamente cuando se dispusieron a marcharse mientras los dos primos discutían sobre quién habría de pagar la cena.

–Tal vez –respondió Sabina con reserva, consciente de que su agenda estaba completa para los próximos seis meses. ¡Gracias a Dios! A esas alturas ya sabía que cuanto menos tiempo pasara en compañía de tan dinámica familia, mejor sería.

–Sentí mucho no poder trabajar contigo el año pasado –añadió Chloe con suavidad–, pero creo que estabas enferma por entonces, ¿no es así?

Sabina lanzó una mirada hosca a la otra mujer. ¿Qué…?

–Harper Manor en noviembre –detalló Chloe–. Presentaba una colección de vestidos de noche aquel fin de semana.

Sabina la miró fijamente, recordando en ese momento, demasiado tarde, que estaba previsto que ella llevara dos de esos modelos en aquel desfile.

–Espero que no fuera nada grave –continuó Chloe, sinceramente preocupada.

Sabina se había quedado sin habla. Aquello era demasiado. Primero la carta que había recibido por la mañana, y después el recuerdo de su ausencia en el desfile del pasado mes de noviembre. Era simplemente…

–¿Qué no era nada grave? –intervino Brice, con el ceño fruncido, después de llegar a algún tipo de acuerdo con su primo para pagar la cena.

Chloe se dio la vuelta y le sonrió.

–Solo estaba recordándole a Sabina que hace un tiempo habríamos trabajado juntas de no ser porque no se encontraba bien el día del desfile.

Brice miró a Sabina inquisitivamente.

–¿Qué te ocurrió?

–Desde luego, Brice –le regañó Chloe, mostrando todo su apoyo a Sabina–, ¡no puedes preguntarle a alguien sobre una enfermedad de esa manera!

–¿Y por qué no? –frunció el ceño–. Has dicho que Sabina estaba enferma el año pasado. Simplemente quería saber qué le había pasado –se encogió de hombros, como si no pudiera comprender el

problema en su forma de hablar.

Sabina no podía hablar de su ausencia en aquel desfile y además no tenía ninguna intención de hacerlo.

Chloe lanzó a Brice un mirada reprobatoria, arrepentida de haber mencionado el tema.

–Brice, nosotras, las mujeres, debemos guardar nuestros secretos.

–No fue nada grave –dijo Sabina, quitándole importancia. Lo último que deseaba era que Brice pensara que había algo misterioso en su ausencia en aquel desfile–. Fue solo una gripe –se excusó–. Ha sido un placer conoceros –dijo Sabina a la pareja con total sinceridad.

–Tal vez podamos hacer esto alguna otra vez –dijo Fergus, respondiendo al cumplido de Sabina.

–Lo dudo… Mi prometido vuelve de Nueva York mañana –respondió esta con una sonrisa de disculpa–. Como os dije antes, Brice se ha apiadado de mí y me ha invitado a cenar esta noche –añadió con firmeza.

–Eso no es verdad, y lo sabes –le dijo Brice cuando estuvieron sentados en el taxi camino de la casa de Richard–. Lo que acabas de decir ahí fuera, de que te he invitado porque me daba pena que estuvieras sola –añadió con frialdad–. Lo de invitarte a cenar no ha tenido nada que ver con que me dieras pena. Quería salir contigo.

Sabina notó una súbita sensación de claustrofobia en el estrecho recinto del taxi, apenas podía respirar. Y tener a Brice tan cerca de ella, las caderas de él pegadas a las suyas, su brazo extendido por detrás de ella sobre el asiento del coche no ayudaba nada.

Estaba demasiado cerca de ella, era demasiado varonil, demasiado atractivo, ¡demasiado todo!

Sabina se volvió hacia él en la oscuridad del automóvil, sintiendo el impulso imparable de hablarle.

–Brice…

–¡Sabina! –murmuró a su vez justo antes de inclinarse buscando los labios de la joven con impaciencia.

¡Aquello no podía estar ocurriendo! Ella estaba comprometida con Richard, y tal vez, fuera solamente un arreglo comercial, un acuerdo, pero aun así, ella le debía fidelidad. Y también gratitud.

A medida que Brice continuaba besándola, su cuerpo entró en una especie de letargo, como si todo hubiera dejado de existir

excepto Brice, solo le importaba el contacto de sus labios con los de él. Un placer como nunca antes había sentido embriagaba todo su cuerpo, cada nervio revivía con fuerza en ella, sus brazos alrededor de los hombros de él, los cuerpos de ambos fundidos en un abrazo que los mantenía unidos, y ella le estaba devolviendo el beso.

–Son ocho libras, amigo.

Sabina sintió como si un cubo de agua fría le cayera encima. Se separó de él.

Brice la miró fijamente con expresión impenetrable.

–Siento interrumpir –le dijo el taxista a Sabina, disculpándose–, pero llevamos cinco minutos parados delante de la casa.

Delante de la casa de Richard. La casa de su prometido. La casa que Sabina compartía con él.

Tomó aire profundamente antes de hablar.

–Está bien –le dijo al conductor suavemente–. No, Brice, no te molestes en salir.

Para su consternación, no logró controlar el tono de su voz tanto como le hubiera gustado, y tampoco se veía capaz de mirarlo. Pero él no le hizo caso; nada más salir del coche Brice estaba junto a ella.

–Sabina…

–Por favor, no digas nada, Brice –lo interrumpió con más firmeza de la que realmente sentía, la cabeza hacia atrás en actitud orgullosa, obligándose a mirarlo–. Me alegra haber conocido a Fergus y a Chloe esta noche. Y gracias por la cena –añadió con un tono educado que estaba muy lejos de sentir.

–No me digas que no volverá a ocurrir –la interrumpió secamente.

–Nada de lo que ha ocurrido esta noche volverá a ocurrir –le dijo con voz gélida–. Buenas noches –y se dirigió hacia la puerta de la casa, dejándolo solo para que entrara en el taxi, o no, a su elección. Mientras lograra escapar de su abrumadora presencia no le importaba lo que hiciera.

Oh, Dios…

Sabina se apoyó en la sólida puerta de roble en cuanto se encontró segura en el interior de la casa. ¿Qué acababa de hacer? ¿Qué acababan de hacer los dos?

Concretamente, ¿cómo le explicaría a Richard, sin decirle la verdad exactamente, y sin deshacer su acuerdo, que no volvería a

posar para Brice McAllister?

–¿No le gustó la cena, señor Brice? –preguntó la señora Potter, frunciendo el ceño mientras le retiraba el plato sin apenas tocarlo.

–La cena estaba perfecta, señora Potter –gruñó Brice–, pero no tengo hambre.

Estaba demasiado enfadado para tener hambre. Enfadado con Sabina. Con Richard Latham. Con él.

Sobre todo con él.

Habían pasado tres días desde la noche de la cena con Sabina. Tres largos, frustrantes y solitarios días. Era muy extraño, porque la soledad era algo que nunca había sentido en su vida antes, ni siquiera cuando estaba solo. De hecho, la soledad para él siempre había sido saboreada porque la había elegido. Pero todo eso había cambiado tres días antes. En el momento en que besó a Sabina.

Algo le había ocurrido mientras la tuvo entre sus brazos, explorando su boca, y ella le había devuelto el beso con la misma pasión. Algo a lo que todavía no podía ponerle ningún nombre, no quería ponerle ningún nombre tampoco. Todo lo que sabía era que ahora sabía lo que era la soledad, y que estar así era lo último que deseaba.

Porque lo único en lo que podía pensar era en Sabina. En qué estaría haciendo, con quién, si habría pensado en él en algún momento desde esa noche…

Sus labios se tensaron ante la frustración de reconocer que incluso si Sabina hubiera pensado en él no habría sido nada bueno. ¿Cómo podía ser de otra manera, cuando él había abusado de la confianza que ella había depositado en él, traspasando la línea divisoria entre ambos?

¡Sabina estaba comprometida con otro hombre! Por mucho que Brice lo odiara, por mucho que deseara que no fuera así, era un hecho que no podía negarse. Y seguro que Sabina lo aborrecería por haberlo olvidado.

Había sido un momento de locura por su parte, una necesidad, pura y simple, de tenerla entre sus brazos y besarla. Y era más que probable que ya no quisiera volver a posar para él nunca más.

Aunque el hecho de que Richard Latham no se hubiera

presentado en su casa pidiéndole una explicación ante lo ocurrido con su prometida le hacía pensar que ella no le había dicho que la había besado…

¿Cómo iba a explicarle a Richard su absoluta aversión por él? Tal vez no lo hiciera. Tal vez…

Dios, tenía que salir de allí, hacer algo, cualquier cosa. Sus pensamientos iban y venían en círculos, para llegar siempre al mismo punto: su necesidad de ver a Sabina, y la seguridad de que no podía hacer nada.

La señora Potter entró en la habitación después de dar dos leves golpecitos.

–La señorita Smith está aquí, señor Brice –le dijo afectuosamente.

¿La señorita Smith? ¡Sabina! ¿Había ido a verlo?

–¿Le digo que pase? –la señora Potter le lanzó una mirada inquisitiva.

–Sí, digo no. Oh, Dios –maldijo, pasándose la mano por el pelo oscuro.

Un pelo que estaba absolutamente despeinado después de haberse pasado todo el día mesándoselo con los dedos. Y, además, tenía un aspecto horrible. Parecía como si se hubiera levantado y se hubiera puesto lo primero que hubiera encontrado, vaqueros y camiseta negra, muy arrugados. De hecho, estaba hecho un absoluto desastre. Pero con Sabina esperando fuera, no podía subir y darse una ducha, afeitarse y cambiarse de ropa antes de invitarla a pasar…

–Sí, por favor, dígale que pase –le contestó finalmente–. ¿Está ella sola, señora Potter?

–Absolutamente sola –contestó la propia Sabina desde la entrada del estudio.

¡Estaba estupenda!

Si Brice parecía un desastre, Sabina estaba absolutamente maravillosa, con un vestido dorado haciendo juego con su dorada cabellera suelta cubriéndole la espalda, los ojos de un azul luminoso, los labios voluptuosos pintados de rojo y las uñas del mismo color, las piernas largas y sedosas, y los delicados pies en unas sandalias de tacón, doradas. Para Brice estaba más hermosa que nunca.

–Gracias, señora Potter –le dijo Brice a su ama de llaves con aspereza.
–¿Quiere que le traiga algo? ¿Café? ¿Té? ¿Vino, tal vez? –se ofreció la señora Potter.
–Es muy amable por su parte –Sabina sonrió a la mujer con dulzura–, pero no estaré mucho. Solo he pasado de camino a otro sitio.
–¿Qué quieres? –preguntó cuando la señora Potter cerró la puerta.
–Desde luego, eres el hombre más grosero que he conocido en toda mi vida.
–Por lo menos soy consecuente con mis actos –respondió él, arqueando una ceja.
–Cierto –reconoció ella–. Solo he venido…
–Ya lo has dicho antes –dijo con tono áspero.
–Porque sé que Richard tiene la intención de llamarte mañana para solicitarte el retrato –continuó con firmeza–. Quiero que le digas que no puedes hacerlo –dijo finalmente.
–¿Y por qué habría de decirle eso? –preguntó Brice burlonamente.
Sabina continuó mirándolo sin parpadear.
–Estoy segura de que no tengo que explicarte por qué.
Efectivamente no tenía que hacerlo, pero después de los tres días de tormento que había sufrido, no podía dejar que se marchara así como así, y esa era la única forma que tenía de retenerla. Además, la máscara de indiferencia que le estaba mostrando lo irritaba.
–¿Te refieres a lo del beso que nos dimos la otra noche? –aventuró Brice.
–Además de ser tremendamente grosero, veo que tienes una memoria selectiva –espetó Sabina–. Querrás decir que me besaste…
–Solo al principio –contestó él, aburrido–. Creo recordar que me devolviste el beso –añadió alzando las cejas en gesto retador.
–Desde luego que no eres un caballero –dijo Sabina tomando aire para aliviar la ira que sentía.
Pero sí que lo era, porque de no haberlo sido habría seguido su instinto y la habría vuelto a besar. Estaba maravillosa tan enfadada…
–Y supongo que Latham sí lo es –dijo él, los labios torcidos en un

gesto de desdén.

Sabina se puso rígida, sus ojos brillantes como dos gotas de hielo azul.

–¿A qué te refieres exactamente?

–¡No puedo creer que Latham duerma solo en su habitación! –se burló.

Si le había parecido que Sabina se había comportado con frialdad hasta entonces, después del desacertado comentario se volvió la dama de hielo.

–No creo que eso sea de tu incumbencia, señor McAllister –espetó ella desdeñosamente–. He venido hasta aquí con la esperanza de que la parte buena de ti pudiera atender mi petición, pero veo que no hay tal parte, así es que…

–Latham no sabe lo de la otra noche, ¿verdad? –aventuró Brice, casi seguro de que así era, pero necesitaba que se lo confirmara.

–Richard sabe que salí contigo esa noche –contestó ella, ruborizada.

–No me refería a eso… y lo sabes –dijo con aspereza.

–Dime, Brice, ¿todavía puedes caminar? –dijo para provocarlo.

Brice bajó la vista hacia sus piernas.

–Claro –respondió.

–Entonces creo que puedes hacerte a la idea de que no le he dicho a Richard lo de las confianzas que te tomaste la otra noche –finalizó con tono burlón.

–¿Quieres decir que tu futuro marido no es más que un matón?

Había pasado todo el tiempo pensando que, si Sabina fuera su prometida, se sentiría muy violento con solo pensar que otro hombre pudiera besar a esa mujer, mucho más de saber que había sido así.

Sabina lo miró con desagrado.

–Tú…

–¿Cómo está tu madre? –Brice cambió de tema repentinamente, consciente de que Sabina estaba a punto de marcharse, y necesitaba desesperadamente que no lo hiciera.

Estaba seguro de que nunca volvería a verla a solas. El hecho de que lo hubiera visitado era una prueba de que no quería que Richard Latham supiera lo ocurrido. ¿Acaso era una prueba de cuánto quería a aquel hombre…?

Sabina no pareció desconcertarse ante el repentino cambio de tema.

–No he hablado con mi madre desde que comimos juntas –respondió Sabina con cautela.

–¿Retrasando el momento fatal? –preguntó Brice con suavidad–. ¿Crees que eso es justo para tu madre? Después de todo, por lo poco que me contaste, dudo que te mostraras contenta ante sus planes de vacaciones.

–De verdad que no creo que eso sea asunto tuyo, Brice… –dijo Sabina, otra vez colorada.

–Cobarde –murmuró con suavidad Brice.

Sabina abrió los ojos desmesuradamente por la indignación.

–No es que sea de tu incumbencia… pero tengo toda la intención de hablar con mi madre. A mi manera. Y cuando crea oportuno.

–Y mientras tanto, puede quedarse sentada dándole vueltas a la cabeza sin parar.

–¡No tienes ni idea de cómo es mi madre! –Sabina frunció el ceño.

–Sé que le importas lo suficiente como para venir hasta Londres para contarte que se ha propuesto ir a París con un amigo –dijo él con aspereza–. Incluso sabiendo cómo ibas a reaccionar –añadió en tono provocador.

No había podido evitar desafiarla.

¡Porque desde que había llegado sólo había deseado besarla de nuevo!

Sabina tragó con dificultad, lanzándole a Brice una mirada socarrona. Parecía distinto aquella noche, y no era por la barba que lucía, ni su pelo alborotado o la ropa arrugada. Todo eso tenía una fácil explicación tratándose de un artista de su calibre absorto en cualquier obra que estuviera haciendo.

No, era algo más… pero ella no sabía lo que era.

–Y exactamente, ¿cuál fue mi reacción? –dijo ella finalmente.

–Bueno, a ti te parece bien vivir con un hombre que podría ser tu padre, pero no aceptas que tu madre quiera disfrutar de su vejez con alguien que la hace feliz –dijo él con aspereza.

Sabina sacudió la cabeza, sonriendo sin humor, incapaz de

apreciar cada una de las palabras de Brice, pero especialmente la parte que se refería a la edad de Richard.

–Dudo mucho que mi madre se considere vieja a la edad de sesenta y seis años.

–Exactamente –dijo Brice–. ¡Si fuera yo, lo único que le desearía sería buena suerte!

Sabina se había dado cuenta finalmente de lo que Brice estaba tratando de hacer, y no iba a darle la satisfacción de que lo consiguiera. Estaba tratando provocar una pelea entre ellos, como si fuera un niño…

Sacudió la cabeza antes de hablar.

–No he venido para hablar de mi madre contigo, Brice.

–No… has venido a pedirme que le diga a tu prometido… cuando me llame… que no puedo hacer el retrato –dijo él.

Y ella podría jurar, a juzgar por el rostro de él, que no estaba dispuesto a hacerlo.

–Pero obviamente estoy perdiendo el tiempo –reconoció con un suspiro antes de mirar el reloj de pulsera de oro en su muñeca–. Creo que no tengo más tiempo para seguir discutiendo esto contigo, Brice…

–Sí, no debes hacer esperar a Richard –tentó con dureza–. Y supongo que el atento Clive estará esperando en el coche también –añadió.

–Richard no está conmigo esta noche –contestó con impaciencia–. Estoy trabajando.

Iba a asistir a una cena benéfica con otras modelos. Richard estaba en viaje de negocios otra vez hasta el día siguiente, pero Brice estaba seguro de que Clive estaría esperando en el coche para llevarla. Igual que la esperaría después para llevarla a casa…

Sabina tomó su bolso.

–Siento que no podamos llegar a un acuerdo amigable en lo del retrato, Brice –le dijo con calma.

–¿Y eso qué significa? –preguntó Brice.

–No estoy muy segura todavía –respondió lentamente.

–Y yo no estoy muy seguro de que me guste cómo suena eso.

Sabina le sonrió.

–Pero yo te puedo asegurar que me importa muy poco cómo te sientas –le dijo con suavidad antes de volverse para abandonar la

habitación.

–Hay algo que me gustaría que supieras, Sabina –le dijo Brice también con suavidad, a su espalda.

Demasiado cerca de ella, según le pareció a Sabina, que sintió el calor de su aliento contra sus hombros desnudos. Aquello le recordó a aquellos minutos que había pasado en los brazos de Brice unas días atrás. ¿Se lo recordaba? ¡No había logrado dejar de pensar en ello por más que lo había intentado!

Había salido con varios hombres antes de conocer a Richard un año antes. Habían sido relaciones amistosas todas ellas, pero ninguna de ellas había sido seria, y ninguno de aquellos hombres había conseguido que se le acelerara el pulso y sintiera su cuerpo hervir como lava ardiente.

No se giró para mirar a Brice, y en su lugar tomó aire profundamente.

–¿Y qué es, Brice? –le preguntó, en tono burlón.

–Tengo curiosidad por saber qué significaba la carta que recibiste el otro día y que te causó tanto malestar –aventuró Brice–. Me refiero a la carta de color verde.

Se quedó petrificada, cada uno de los músculos y fibras de su cuerpo quedaron inmóviles, su aliento parecía haberse congelado en la garganta.

–¿Sabina…? –Brice la agarró del brazo con delicadeza, y la volvió hacia él–. Sabina –gritó preocupado al ver la reacción que estaba teniendo hacia la pregunta.

Sabina tragó con dificultad, tratando de hablar, pero su lengua parecía haberse quedado pegada al paladar. La visión empezó a hacerse borrosa, y ya no veía bien el rostro de Brice. Y aunque podía ver que este movía los labios, diciéndole algo, no podía oírle bien. Lo siguiente que supo era que todo se había vuelto negro…

Capítulo 4

BRICE pensó que parecía muy joven con los ojos cerrados. El recelo que siempre mostraban aquellos ojos azules, que a veces podían hacerla parecer tan madura, estaba entonces escondido bajo los párpados cerrados.

Brice había conseguido tomarla en sus brazos antes de que se desmayara sobre el suelo enmoquetado, y la llevó con cuidado hasta el sofá, donde la tumbó, el pelo rubio suelto como una cascada de oro sobre el cojín. Estaba seguro de que había perdido peso en los últimos días.

¿Por él…? ¿Tal vez por el beso que se habían dado?

¿O tal vez fuera debido a la carta que le había provocado aquel desmayo? En vista de la reacción que había tenido, era muy probable que esa fuera la razón de su pérdida de peso. Pero, ¿quién podría ser el autor? ¿Qué podía contener aquella carta para tener semejante efecto en ella, incluso después de varios días?

Podría tratar de preguntárselo, se planteó Brice con un mueca, pero dudaba mucho que Sabina quisiera responder. Permanecía allí con el ceño fruncido cuando Sabina comenzó a volver en sí, abrió los ojos, y los volvió a cerrar cuando lo vio allí sentado junto a ella, mirándola con preocupación.

–Venga –le dijo burlón–. ¡No será para tanto!

Ella respondió con una mueca, como diciendo «Eso te parecerá a ti» antes de volver a abrir los ojos de nuevo. Trago con dificultad otra vez, y se humedeció los labios resecos.

–¿Podrías darme un vaso de agua? –pidió con voz áspera aunque cariñosa, evitando la mirada de él.

–No te muevas mientras voy a buscarlo –le rogó él, levantándose para ir a la cocina.

Como podría haber imaginado, Sabina estaba sentada arreglándose el pelo revuelto cuando llegó con el agua.

–¿Alguna vez haces lo que te piden? –dijo él con aspereza,

mirándola mientras daba un sorbo de agua y dejaba luego el vaso en la mesa que tenía delante.

–Rara vez –contestó con una mueca–. Siento lo que ha ocurrido. No puedo imaginar por qué ha pasado…

–Yo sí puedo –dijo él con dureza–. ¡Parece que no has comido en condiciones durante varios días! –y a juzgar por el enrojecimiento de sus mejillas, parecía haber acertado–. ¿Por qué no has comido?

–No creo que mis hábitos alimenticios sean asunto tuyo… –Sabina lo miró desafiante.

–¡Acabas de desmayarte en mi casa… así es que sí es asunto mío! –hizo una mueca–. ¿Y bien? –rugió al ver que ella no hacía intento de darle una explicación.

Sabina sacudió la cabeza, una vez más mirando su reloj de muñeca.

–Tengo que marcharme, de verdad…

–Salí a la calle cuando te desmayaste y le dije a Clive que cancelara tu compromiso –contestó Brice con amabilidad.

–¿Que hiciste qué? –preguntó Sabina, sin aliento, abriendo los ojos desmesuradamente sin poder creer lo que acababa de oír.

–Estoy seguro de que has oído perfectamente –contestó él–. También le dije que no necesitarías sus servicios más por esta noche.

Sabina abrió la boca para decir algo, y la volvió a cerrar. Después volvió a abrirla para volver a cerrarla nuevamente.

Si la situación no fuera tan condenadamente seria, Brice habría encontrado divertida la reacción de Sabina hacia su arrogancia masculina. Una Sabina que se había quedado sin palabras era desde luego algo para recordar. Y tal vez él había sido un poco duro con ella, pero si Sabina no estaba preparada para cuidar de sí misma sola, entonces alguien tendría que hacerlo por ella. Pero teniendo en cuenta que Latham era su perro guardián particular en otros aspectos…

–¿Dónde está Richard esta noche? –preguntó con voz áspera.

–Fuera de la ciudad –consiguió responder a duras penas, obviamente sorprendida aún por la forma en que la había liberado de sus compromisos aquella noche.

–¿Otra vez? –murmuró Brice disgustado–. ¿Y qué piensa que eres: un un trofeo para admirar cuando se digna a estar en casa? –

dijo, recordando perfectamente la opinión que David Latham tenía de su tío.

Sabina pareció muy irritada.

–No seas ridículo. Richard es un hombre muy ocupado…

–Y yo también –dijo él con mordacidad–. Pero yo no te dejaría sola en tu estado.

–¿En qué estado? –ella lo miró, resentida.

Dios, era tan hermosa… Pero estaba tan delgada que parecía que iba a partirse en dos; sus ojos parecían dos lagos azules, y los hoyuelos de las mejillas no hacían más que remarcar las sombras que había bajo aquellos ojos.

Brice sacudió la cabeza con disgusto.

–Pareces una niña caprichosa.

–Vaya, muchas gracias –dijo ella, desdeñosamente.

–No era un cumplido.

–Y yo no lo he tomado como uno.

–Tú…

–La cena está servida, señor Brice –la señora Potter apareció en la puerta para anunciar la cena, después de dar dos golpes en la puerta que ellos, obviamente, no habían escuchado.

Algo que no era realmente sorprendente, ya que Brice y Sabina se estaban hablando a voz en grito.

–¿La cena, Brice? –preguntó suavemente Sabina, tranquilizándose de repente.

Brice no se dejó engañar ni por un momento por la amabilidad que empleó en sus palabras; Sabina estaba furiosa con él por haber sido tan arrogante al cancelar sus planes para esa noche y tener la caradura de pedirle a la señora Potter que preparara la cena para los dos era, a sus ojos, ir demasiado lejos.

–Los dos tenemos que comer, Sabina –le dijo, haciendo como que no había escuchado sus palabras; por alguna razón él mismo había recuperado el apetito.

Los ojos de Sabina llamearon furiosos mientras lo miraban, pero un vistazo en dirección a la señora Potter debió de impedirle decir lo que pensaba de él. ¡Menos mal!

Brice era perfectamente consciente de que había sido muy arrogante, pero a la vez estaba tan preocupado por Sabina que la preocupación se había convertido en rabia cuando la vio

desmayarse, lo cual le había hecho salir de la casa y darle instrucciones al guardaespaldas de Richard Latham.

Había completado su actitud arrogante al ordenarle a la señora Potter que preparara la cena cuando entró en la cocina a buscar el vaso de agua para Sabina.

–Iremos enseguida, señora Potter –contestó Brice.

–¿Cómo te atreves? –Sabina se volvió hacia él tan pronto como estuvieron solos de nuevo, levantándose de repente para mirarlo acusadoramente desde el otro extremo de la habitación–. ¿Cómo te atreves? –repitió, incrédula todavía.

–Creo que tienes que comer algo, Sabina… –Brice se encogió de hombros.

–No me refiero a la cena, Brice –prosiguió ella, airadamente–. ¿Cómo te has atrevido a cancelar mis planes de esta noche? ¿Cómo te has atrevido a decirle a Clive que se marchara? Un beso no te da derecho a hacer algo así, Brice –le dijo con desdén.

Después de varios días de tensión, Brice podía sentir que empezaba a relajarse, porque, a pesar de las negativas de Sabina, sabía que aquel beso también había significado algo para ella…¡o de lo contrario no lo habría mencionado!

La miró con una sonrisa sin inmutarse.

–¡Pero qué beso, Sabina!

–Tú…yo…tú…eres incorregible –balbució débilmente.

–Es parte de mi encanto –se encogió de hombros.

Sabina lo miró con ferocidad, pero sus ojos ya no mostraban la rabia de antes.

–La arrogancia no es una virtud, Brice –le dijo con desdén.

–Morirse de hambre tampoco –contestó él–. ¿Pasamos al comedor? –invitó, las cejas oscuras arqueadas en actitud retadora mientras le ofrecía su brazo para llevarla hasta allí.

Sabina le retiró la mirada, frustrada, librando una batalla interior.

Brice esperó a que se esta se decidiera. No tenía mucha paciencia pero esperó. Ya la había presionado bastante por una noche.

–De acuerdo –dijo ella finalmente, dando un suspiro–. Pero solo porque has despedido a mi chófer –le recordó–. Y con una condición… –añadió con hosquedad, la mirada fija en la de él.

–¿Qué condición? –Brice se puso tenso, en actitud cautelosa.

–No más preguntas sobre mi correspondencia personal –dijo con firmeza.

Brice se lo imaginaba, y no lo atraía mucho el trato, pero si eso servía para que se quedara a cenar con él…

–De acuerdo –aceptó, guardando el tema para sacarlo en una futura conversación. Porque tenía toda la intención, en algún momento de un futuro no muy lejano, de averiguar lo que decía aquella carta.

Sabina rechazó el brazo que Brice le ofrecía para conducirla al comedor, pero aquello no lo molestó especialmente tampoco. Había aceptado cenar con él y concederle su compañía durante al menos las próximas dos horas, así es que, ¿por qué tentar la suerte?

Tal vez Brice pensara que había ganado esa batalla, pensó Sabina. Pero lo cierto era que le había parecido más conveniente acceder a cenar con él que la alternativa de pedir un taxi, esperar sentada a que llegara y tener que prepararse algo para cenar cuando llegara a casa.

Al menos…eso era lo que se decía para convencerse.

Sentada a la mesa tomó conciencia de que no había comido nada en todo el día, y se sintió un poco débil y temblorosa. Y como dándole la razón, su estómago lanzó un gruñido cuando la señora Potter le puso un plato de humeante sopa de verdura delante de ella.

Sabina levantó la vista y la miró agradecida.

–Espero no estar causándole demasiados inconvenientes.

–En absoluto, señorita –contestó la mujer–. Me agrada ver que el señor Brice se ha animado a comer algo al fin; no ha probado bocado en los últimos dos días –le reprochó ligeramente antes de volver a la cocina.

Sabina comenzó a comer su sopa, sin poder mirar a Brice en un principio, tratando de mantenerse seria; ella no era la única que no había comido bien en los últimos días.

–De acuerdo –murmuró Brice después de varios minutos en silencio sepulcral–, no le he hecho justicia a las artes culinarias de la señora Potter en los últimos tres días, es cierto –hizo una mueca.

Sabina adoptó una actitud un poco seria, no muy segura de si le gustaban las implicaciones de aquel comentario. Hacía tres días que había cenado por última vez con Brice, tres días desde que la había besado...

Ella había tratado de no pensar en aquel beso, sabiendo que no debía hacerlo, pero el recuerdo la asaltaba en cualquier parte, en los momentos más insospechados. Es decir, todo el tiempo.

–Es una lástima, porque esta sopa está deliciosa –dijo Sabina a propósito, sin intención de meterse en una nueva discusión sobre lo que había pasado tres días atrás.

Ella estaba comprometida con Richard, le debía mucho, y el beso entre Brice y ella nunca debió ocurrir. Cuanto antes lo olvidaran, los dos, mucho mejor.

–He estado pensando…

–Me gustaría que tú…

Ambos se detuvieron, porque habían empezado a hablar al mismo tiempo.

–Tú primero –dijo Sabina.

–No, tú primero –insistió Brice–. A pesar de lo que crees, no he olvidado los modales por completo –añadió con algo de tristeza.

–Solo quería preguntarte si reconsiderarás lo de no hacer el retrato –dejó de comer para mirarlo, expectante.

–No –respondió él inflexiblemente.

Era una respuesta directa, pero Brice estaba comportándose como un tonto, porque debía de saber que no era bueno que pasaran demasiado tiempo juntos y solos.

¡Como estaban haciendo en ese momento!

Formaban una pareja extraña de todos modos, se dijo Sabina con tristeza. Ella vestida para salir y que la viera todo el mundo y Brice, además de estar sin afeitar, parecía como si hubiera dormido vestido.

–Lo siento –se disculpó Brice, adivinando parte de sus pensamientos, y pasándose la mano por la barbilla–. Puedo subir y afeitarme mientras terminas tu sopa, si lo prefieres –arqueó las cejas inquisitivamente.

Ella lo hubiera preferido, de hecho, pero no por la razón que él pudiera pensar. Lo cierto era que Brice tenía aspecto de pirata con la barba que le había crecido, cubriendo su cuadrada mandíbula.

Aun así aquel aspecto desaliñado era tremendamente atractivo.

Pero lo que más la desconcertaba era que Brice parecía haber adivinado parte de sus pensamientos, aunque no todos ellos, gracias a Dios.

–Por favor, no te molestes por mí, Brice. No me importa si estás afeitado o no –dijo con calma.

–Parece que no soy el único que dice groserías –dijo él con aspereza.

Sabina se echó hacia atrás en la silla, una vez finalizada la sopa, con aspecto despreocupado.

–Todavía no me has dicho lo que ibas a decir antes –le recordó Sabina suavemente.

El gesto irritado de Brice daba a entender que hubiera preferido continuar con la conversación que estaban teniendo en ese momento.

–Me voy a Escocia el próximo fin de semana –dijo con aspereza–. Y quiero que vengas conmigo –añadió.

Sabina lo miró incrédula; no podía estar invitándola a pasar unos días en Escocia con él, ¿o sí?

Brice torció la boca con desdén como burlándose de la expresión de desconcierto en el rostro de Sabina.

–No estoy proponiendo hacer nada inmoral –continuó burlonamente–. Voy al castillo de mi abuelo.

Pero la explicación no hacía que la invitación sonara menos inocente a ojos de Sabina; después de todo, no había dicho que su abuelo fuera a estar en el castillo…

–Exactamente ¿qué estás sugiriendo, Brice? –dijo ella con desdén.

–Yo… –Brice se interrumpió porque en ese momento la señora Potter regresó para llevarse los platos, y esperó hasta que la criada cerró la puerta antes de continuar–. Sé exactamente cómo y dónde quiero pintarte –le dijo con satisfacción.

–¿Cómo y dónde…? –repitió ella con cautela, sin gustarle como lo había dicho Brice.

–Yo no soy un retratista, Sabina –dijo él impacientemente–. Se lo dije a tu prometido desde el principio –añadió frunciendo el ceño.

–Pero insistes en hacerme ese retrato –le recordó ella, frunciendo el ceño a su vez, perpleja.

–Voy a pintarte –confirmó con entusiasmo–. La forma que tienes de mirar… sería un insulto pasar algo así por alto, pero no quiero hacer un simple retrato de estudio, con pose meditada; si Latham quiere algo así, puede hacerte una foto y ponerla en la pared –añadió con disgusto–. No, yo quiero pintarte en una de las torretas del castillo de mi abuelo, sentada frente a la ventana abierta, con esa mata sedosa de cabellos dorados volando al viento…

–Y con un vestido transparente y poco más –concluyó Sabina, sin abandonar su tono desdeñoso–. La imagen me recuerda el nombre de Rapunzel –añadió para provocarlo.

Una sensación de cosquilleo invadió el estómago de Sabina, y no era hambre, ante la idea de posar para Brice de semejante manera. Lo que le estaba proponiendo era pura fantasía, y ella estaba segura de que en lo que a Brice McAllister se refería, tenía que guardar las distancias y no dejar que sus pies dejaran de estar sobre la tierra. Porque si no lo hacía así, ¡mucho se temía que también ella quedaría atrapada en la fantasía!

Brice podía ver que Sabina iba a rechazar su proposición y no podía permitirlo. No sabía cómo, ni cuándo, se le había ocurrido, pero había sido de repente; unos minutos antes supo con seguridad cómo quería pintar a Sabina. Y supo también que él era el único que podía hacerlo.

Sabina lo había estado mirando muda por la sorpresa, y entonces sacudió la cabeza.

–No creo que eso sea lo que Richard tenía en mente cuando sugirió que me hicieras el retrato –comenzó Sabina, burlonamente.

–Según recuerdo, no me sugirió nada en concreto –contestó Brice con tono áspero lleno de impaciencia, recordando demasiado bien la suposición arrogante de aquel hombre de que él no podría negarse a su petición–. Y a mí me importa muy poco lo que Latham tuviera en mente –contestó él ferozmente–. ¡Si no le gusta el retrato cuando esté terminado, me lo quedaré yo! –añadió, con firmeza.

–De verdad, no puedo ir contigo a Escocia, Brice… –dijo Sabina sacudiendo la cabeza.

–¿Y por qué diablos no puedes? –preguntó lleno de impaciencia, ahora que la inspiración había llenado su cabeza, y lo invadía el

único deseo de empezar cuanto antes a pintar–. Mi abuelo estará allí, así tu virtud quedará intacta –le aseguró fríamente.

–¿Tu abuelo estará allí? –repitió ella, dubitativa.

Brice sonrió burlonamente.

–Cuando le diga que me llevo a la gran modelo Sabina al castillo, estoy seguro de que lo hará –confirmó, un poco triste–. Puede que el abuelo tenga ochenta años, pero no puede resistirse a las mujeres hermosas.

Sabina sonrió levemente ante la descripción del abuelo, pero seguía sin parecer convencida del todo.

–¿En qué lugar de Escocia vive tu madre? –preguntó Brice, consciente de que tenía que convencer a Sabina para que lo acompañara. Tenía que lograrlo.

–¿Mi madre? –preguntó, perdida en sus pensamientos.

–Trata de seguir la conversación, por favor, Sabina –le dijo Brice, bromeando con ella–. Te estoy sugiriendo ir a Escocia. Tu madre vive en Escocia también –habló deliberadamente despacio y con claridad–. Si resulta que estamos cerca, podrías visitarla mientras estemos allí.

Sabina sacudió la cabeza, ante la rapidez que cobraban los acontecimientos, demasiada para su gusto.

–Pero yo nunca he… –Sabina se detuvo, mordiéndose el labio distraídamente.

–¿Nunca qué? –dijo Brice, frunciendo el ceño–. ¿Nunca has visitado a tu madre en Escocia? –continuó incrédulo–. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo allí?

–Cinco años –admitió Sabina, reacia.

–Entonces tienes que ir y hacerle esa visita que le debes –dijo Brice, un poco disgustado.

Sabina se puso colorada por el bochorno de la situación, viéndose reprendida por él.

–Creo que lo de visitar a mi madre es…

–Asunto tuyo –se contestó a sí mismo Brice–. Probablemente, pero como vamos a ir a Escocia de todos modos…

–Todavía no he accedido –protestó Sabina.

–También tienes que ver a Chloe la próxima semana –continuó, frunciendo el ceño–. Ella…

–¿A Chloe? –repitió Sabina, perdida–. ¿Te refieres a Chloe Fox?

–O Chloe McCloud, como prefieras –asintió con la cabeza–. Quiero que diseñe y haga un vestido para ti. Sé exactamente cómo tiene que ser, así es que Chloe puede hacer un dibujo antes de quedar contigo, y luego será cuestión de hacerlo conforme a tus medidas. ¿Voy demasiado rápido para ti, Sabina? –preguntó en tono socarrón viendo a Sabina más y más perdida a cada minuto ante semejante bombardeo de información.

–¡Demasiado rápido! –repitió Sabina agitada–. Tú… –se detuvo cuando la señora Potter entró en el comedor con el resto de pollo asado que Brice había despreciado antes, un montón de patatas recién asadas y una ensalada.

–Tiene una pinta deliciosa –le dijo Sabina al ama de llaves afectuosamente.

–Gracias, señora Potter –Brice sonrió a la señora Potter–. ¿Qué decías? –preguntó a Sabina, mientras se servía un montón de patatas para acompañar al pollo.

–No tengo ni idea de los compromisos que tengo para la próxima semana –le dijo con determinación–. Pero dudo mucho que tenga un par de días libres para ir hasta Escocia. Aunque me atrajera la idea de ir –añadió, irritada.

–Pero no es así –adivinó Brice.

–Pero no es así –repitió Sabina.

–Hmm –murmuró Brice–. Trabajas demasiado, sabes. ¿Por qué? Llevas varios años siendo una de las grandes modelos, así es que no puede ser por necesidades económicas… ¿o sí? –se detuvo y frunció el ceño.

Aquella carta que había recibido en el sobre verde. ¿Podría haber alguien que la estuviera chantajeando? Si era eso, Brice no tenía ni idea de quién podría ser, pero daría respuesta a más de una de las preguntas que le habían estado amargando la existencia desde que vio la reacción de Sabina…

–Sabina…

–No es por dinero, Brice –le dijo con firmeza–. Simplemente, me…me gusta trabajar, estar ocupada –le regaló una amplia sonrisa–. Después de todo, las modelos tienen una corta vida laboral. No podré seguir estando entre las primeras mucho tiempo más.

No estaba mal como intento de cambiar de tema, admitió

Brice… si fuera el tipo de hombres que se dejan engañar. Pero no era así.

–Buen intento, Sabina –dijo–. Y ahora dime la razón verdadera.

–Te lo acabo de decir –contestó ella, los ojos azules lanzando llamas–. Igual que te he dicho que no puedo irme a Escocia la próxima semana con tan poco tiempo de antelación –añadió impaciente–. Tengo trabajo. Compromisos.

Latham, pensó Brice. Sin duda aquel hombre no se sentiría muy feliz con la idea de que Sabina pasara unos días fuera, aunque fuera para que pudiera retratarla. La única forma que veía de que Sabina fuera con él, era invitar a Richard Latham también, algo que a él no le hacía ninguna gracia…

Quería a Sabina para él solo, acababa de darse cuenta, aunque solo fuera durante unos días. Quería llegar a conocerla, lejos de Londres, de sus compromisos de trabajo, de Latham. ¡Especialmente de este último!

–Tal vez, si le explico la situación a tu prometido… –hizo una mueca de frustración.

–Richard estará en Australia toda la próxima semana… –interrumpió Sabina y de pronto se dio cuenta de lo que había dicho–. Voy a reunirme con él el fin de semana –añadió a la defensiva.

Brice era consciente de la razón para ponerse a la defensiva de esa forma… no había podido ocultar su euforia al saber que Richard Latham estaría fuera del país toda la semana.

–Será una pena que no pueda venir con nosotros –dijo Brice, sin sentirlo en absoluto–. Pero seguro que no habrá problema si retrasas tu viaje hasta el lunes –razonó, con total satisfacción.

¡Si! Las cosas no podrían haber salido mejor aunque las hubiera planeado. Sabina dio un suspiro.

–Eres terriblemente insistente, Brice –le dijo ella, con suavidad.

Y, después de admitir que Richard Latham estaría fuera del país la semana siguiente, se había quedado sin argumentos para negarse a la invitación de Brice. Excepto el hecho de que realmente no quisiera ir a Escocia con él… Pero, ¿por qué no iba a querer?

Había ido a su casa esa noche con la única razón de persuadir a Brice de que le dijera a Richard Latham que no podía hacer el retrato. ¿Por qué? ¿Acaso aquel beso que habían compartido tres

días antes la había afectado algo más de lo que ella insistía en admitir?

Si era así, había razones más que suficientes para ir a Escocia juntos. ¡Tal vez Sabina estuviera comprometida con Richard Latham pero no podría seguir adelante con los planes de boda si se sentía atraída por él!

Sabina había perdido el apetito, demasiado alterada ante el hecho de haberse puesto al descubierto ante Brice y su idea de ir juntos a Escocia. El problema era que Brice la había dejado contra las cuerdas, de forma que lo que había intentado decir le había salido al revés.

Ella había ido esa noche a su casa con la única intención de no volver a ver a Brice nunca más, y en vez de ello, ¡se encontraba ante el peligro potencial de un fin de semana con él en Escocia!

Era imposible.

–Lo siento, Brice, pero de verdad que me tengo que marchar –dejó los cubiertos en el plato sin apenas haber tocado la comida.

–¿Por qué?

Sabina no se dejó engañar ni por un minuto por la amabilidad en el tono de Brice, consciente de que en sus ojos no había nada de amabilidad.

–Porque tengo que irme –le respondió con firmeza, echando hacia atrás la silla y levantándose acto seguido.

–La señora Potter probablemente dejará el trabajo después de esto; es la segunda vez en un día que alguien deja su comida sin apenas tocarla –dijo él, haciendo una mueca graciosa.

–Estoy segura de que eres más que capaz de calmar a la pobre señora Potter –dijo ella, sonriendo con tristeza.

De hecho, estaba absolutamente segura de que Brice era capaz de manejar cualquier situación.

Pero no podía decirse lo mismo de ella, y sus nervios ya habían aguantado suficiente aquella noche.

–¿Podría usar el teléfono para llamar a un taxi? –preguntó Sabina con voz hosca.

Como Brice había cancelado todos sus planes para aquella noche, la idea de un baño caliente y un buen sueño reparador, era

la opción más atractiva.

–Yo te llevaré a casa…

–No –Sabina lo detuvo con firmeza–. Creo que ya has hecho suficiente por mí esta noche.

El tono sarcástico no pasó desapercibido para Brice, sus labios tensos por la rabia que se agitaba en su interior. Bien, ella no podía evitarlo. Él había cancelado todos sus planes y ya no había solución para eso. Aunque tal vez fuera otra cosa: que ella necesitara escapar de Brice, ¡no podía entrar en un espacio tan reducido como era un coche a solas con él!

–De acuerdo –aceptó Brice finalmente–. Llamaré a un taxi ahora mismo –y salió de la habitación.

Eso no era lo que ella había dicho, pero esa vez Sabina se sintió demasiado cansada para seguir discutiendo con él. Además, el alivio que sintió mientras Brice la dejó sola en el comedor le dio la oportunidad de relajarse un poco.

¿Qué tenía aquel hombre que la ponía tan nerviosa? De alguna forma, ella no creía querer saber la respuesta. De hecho, estaba segura de que no quería.

–El taxi estará aquí en unos minutos –informó Brice cuando entró en el comedor–. Hablo muy en serio respecto a lo de que vayamos a Escocia juntos el próximo fin de semana, Sabina –añadió con firmeza.

Y ella sabía que hablaba en serio, pero ella no quería ir. ¡Y si no quería ir, no veía la razón de que tuviera que hacerlo!

–Ya veremos –respondió, evadiendo el tema.

Por mucho que odiara admitirlo, sabía que sería capaz de manejar mejor la situación cuando se encontrara lejos del hechizo de Brice.

–Claro que lo veremos –contestó Brice con determinación.

Los minutos que pasaron mientras esperaba la llegada del taxi no fueron los más cómodos que Sabina pudiera recordar. La conversación se había vuelto demasiado tensa, y ambos dieron un suspiro de alivio cuando finalmente llegó el taxi.

Para su consternación, Brice la acompañó hasta la puerta, y abrió la portezuela del taxi para que entrara. Sabina dudó antes de entrar, no muy segura de qué decir. No podía darle las gracias por una velada deliciosa, había sido todo lo contrario, pero sentía que

tenía que decir algo.

–No tienes que decir nada –le dijo Brice secamente al leer la expresión de la joven–. Un beso será suficiente –añadió dulcemente inclinando la cabeza para buscar los labios de ella.

Sabina quedó demasiado sorprendida en un principio como para resistirse. Y entonces se encontró inmersa en un profundo y largo beso; no podía moverse de allí aunque lo hubiera deseado; su cuerpo simplemente no respondía a sus órdenes.

Brice se separó de ella ligeramente, su mano acarició dulcemente la delicada curva de la barbilla de Sabina mientras la miraba intensamente.

–Te llamaré –le dijo con voz ronca.

Sabina se separó rápidamente de él, las mejillas le ardían cuando entró en el taxi y cerró la puerta firmemente detrás de ella. Le dijo al conductor la dirección, enfadada consigo misma y con Brice.

Mantuvo la vista fija al frente mientras el coche se deslizaba por las calles, aunque estaba completamente segura de que Brice estaba allí mirándola hasta que el coche se perdiera a la vuelta de la esquina.

¿Cómo se atrevía a besarla siempre que le venía en gana? Casi como si fuera él su prometido en vez de Richard…

¡Dios Santo, Richard!

¿Qué demonios diría este si supiera que Brice McAllister la había besado, no una vez, sino dos?

Sabina sacudió la cabeza llena de disgusto. Richard respetaba el hecho de que el trabajo de ambos los mantuviese siempre ocupados, y su relación funcionaba porque Richard sabía que podía confiar en ella, igual que ella en él. De acuerdo, ella no había iniciado ninguno de los besos con Brice, pero tampoco había tratado de detenerlos.

¿Por qué? Realmente no quería averiguarlo. Tal vez lograra encontrar una explicación para la primera vez, pero la segunda vez era simplemente inaceptable.

Para su sorpresa, la mayoría de las luces del piso inferior de la casa estaban apagadas cuando llegó, y se sintió terriblemente aliviada cuando entró y se encontró con Richard sentado en el salón escuchando música clásica. Debía de llevar largo rato haciéndolo porque el vaso de whisky que había sobre la mesa estaba casi vacío.

–No te esperaba hasta mañana –le sonrió Sabina afectuosamente.

Richard se había levantado al oírla entrar.

–Es obvio que no –dijo este con dureza.

Sabina se sintió culpable al instante, consciente de que unos minutos antes Brice McAllister la había besado. ¿Acaso había algo en su rostro que la delatara? ¿Tal vez sus labios no estaban pintados después de aquel beso? ¿O era alguna otra cosa…?

Richard se volvió para tomar su vaso de whisky, y dio un sorbo antes de hablar.

–Clive volvió hace una hora –dijo sin más, alzando las cejas inquisitivamente.

¡Un Clive que había sido arrogantemente despedido por Brice McAllister!

Sabina parpadeó al pensar en la reconstrucción de los hechos que habría hecho Richard después de oír la versión de Clive.

–Fui a ver a Brice McAllister de camino a …

–¿Sí? –interrumpió Richard con dureza al ver que Sabina se detenía.

–¿Podrías servirme un vaso de whisky, por favor? –dijo Sabina dando un suspiro.

Richard torció los labios desdeñosamente, dirigiéndose al mueble de las bebidas.

–¿Es tan malo lo que vas a decirme? –preguntó Richard dándole el vaso.

Sabina le lanzó una mirada dura, sintiéndose reconfortada por el whisky que había bebido.

–No comprendo…

–Desde que nos comprometimos hemos sabido que solo se trataba de un arreglo de conveniencia, y es obvio que has pasado una velada con Brice McAllister…

–Apenas si he estado una hora con él, Richard –interrumpió ella ligeramente–. Solo son las nueve y media. En realidad, pasé a ver a Brice esta tarde para… para… para…

–¿Para qué, Sabina? –preguntó Richard impaciente.

–Para acordar con él una nueva sesión para posar –explotó ella a la defensiva, pero no pudo evitarlo. Simplemente no estaba preparada para darle a Richard una respuesta válida habiendo pasado tan poco tiempo desde que Brice la había besado. ¡Porque se sentía culpable aunque ella no hubiera iniciado aquel beso!

–Me pillaba de paso –dijo encogiéndose de hombros.

–¿Y? –preguntó Richard, frunciendo el ceño.

–Richard, has llegado a casa un día antes. No perdamos el tiempo hablando de Brice McAllister –dijo ella, acariciando el brazo de Richard, que estaba tremendamente tenso.

–Pero yo no considero que esto sea perder el tiempo –respondió él suavemente–. ¿Has pasado alguna otra tarde con Brice McAllister mientras yo estaba fuera?

–Desde luego que no –dijo ella sacudiendo la cabeza al decirlo–. Richard, no fue nada. No quería decírtelo porque sé que te preocupas… pero fui a ver a Brice McAllister para concertar una cita y yo… bueno, lo cierto es que me desmayé –admitió reacia.

–¿Que te desmayaste? –repitió frunciendo el ceño, tomándola por los hombros para mirarla inquisitivamente–. ¿Qué ocurrió realmente, Sabina? ¿Has recibido alguna otra de esas cartas? –preguntó con la mirada sombría.

–No, nada de eso –aseguró ella al instante–. Olvidé comer en todo el día, eso es todo –explicó, avergonzada.

–¿Eso es todo? –repitió Richard, en tono reprobatorio–. Eres una jovencita alocada –la reprendió hoscamente–. Y yo llevo aquí sentado una hora pensando todo tipo de cosas –admitió un poco avergonzado–. ¿Has comido algo? –preguntó con amabilidad.

–Brice insistió en darme algo de comer –asintió con la cabeza. No había necesidad de decirle a Richard la conversación que habían mantenido, y que no había podido comer más que un plato de sopa.

Desde el principio supo que Richard era muy posesivo, pero ese sentido de la posesión le hacía muy protector hacia lo que consideraba suyo. Y aquellos últimos meses, eso era lo que ella había necesitado precisamente…

–Bien –dijo Richard con una sonrisa–. Siento no haberte dado una bienvenida más agradable. Es solo que eres tan hermosa, tan absolutamente única… –sacudió la cabeza con tristeza–. No debía haber dudado de ti.

Sabina tragó con dificultad, consciente de que Richard no se equivocaba del todo al dudar de ella…

Capítulo 5

QUÉ quieres decir, quieres traer a una chica aquí? –la voz de su abuelo sonó impaciente en el teléfono.

–Eso es, abuelo –respondió Brice frunciendo el ceño.

Simplemente había creído oportuno preguntar a su abuelo si no le importaría que llevara invitados al castillo el siguiente fin de semana, antes de convencer a Richard Latham y a Sabina para ir con él. ¡Pero en ningún caso había esperado una reacción así de su abuelo!

–Esto no es un hotel, jovencito –dijo el abuelo con un fuerte acento escocés, mostrando su indignación–. Sé que tus primos y tú nunca pensáis en ello, pero yo tengo mi propia vida –añadió–. No me dedico a sentarme aquí a esperar que alguno de vosotros me haga una visita.

Vaya. Parecía que había pillado a su abuelo en un mal día. Brice era absolutamente consciente de que estaba muy ocupado cuidando su propiedad en Escocia, el castillo junto con varios miles de acres de terreno, algunos cedidos para el pastoreo de ganado y otros arrendados. Aun existiendo un arrendatario que se ocupaba de casi todo, el abuelo estaba muy ocupado.

–Además –continuó el abuelo antes de que Brice pudiera responderle–, es posible que tenga visita el próximo fin de semana.

–¿Visita, abuelo? –repitió Brice interesado.

–Yo también tengo amigos, jovencito –dijo su abuelo con voz áspera.

–¿Y es posible que esta visita de la que hablamos sea una mujer? –preguntó Brice con curiosidad.

Por extraño que le pareciera a Brice, su abuelo era aún un hombre atractivo a pesar de rondar los ochenta años, y hacía tiempo ya que era viudo…

–No te hagas el gracioso conmigo, jovencito –advirtió el abuelo.

–Estamos hablando de una mujer –Brice se dio cuenta con cierta

incredulidad. Una cosa era sugerirlo y otra muy distinta que se lo confirmara…

–No estamos hablando de ella en absoluto –bramó el abuelo con decisión.

–Pero tú no eres del tipo de hombre de una «aventura pasajera», ¿verdad abuelo? –preguntó Brice con tono burlón no demasiado cómodo con el cambio de papeles.

–Cuida tu lengua, chico –dijo el anciano con cierta dureza.

Aquello era una complicación con la que Brice no había contado, como tuvo que admitir, y no estaba cien por cien seguro de saber cómo comportarse. Tanto como había aconsejado a Sabina que se comportase como una persona adulta ante la nueva relación de su madre con un hombre, y ahora él no sabía cómo comportarse ante la noticia de una relación entre su abuelo y otra mujer.

–¿Entonces la respuesta es no, abuelo? –dijo lentamente.

–Bueno, yo no he dicho eso –respondió el abuelo–. Solo te digo que esto no es un hotel, un lugar al que puedas traerte a tu nueva novia…

–Sabina no es mi nueva novia –dijo Brice–. «Ojalá lo fuera», pensó con tristeza–. Tan solo he aceptado hacerle un retrato. Eso es todo.

–¿Sabina? –repitió su abuelo–. ¿No te referirás a Sabina, la modelo?

–La misma –confirmó Brice–. Aunque no sabía que te interesara la moda, abuelo –añadió desdeñosamente. Claro que no era difícil que hubiera visto alguna fotografía de Sabina, ya que su rostro llevaba adornando las portadas de las revistas casi cinco años.

–Tú no sabes nada de mí, Brice –se burló el anciano.

–Ya lo veo –dijo Brice.

Desde luego era la primera vez que oía que su abuelo salía con una mujer, y estaba seguro de que sus primos tampoco lo sabían. De haber sido así, se lo habrían dicho.

–¿Cuándo pensáis venir? –preguntó el abuelo, pensativo.

–No estoy seguro. Quería confirmarlo contigo antes de hacer planes definitivos.

–No tengo ningún problema –dijo el abuelo.

Brice frunció el ceño levemente. Unos minutos antes no parecía que su abuelo estuviera contento con la idea de recibirlos…

–Entonces te llamaré dentro de unos días para confirmarte la hora, ¿te parece? –dijo Brice lentamente.

Había quedado en ver a Richard Latham una hora después y para entonces ya sabría si podría llevar a Sabina a Escocia con él o no. Preferiría tener que tratar el asunto solo con Sabina, pero como había sido Richard Latham quien le había encargado el cuadro, le había parecido bien hablar con él. Aunque esperaba que Sabina estuviera allí también…

Hacía dos días desde que esta estuvo en su casa y se marchó violentamente, dos largos días en los que Brice había pensado solo en ella. Pero había dejado pasar ese par de días a propósito antes de hablar con Richard Latham; en primer lugar, porque quería dar a Sabina tiempo para olvidar su enfado con él, y en segundo, porque no quería parecer demasiado ansioso. Sobre todo eso último, admitió avergonzado.

Desde que se levantaba por la mañana, Brice solo pensaba en Sabina, recordando cuando la tuvo en los brazos, el sabor y la tersura de sus labios contra los suyos.

No recordaba haber estado tan obsesionado con alguien en toda su vida. ¡Una mujer que estaba absolutamente fuera de su alcance!

–Bien –le respondió su abuelo–, pero asegúrate de avisarme de la hora en que llegaréis.

–Trataré de no pillarte en un momento inoportuno, abuelo –le confirmó con sequedad, no muy seguro todavía de sus sentimientos hacia la «novia» de su abuelo. Aunque dudaba mucho que aquel término pudiera aplicarse a su abuelo teniendo en cuenta la edad de este. A menos que…

–Espero que no te olvides de los buenos modales, jovencito –le reprendió su abuelo–. No quiero que acoses…a mi amiga con tu peculiar sentido del humor.

–Sabré comportarme, abuelo –prometió Brice.

Brice no sabía muy bien qué pensar de aquella relación. Sus abuelos habían sido sus padres, para él y para sus primos cuando estos eran pequeños, y después solo su abuelo cuando murió la abuela. Simplemente no podía imaginarse a su abuelo con otra mujer que no fuera su abuela.

Aunque era muy egoísta por su parte pensar así. Después de todo, su abuelo pasaba casi todo el tiempo solo, porque ellos tenían

su propia vida lejos de él, y, como había señalado el abuelo, pasaba mucho tiempo hasta que recibía la visita de alguno de ellos.

–Será mejor que lo hagas –le advirtió su abuelo al despedirse de él.

Brice permaneció sentado con el ceño fruncido un rato después de colgar el teléfono, y tuvo que obligarse a levantarse al darse cuenta de que le quedaba menos de una hora para cambiarse e ir a ver a Richard Latham. Después de todo, no era asunto suyo si su abuelo salía con alguien o no. Era mayor de edad, viudo, y tenía libertad para vivir su vida como quisiera.

Debía tomar nota de los consejos que él mismo le había dado a Sabina respecto a la madre de esta. Tenía que alegrarse por su abuelo en vez de juzgarlo. Después de todo, era la vida de su abuelo.

La decepción de Brice se agudizó cuando llegó a casa de Richard Latham una hora más tarde y se encontró con que estaba solo. Sin duda, Sabina estaría trabajando.

Richard Latham iba vestido muy formal, con un traje gris y camisa blanca con una discreta corbata de topos grises y rojos, el pelo rubio muy corto, con sus típicas canas en las sienes, sin duda el mayor atractivo de aquel hombre.

Porque Richard Latham era un hombre guapo, con un atractivo ciertamente tosco, con aquellos ojos de un azul intenso y un porte erguido y atlético a pesar de su edad. Pero conforme lo miraba, Brice se dio cuenta de que había algo en él que le disgustaba terriblemente.

El día que se conocieron, Brice se había sentido profundamente irritado ante la arrogancia de aquel hombre, pero, mirándolo mejor, Brice se dio cuenta de que el disgusto hacia él provenía de otra parte. Aquel hombre vivía con Sabina, pasaba todos los días con ella, y todas las noches; pero sobre todo era en esas noches en lo que Brice no quería pensar.

–Siéntese –invitó Richard bruscamente–. ¿Le apetece tomar algo? ¿Té? ¿Café? ¿Algo más fuerte, tal vez?

–No, gracias –rechazó Brice con frialdad, seguro de que no se demoraría tanto tiempo. Estar bajo el mismo techo que aquel hombre lo ponía nervioso.

–En ese caso, ¿qué más puedo hacer por usted?

–Pensé que era yo quien iba a hacer algo por usted. El retrato de Sabina –añadió con cierta dureza mientras el otro hombre lo miraba inquisitivamente.

–Ah, sí –asintió Richard–. ¿En qué está pensando ahora?

El antagonismo entre ambos hombres crecía a cada minuto, y Brice pensó que sería mejor exponer el caso sin tapujos y marcharse lo antes posible.

–Voy a hacerlo –dijo sin más–. Pero no aquí. Lo haré en Escocia. Yo…

–Me dijo que le avisara cuando despertara la señorita Sabina, señor Latham –el ama de llaves interrumpió en el salón después de dar dos golpes suaves en la puerta.

–Gracias, señora Clark. Dígale que subiré a verla en unos minutos –añadió, despidiendo a la mujer.

–¿Está Sabina enferma? –preguntó Brice cuando volvieron a quedarse solos.

El otro hombre miró a Brice con recelo al darse cuenta de la preocupación en los ojos de este. ¿Irritación? ¿Resentimiento? ¿Disgusto? Brice no podría decir muy bien qué era, aunque no había duda de que la sonrisa de Richard Latham no llegó a ser tan fría como sus ojos azules.

–No es nada –dijo, quitándole importancia–. Sabina es muy… delicada. Y un poco nerviosa también. La más mínima… preocupación puede debilitarla por completo, pobre criatura.

Parecía que elegía las palabras con sumo cuidado, y al mismo tiempo, Brice sentía que Richard lo tenía todo premeditado. Y no estaba de acuerdo con él en que Sabina fuera delicada o nerviosa. A veces se mostraba tensa, y le gustaría que sonriera más a menudo, pero aparte de eso, creía firmemente que era capaz de manejar cualquier situación que se presentase. Después de todo, ¡él se consideraba un reto para ella y lo estaba haciendo muy bien!

–Siento mucho oír eso –dijo Brice de forma poco comprometedora.

–Sabina me ha comentado algo sobre el asunto…

–¿Y? –Brice se puso tenso.

–No veo razón para que no podamos aceptar su invitación –contestó Richard encogiéndose de hombros.

–¿Podamos?

Brice se puso tenso en la silla. Tenerlo en Escocia con ellos era lo último que hubiera deseado.

–Sabina me comentó que estaría fuera del país para esas fechas.

–¿De veras? –respondió el otro hombre con suavidad–. Bueno, ha habido cambio de planes –dijo con satisfacción–. Nos encantará ir a Escocia el fin de semana.

Brice miró al otro hombre con los ojos entrecerrados, sin dejarse engañar ni por un momento por su apariencia de encanto y refinamiento. Richard Latham era tan peligroso como su sobrino David le había advertido. ¡Y Sabina estaba prometida a aquel hombre!

–Brice tiene un gusto exquisito –murmuró Chloe con satisfacción mientras ajustaba el fajín de raso bajo el pecho de Sabina, y luego daba un paso atrás para admirar el resultado.

Brice podía ser muchas cosas, pensó Sabina, pero nunca habría dicho que fuera un hombre con gusto. Y no era por el vestido se seda dorada, sin tirantes, que le había pedido a Chloe que hiciera para el retrato, que era absolutamente maravilloso, pero había otros aspectos de Brice aparte del artista.

Apenas si podía creerlo cuando Richard le había dicho que habían acordado que los tres viajarían juntos a Escocia el fin de semana. Sabina pensó que, al decirle a Richard lo de la sugerencia de Brice, la rechazaría de inmediato, pero en vez de eso, Richard había decidido retrasar su viaje a Australia para ir a Escocia con ella. Y sin contar con ella para nada, la habían incluido en el plan. Por esa razón estaba en ese momento en el probador del taller de Chloe Fox ultimando los detalles del vestido un día antes de marchar.

Desde el día que conoció a Brice McAllister, Sabina había tenido la sensación de que una fuerza poderosa la arrastraba, y aquella sensación no le parecía nada agradable.

–Entonces, ¿te gusta? –preguntó con impaciencia Chloe.

Era imposible no felicitar a la diseñadora por aquel vestido. El tejido, como Sabina le sugiriera a Brice en claro tono de burla días antes, era de un dorado transparente; el fajín acentuaba la delgadez extrema de su cintura, y el resto del vestido flotaba hasta los pies

desnudos. Sabina estaba segura de que nunca había llevado un vestido tan hermoso.

–Es precioso –dijo, apretando con cariño el brazo de Chloe.

–¿Crees que le gustará a Brice? –dijo Chloe frunciendo el ceño.

Sabina evitó hacer un agrio comentario sobre lo poco que le importaba si a Brice le gustaría el vestido o no, consciente de que, además de ser una diseñadora con mucho éxito, Chloe estaba casada con Fergus, el primo de Brice.

–Le va a encantar –dijo el propio Brice con voz ronca desde la puerta, a espaldas de las dos mujeres.

Sabina se giró bruscamente al oír su voz, ruborizándose en un primer momento y luego perdiendo todo el color ante la mirada de abierta admiración que Brice mostraba.

«Solo estaba admirando el vestido», se regañó Sabina. Tenía que tratar de recordarlo. El único problema para creerlo era que, cada vez que veía a Brice, las cosas se volvían demasiado personales entre ambos.

–Me alegra que te guste –dijo Chloe con alivio.

–Es perfecto –aseguró Brice, entrando en el probador vestido con vaqueros y camiseta negra.

Era un contraste muy grande verlo así comparado con el aspecto mucho más civilizado que mostraba vestido de etiqueta.

–Te has cortado el pelo –notó Chloe, evaluándolo con la mirada.

Sabina también se había dado cuenta de que se había cortado el pelo. En realidad, lo encontraba más salvajemente atractivo que nunca.

Brice no pareció alegrarse con el comentario de Chloe, y se pasó tímidamente la mano por el pelo como solía hacer.

–Pensé que el aspecto bohemio estaba un poco pasado de moda –dijo avergonzado.

–Pues te favorece mucho. Iré a preparar un poco de café.

Sabina era perfectamente consciente de que estaba sola en aquella habitación con Brice, y no se veía muy capaz de mirarlo a los ojos, a aquellos ojos que buscaban sin cesar en su alma.

–No estoy muy seguro de cómo tomarme el último comentario de Chloe –dijo Brice finalmente.

Sabina no lo creyó ni por un momento, segura de lo que Chloe había querido decir. Era obvio que adoraba a todos lo miembros de

la familia de su marido, y nunca diría nada insultante hacia ellos.

Además, no se podía negar que Brice era un hombre muy atractivo, con un magnetismo del que era muy difícil escapar, sin importar si su pelo estaba corto o largo.

–Voy a ponerme mi ropa –dijo Sabina con voz ronca, sin poder mirarlo a los ojos aún.

–Ese vestido es «tu ropa» –le aseguró Brice–. Lo incluiré en la factura –añadió divertido al ver que enarcaba las cejas sorprendida.

–Por supuesto –asintió ella con la cabeza–. Sin embargo… –se dirigió hacia el biombo donde se había cambiado, la gracia natural siempre presente en sus movimientos parecía haberla abandonado, chocando con una silla en un intento por no pasar cerca de Brice, que permanecía inmóvil donde estaba.

Brice levantó una mano y la tomó del hombro.

–¿Estás mejor hoy? –preguntó con voz hosca, buscando con su mirada una respuesta en la breve palidez del rostro femenino.

–¿Mejor…? –frunció el ceño. Al darse cuenta de que se refería al hecho de que estaba en la cama el día que fue a hablar con Richard se relajó–. Solo era un problemilla intestinal –se excusó, quitándole importancia.

Brice no hizo ningún esfuerzo por soltarla, permaneciendo muy cerca de ella.

–Latham no debía pensar lo mismo –dijo lentamente.

–Debiste entender mal –respondió ella sacudiendo la cabeza con expresión deliberadamente afable. En realidad había recibido otra carta el día al que Brice hacía referencia, pero no tenía intención alguna de hacérselo saber.

Aquellos ojos verdes de Brice, entrecerrados, seguían rastreando su rostro en busca de información.

–Yo creo que no –murmuró este con voz suave.

Sabina se encogió de hombros quitando importancia al asunto, y le regaló una sonrisa radiante.

–De modo que nos vamos a Escocia mañana –exclamó, cambiando así de tema deliberadamente.

–Así es –confirmó Brice con sequedad–. ¿Qué ocurre? ¿Acaso Latham no se fía si te vas conmigo un par de días a Escocia? –añadió burlón.

–No creo que sea de mí de quien desconfíe –respondió ella

lanzándole una mirada desdeñosa.

–¡Puede que tenga razón!

A juzgar por lo que había pasado entre ellos cada vez que habían estado a solas, estaba claro que tenía razón. Aunque también sabía que no podía declararse completamente inocente porque las dos veces que se habían besado ella se había encontrado muy a gusto.

–¿Has hablado con tu madre ya? –continuó Brice.

Sabina alzó la vista, el ceño fruncido ante la inesperada pregunta.

–¿Mi madre…?

–Nos vamos a Escocia. Tu madre vive allí, ¿o acaso lo has olvidado? –añadió con dureza.

–Claro que no lo he olvidado –respondió, quitando al mismo tiempo la mano que Brice aún tenía en su brazo–. Pero mi madre y Richard… –se detuvo y tomó aire al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir. ¡Y simplemente, no era asunto de Brice McAllister!

–Tu madre y Richard… –repitió Brice pensativo–. Tu madre no aprueba tu compromiso con alguien tan mayor –dijo triunfalmente.

–Richard no es tan mayor –contestó enfadada, haciendo una mueca de impaciencia–. Y no hay ninguna ley que diga que mi madre tiene que dar su aprobación al hombre con quien me comprometa, ni tampoco viceversa –añadió fríamente.

–A Latham tampoco le gusta tu madre –dijo Brice con desdén–. Bueno, puedo entender a tu madre al respecto. Después de todo, ese hombre solo tiene diez años menos que ella misma. Pero me reservo el juicio en cuanto a lo que él pueda pensar de tu madre –añadió con sequedad.

–Te reservarás el juicio… –repitió Sabina incrédula–. Brice, no es muy probable que vayas a conocer a mi madre. Además, nada de esto tiene que ver contigo –espetó impaciente.

–Nada en absoluto –acordó él, dando un paso hacia atrás y cruzando los brazos–. Dime una cosa –murmuró con suavidad–, ¿le gusta tu prometido a alguien? Aparte de a ti, claro –dijo, desafiante.

–Brice, estás yendo demasiado lejos…

–No tan lejos como me gustaría, créeme –la interrumpió.

Sabina sabía que lo decía en serio. Ese era el problema. Brice imponía su propia ley. ¡Quien sabía lo que podría salir de aquel fin

de semana!

Había pensado, al enterarse de que Richard iba a acompañarlos, que al menos así no corría tanto peligro. Brice no podría besarla cuando le apeteciera si su prometido estaba por allí, pero conociendo las evidentes diferencias entre los dos hombres, Sabina no estaba muy segura de si la presencia de Richard no iba a hacer el fin de semana aún más insoportable. ¡Si aquello era posible!

Cuanto antes terminara Brice el retrato, antes podría dejar de verlo y olvidarlo. ¿Dónde demonios estaría Chloe con el café? ¿Acaso sabía que Brice iba a aparecer por allí ese día?

–Hay algo más que quiero decirte respecto al fin de semana… –comenzó Brice.

–¿Sí? –Sabina lo miró con cautela.

–Mi abuelo tiene más de ochenta años…

–¿Sí? –Sabina comenzaba a impacientarse.

–No quiero juzgar tu estilo de vida, espero que lo comprendas –dijo, haciendo una mueca.

–Continúa –lo instó, impaciente.

–En realidad es muy simple –continuó Brice–. La forma en que Latham y tú vivís aquí en Londres es asunto vuestro, pero… –Brice se detuvo.

–Brice, ¿quieres ir al grano? –lo instó irritada, consciente de que Brice estaba disfrutando realmente con aquello.

–El asunto es, Sabina, que mi abuelo, al ser bastante mayor, tiene unas opiniones un tanto conservadoras. El hecho de que Latham y tú viváis juntos en Londres no significa que mi abuelo tenga que estar de acuerdo con que hagáis lo mismo mientras estéis en su casa. Así es que Latham y tú dormiréis en habitaciones separadas –concluyó con satisfacción.

Sabina pudo sentir cómo el color cubría sus mejillas, y le costaba trabajo tragar, pero no quería que su voz sonara insegura aunque fuera exactamente así como se sentía.

–Estoy segura de que ni Richard ni yo tendremos problemas con algo así –contestó fríamente.

La expresión de Brice se endureció.

–No me importa en absoluto lo que le parezca a Latham. Es a ti a quien quiero evitar toda situación incómoda –añadió con una sonrisa.

–Vaya, qué considerado por tu parte, Brice –dijo con sequedad, segura de que sus acciones no tenían nada que ver con la consideración. Aquel hombre parecía disfrutar humillándola–. Y ahora, si me disculpas, quiero cambiarme de ropa.

–Otra cosa, Sabina…

–¿Sí? –contestó ella, poniéndose rígida.

Los ojos de Brice brillaron, Sabina no estaba muy segura si de diversión o por alguna otra razón.

–Es un castillo muy antiguo, y aunque mi abuelo ha conseguido equiparlo con casi todas las comodidades modernas…

–¿Quieres decir que ahora tiene una adecuada instalación de fontanería? –preguntó Sabina con tono de burla.

–Entre otras cosas –confirmó Brice con sorna–. Pero yo en realidad me estaba refiriendo a que mi abuelo no ha conseguido hacer que las tablas del suelo y las puertas no crujan –confirmó, desafiante.

¿Puertas y suelos que crujen? De pronto, Sabina dejó de fruncir el ceño, al tiempo que sus mejillas se teñían de color rojo al darse cuenta de lo que Brice había implicado al hacer semejante comentario. La estaba advirtiendo de que si Richard o ella se dedicaban a hacer visitas nocturnas, el resto de los invitados lo oirían.

Sabina lo miró con una mirada fría como el hielo.

–Estoy segura de que tanto Richard como yo podremos arreglárnoslas durmiendo por separado un par de noches –espetó–. ¿Es todo…? –preguntó con tono aún helado antes de darse la vuelta con decisión para ocultarse tras el biombo donde estaba su ropa.

¡Cómo se atrevía! ¡Cómo!

¡Hacer juicios morales sobre su forma de vida! Brice no sabía absolutamente nada de su modo de vida cuando estaba en Londres. ¡Nada!

De lo contrario, sabría también que Richard y ella dormían en habitaciones separadas…

Brice deseó, y no era la primera vez, haber aceptado la oferta de Richard Latham de viajar por separado hasta Escocia. Pero, al mismo tiempo, le parecía mejor llegar todos juntos. En primer lugar

porque Richard no sabría cómo llegar al castillo un vez allí, y en segundo lugar, había utilizado la excusa para pasar más tiempo con Sabina. Pero, desde luego, estar con Sabina y con su prometido al lado no era una experiencia muy agradable.

La pareja no parecía sentirse cohibida en absoluto por su presencia, y charlaban felices en la parte de atrás del coche de Brice. Casi como si este no estuviera. ¡Como si fuera el maldito chófer!

–Espero no conducir demasiado rápido para vosotros –dijo con voz áspera, echando un vistazo al retrovisor, encontrándose con la mirada de Sabina, que arqueó las rubias cejas en gesto de burla.

–En absoluto –contestó Richard Latham–. En estos momentos estábamos diciendo lo bien que se va aquí detrás.

–Es un paisaje de luna de miel –dijo Brice con voz áspera.

–El príncipe y la princesa de Gales pensaron lo mismo –contestó Richard Latham, quitándole importancia.

–Pero mira cómo terminó su matrimonio –contestó Brice, incapaz de ocultar el tono sarcástico.

–Yo estaba pensando en algo así como el Caribe para nuestra luna de miel –dijo Richard, riendo suavemente.

El humor de Brice no mejoró en absoluto imaginándose a Sabina con aquel hombre. Aunque, una mirada al espejo retrovisor le subió el ánimo cuando vio que Sabina miraba a su prometido con sorpresa, lo cual le dio la impresión de que era la primera vez que oía hablar de una luna de miel, en el Caribe o en otra parte.

En cualquier caso, Brice reconoció en silencio, aquel comentario sobre la luna de miel debía de haber estado dirigido directamente a él…

Se enderezó en su asiento un poco ante el descubrimiento. Se había sentido muy receloso cuando Latham cambió sus planes para poder acompañar a Sabina a Escocia, pero el último comentario no hacía más que apoyar la sospecha de que Richard Latham era consciente del interés que tenía en Sabina…

¡Bien! El fin de semana prometía ser movido, y cada palabra que dirigiera a Sabina sería aceptada con suspicacia por parte de alguien…

–Ya estamos en la propiedad de mi abuelo –comentó al entrar.

–Es precioso –murmuró Sabina, maravillada, unos minutos

después al pasar junto al ganado y ver a lo lejos el castillo.

Brice había crecido en ese castillo, para él había sido su hogar, y estaba acostumbrado, pero no por ello dejaba de admirar la belleza del lugar, aquel castillo de piedra antigua, y los románticos torreones que parecían tocar el cielo.

–Creo que mi prometida se siente como la Dama del Castillo –dijo Richard Latham mientras Brice aparcaba el coche al ver el placer que obviamente sentía Sabina a juzgar por la mirada de arrobo ante todo lo que los rodeaba.

–Creo que mi abuelo no lo tiene en venta –respondió con voz helada y luego miró a Sabina, cuyo gesto de infantil asombro ante lo que veía lo llenó de placer a él también.

–No te preocupes, Sabina –dijo Richard Latham poniendo un brazo protector sobre los hombros de Sabina, posesivamente–. Si quieres un castillo, siempre puedo comprarte uno.

Desde luego, aquel no iba a ser un fin de semana fácil, pensó, cuando todo lo que decía y hacía el otro hombre lo irritaba profundamente, hasta el punto de incitarlo a la violencia.

–Este castillo ha pertenecido a la familia durante siglos –dijo con un tono mordaz.

–Brice tiene razón, Richard –dijo Sabina con voz ronca–. Este tipo de belleza solo se puede heredar, no comprar.

Brice observó cómo el otro hombre tensaba los labios durante unos segundos ante el comentario de Sabina.

–No estoy seguro de si la familia lo heredó originalmente –comentó con ligereza mientras subían los escalones de piedra que llegaban hasta la magnífica puerta de roble macizo–. Creo que uno de nuestros antepasados lo obtuvo después de verse involucrado en un ataque por sorpresa en el que el dueño fue asesinado.

–Los escoceses tienen fama por su afán guerrero, ¿no es así? –preguntó Richard Latham con suavidad.

Brice estaba seguro de que aquel comentario tenía un doble sentido. Bueno, si el otro hombre pensaba que iba a pelear por Sabina, estaba equivocado; Sabina era una mujer independiente a sus veinticinco años, no un objeto por el que dos hombres hubieran de pelearse como si fuera un premio.

–Se nos conoce por habernos deshecho de la carga que suponían los ingleses –respondió el abuelo de Brice, que acababa de salir por

la puerta.

–¡Abuelo! –sonrió Brice dirigiéndose hacia el anciano para darle un abrazo.

–¡Por fin habéis llegado, muchacho! –lo reprendió ligeramente el abuelo–. Aunque creo que te perdonaré el retraso –sus ojos brillaban de admiración, atentos a Sabina–, si me presentas a esta hermosísima joven… –añadió con caballerosidad.

–Sabina –contestó ella tendiendo su mano–. Y me temo que yo soy la culpable de la tardanza –añadió con una mueca de disculpa–. Tuve algunos problemas para decidir qué tenía que traer para pasar un fin de semana en Escocia.

El abuelo de Brice había retenido la mano de la joven en la suya para después acomodarla en el hueco de su brazo y conducirla al interior de la casa.

–Estoy seguro de que siempre estarás preciosa, te pongas lo que te pongas –dijo el abuelo con tono galante.

Brice lanzó a Richard Latham una mirada de soslayo, no muy seguro de que le gustara la mirada de desdén que vio en los ojos de este mirando a Hugh caminar hacia el interior del castillo del brazo de su prometida.

–Ayúdame con el equipaje, Latham –le dijo con brusquedad Brice, abriendo el maletero del coche, consciente de que este no estaba acostumbrado a tener que sacar y cargar con su equipaje.

Sería una experiencia nueva entonces, decidió Brice, satisfecho. Su abuelo disponía de servicio en el castillo, pero eso no significaba que sus labores fueran atender a Richard Latham. ¡Le importaba un comino a lo que estuviera acostumbrado!

Unos minutos después, Brice se detuvo repentinamente en la entrada de la casa, con las maletas, al oír la risa de Sabina que seguía acompañada por su abuelo. Era una risa profunda, completamente desinhibida.

–¿Por qué nos detenemos, McAllister? –preguntó desdeñosamente Richard Latham.

Se habían detenido porque, para Brice, escuchar la risa abierta de Sabina era toda una novedad. Era un sonido maravilloso, profundo y natural, que presagiaba un chispeante humor si la dueña de la risa diera rienda suelta al sentimiento, tal y como lo estaba haciendo en ese momento. Sabina tenía las mejillas ruborizadas, y

los ojos brillantes; aquello demostraba cuánto estaba disfrutando con la compañía del anciano.

–Pero, muchacho, no te quedes en la puerta –dijo el abuelo a Brice, al ver que este se había detenido–. Compórtate como un buen anfitrión y ofrece a nuestros invitados algo de beber.

Brice estaba acostumbrado a que su abuelo lo tratara como si fuera un niño, pero notaba que Sabina estaba disfrutando con aquello, su rostro sonriente, mientras lo miraba.

Brice sintió que parte de la tensión que había sentido durante el viaje se relajaba al ver que también Sabina se había relajado, y pensó que el fin de semana no iba a ser tan difícil después de todo, a pesar de tener que aguantar la presencia de Richard Latham.

–¿Qué quieres beber, Sabina? –ofreció Brice con voz seca dirigiéndose al mueble bar–. Tenemos vino, tinto o blanco; ginebra; Vodka o también whisky.

Sabina optó por el vino blanco, a diferencia de los hombres, que se decantaron por el whisky.

–¿No es maravilloso todo esto? –preguntó Sabina a Richard de pronto, cruzando la habitación para sentarse junto a este en el sofá.

–Maravilloso –repitió este carente de todo entusiasmo.

Sabina lo miró frunciendo el ceño. No podía ser que a Richard no le gustara aquel sitio. Era el hogar más hermoso que había visto en su vida, con todos aquellos muebles antiguos y las armaduras, las paredes de piedra adornadas con espadas y cascos. Incluso había visto una escalera de caracol que llevaría, con toda seguridad, a los torreones.

Había bromeado con Brice la semana anterior sobre el cuento de la princesa Rapunzel cuando este le sugirió pintar el retrato en el castillo, pero dentro del castillo Sabina se daba cuenta de por qué Brice lo había sugerido. Aquel sitio era encantador, como salido de un cuento de hadas.

–Esto está muy alejado de toda civilización –comentó Richard cuando Brice le dio el vaso de whisky que le había pedido–, y además debe costarle una fortuna la calefacción.

Hugh McDonald entrecerró los ojos para mirarlo.

–Estar alejados significa que así no recibiremos la visita de

cotillas –respondió con voz áspera–. Y si tienes que calcular todo lo que te cuesta calentar el castillo, es que no puedes permitirte vivir aquí –añadió con sequedad.

El comentario de Richard sobre un tema práctico pareció llenar el ambiente de una tensión que no estaba allí unos minutos antes. Sabina estaba segura de que Richard no había pretendido insultar a nadie, aunque el dueño del castillo no pensara lo mismo.

–Pensé que seríamos cinco para la cena, abuelo –comentó Brice ligeramente para quitar hierro al asunto.

–Mi invitada llegará mañana –respondió bruscamente, lanzándole una dura mirada.

–Estoy deseando que llegue mañana –dijo Brice.

–¿Podría subir a mi habitación y refrescarme un poco antes de la cena? –pidió Sabina sonriendo a Hugh al tiempo que dejaba su vaso en la mesa–. Estoy algo incómoda después del viaje.

–Ves, Brice. ¿Cuántas veces te he dicho que tendrías que comprarte un coche decente? –acusó su abuelo, dejando claro que las bromas era algo muy habitual entre los dos; el coche de Brice era un Mercedes negro, deportivo, lo último en coches de lujo.

Brice sacudió la cabeza, levantándose.

–Haré oídos sordos a ese comentario, claro está –contestó Brice quitándole importancia antes de volverse hacia Sabina–. Te acompañaré al piso de arriba para enseñarte tu habitación –dijo con voz profunda.

Debería haberse dado cuenta de que Brice sería el que se iba a ofrecer a enseñarle su habitación, pensó Sabina para sí, levantándose para seguirlo, pero no lo había hecho.

Antes de salir de Londres, se había prometido que haría todo lo posible por estar el menor tiempo posible a solas con Brice, y no había hecho más que llegar a Escocia, y ya se encontraba así.

–No tardes, Sabina –dijo Richard con suavidad cuando esta llegó a la puerta–. Estoy seguro de que ya hemos retrasado la cena del señor McDonald suficiente esta noche.

–Señor McDonald –murmuró Sabina mientras seguía a Brice al piso superior. Era extraño porque ella no había tenido reparo en tutear al hombre desde el mismo momento en que este le había pedido que así lo hiciera. Pero… no había hecho lo mismo con Richard.

«Habrá sido un descuido», pensó Sabina.

Después de todo ella había pasado todo el tiempo con Hugh mientras que Brice y Richard se habían ocupado del equipaje.

–Ten cuidado con las escaleras, son muy estrechas –advirtió Brice mientras subían por la escalera de piedra.

–Comparado con Londres, este es un mundo completamente distinto –dijo ella, que sentía como si hubieran retrocedido en el tiempo.

Brice llegó al final de la escalera y se volvió para esperarla.

–Encontrarás la fontanería perfectamente satisfactoria –le aseguró con sequedad.

Sabina sintió que el color subía por sus mejillas al ver que Brice recordaba la burla que ella había hecho el día anterior. Y le estaba devolviendo el golpe, pero decidió no responder al ataque.

Nunca había visto una habitación circular antes, y la que Brice le mostró estaba lujosamente decorada en tonos crema y dorado. Pero fueron las pequeñas ventanas lo que más le llamaron la atención, y corrió a mirar el paisaje cautivador que se abría a sus ojos a través de cada una de ellas: un bosque a un lado, un lago a otro, jardines rodeados de un alto seto a otro, y frente a ellos, los animales que pacían en los campos frente al castillo.

–Si viviera aquí, nunca querría irme –dijo maravillada y casi sin aliento.

–Si vivieras aquí, tampoco yo querría irme nunca –respondió él con voz profunda, a su espalda.

Sabina se dio la vuelta y vio que estaba demasiado cerca de ella, casi pegado a ella, y el corazón empezó a acelerársele. Era como si el tiempo se hubiera detenido, mirándose bañados por la luz del atardecer, los ojos de Brice dos brillantes esmeraldas, y la intimidad de sus palabras flotando sobre ambos.

Pero Sabina no podía dejar que aquello siguiera adelante; tenía que romper el hechizo, porque era así como se sentía. Hechizada por Brice y los alrededores.

–Será mejor que baje –dijo él finalmente, reacio a marcharse.

–Sí –acordó ella, pero no se sorprendió de que Brice no hiciera movimiento alguno.

La tensión aumentaba en el minúsculo espacio que había entre los dos y fue Sabina quien habló.

–Realmente, deberías bajar… ahora –dijo Sabina con voz ronca.

–Sí –suspiró Brice, pero seguía allí, de pie junto a ella, sin decidirse a marcharse ni a tocarla

–Sabina…

–Vete, Brice –interrumpió ella–. ¡Por favor! –añadió con firmeza antes de que pudiera decir nada más.

–Sí –sus labios se tensaron–. Te veré abajo en unos minutos.

Sabina no se movió, no podía, las manos entrelazadas para evitar que temblaran. ¿Qué le estaba ocurriendo?

No. No era qué le estaba ocurriendo sino qué le había ocurrido. Estaba comprometida con Richard, al que le agradecía muchas cosas, sabía que se encontraba a salvo junto a él. Y aun así, había descubierto algo que ponía todo eso en peligro

¡Se había enamorado de Brice McAllister!

Capítulo 6

POR amor de dios, Sabina, relájate –Brice gruñó impaciente mirando por encima del lienzo en el que estaba trabajando–. Ya hemos perdido toda la mañana. ¡No voy a comerte como si fueras un aperitivo de media mañana! –añadió con disgusto.

Habían estado trabajando en el retrato apenas media hora, Sabina de pie, rígida, en el extremo de la habitación opuesto a él, vestida con el vestido dorado, ligeramente distraída mirando con nostalgia por la ventana. Y en ningún momento en esa media hora había estado relajada, cuando en realidad debería haber sido él quien no hubiera podido relajarse porque, cuando miraba a Sabina, lo único que podía ver era su cabeza y sus hombros, unos hombros desnudos que lo incitaban a imaginársela completamente desnuda.

–No pienso que vayas a hacer algo semejante –le respondió ella con sequedad–. Es solo que tengo un poco de frío –contestó de mal humor.

¡Un poco de frío! Brice no estaba completamente de acuerdo con eso. Desde la noche anterior en la cena, la actitud de Sabina había sido poco menos que de total frialdad, y había continuado así, al menos hacia él…

Brice no debió haberse quedado en su habitación como lo había hecho, y lo sabía, pero se había sentido incapaz de moverse. Ella estaba tan preciosa en ese momento, tan absolutamente perfecta… Aunque había algo positivo como resultado de aquella frialdad hacia él: Richard Latham, regodeándose en las atenciones de Sabina, se había mostrado como una compañía agradable a lo largo de la cena, mostrando un lado relajado y encantador que Brice no conocía y que debía ser el lado que Sabina amaba.

Lo que no hacía que a Brice le agradara más aquel hombre, y por las miradas que su abuelo le lanzaba, parecía que a este tampoco le gustaba mucho. El que a su abuelo no le gustara tampoco lo había animado un poco, tal vez no estuviera tan

desencaminado su propio desagrado, después de todo.

–No estás poniendo el corazón en esto, ¿verdad? –el tono áspero en la voz de Brice pudo oírse de repente–. Ni siquiera por Richard –añadió con desdén.

–Si pudiera cerrar la ventana un poco… –dijo ella, desviando mirada.

–¿Por qué no? –dijo él, acercándose a la ventana con paso rápido y cerrándola violentamente, para tomar aire profundamente a continuación y mirar a Sabina. La tensión en ese momento era tan aguda por parte de uno como del otro–. ¿Qué te pasa, Sabina? –preguntó con suavidad.

–Yo… tú no… especificaste ¡que tendría que posar en tu habitación! –explotó con tono acusador, las mejillas de un rojo intenso, aunque Brice no podría decir si era de enfado o de vergüenza.

¡Así es que era eso!

–Esta no es simplemente mi habitación cuando vengo aquí. También es mi estudio –contestó él encogiéndose de hombros.

Aunque pensándolo bien, cosa que nunca había hecho antes, debía parecer algo extraño, con la enorme cama… Nunca había pensado en ello antes porque nunca había llevado a una mujer a ese estudio antes.

–A Latham no le gustaría, ¿verdad? –preguntó con desprecio.

–No me gusta a mí –corrigió ella con firmeza.

–¿Y por qué no? –la hostigó él.

Ella cruzó la habitación bruscamente para mirar por la ventana que daba al lago.

–Se respira tanta paz aquí… –murmuró casi para sí.

–No has respondido a mi pregunta –dijo con determinación, mirándola con los ojos entrecerrados.

–Porque no creo que sea necesario –le dijo suavemente.

–Sabina… –dijo Brice, tomando aire bruscamente.

–¿A dónde se ha llevado tu abuelo a Richard esta mañana? –preguntó ella, aún con tono suave.

«Hasta el pico de una montaña para empujarlo desde allí», pensó Brice.

–Creo que han ido a recorrer en coche los dominios del abuelo –respondió él quitándole importancia–. No te preocupes, Sabina,

estoy seguro de que verás a tu prometido muy pronto –añadió hostigándola.

–No estoy preocupada –le aseguró con un tono seco en la voz.

Al menos no lo estaba por eso, pero Sabina seguía estándolo por algún otro motivo…

–Sabina, si no me dices qué te pasa, no podré ayudarte –se ofreció Brice.

–No recuerdo haberte dicho que me pasara algo y tampoco recuerdo haberte pedido ayuda –dijo ella con desprecio.

–Pero está claro que necesitas la ayuda de alguien –volvió él a la carga con tono impaciente–. Así es que ¿por qué no la mía?

–No sé de qué estás hablando, Brice. Y si tuviera alguna preocupación, tengo a mi prometido y a mi madre para pedirles consejo si fuera necesario.

–Me dio la impresión de que no tenías ese tipo de relación con tu madre. A propósito, ¿la has llamado para decirle que estás pasando el fin de semana en Escocia?

–Eres realmente testarudo, Brice –respondió ella.

–¿Y?

–No, no la he llamado –respondió irritada.

–¿Y por qué demonios no lo has hecho? –preguntó él con voz áspera.

–Escocia es un lugar muy grande…

–¿Dónde vive tu madre? –preguntó él, y torció los labios disgustado al oír el nombre de un pequeño pueblo a siete kilómetros de allí–. Sabina…

–Por favor, dejémoslo. Pensé que estábamos aquí por el retrato.

–Puedo tratar de llamarla yo mismo. No creo que haya muchos Smith en la zona –contestó Brice con sequedad.

–¡Y también puedes ocuparte de tus asuntos!

–Solo trato de ayudarte, Sabina –contestó Brice alzando las manos en gesto defensivo.

–Y yo acabo de decirte que no necesito tu ayuda –respondió ella disgustada–. La relación con mi madre es solo asunto mío, Brice, no tuyo –respondió ásperamente.

–O no. Según sea el caso… –comenzó a decir con suavidad.

–¡Esto es desesperante! –Sabina gesticuló disgustada, dirigiéndose hacia la puerta–. Necesito tomar el aire. Podemos

seguir más tarde –dijo ella con un tono que no admitía discusión.

Un tono del que incluso Brice habría tomado nota.

¿No dicen que hay que tener cuidado con las aguas tranquilas? Sabina, casi siempre, se mostraba como una mujer dueña de sí, que no parecía inmutarse por casi nada, pero en los últimos minutos había visto otra cara de Sabina: si se la presionaba lo suficiente, se volvía belicosa. Brice hizo balance de lo que sabía de Sabina, y decidió que el cambio le gustaba bastante…

«¡Menudo desastre!», murmuró Sabina mientras se quitaba el vestido dorado y se ponía una camiseta rosa y unos vaqueros, completamente decidida a salir a dar una vuelta y tomar el aire.

Se irguió para ponerse las sandalias, y tomó aire profundamente. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué podía hacer? Estaba comprometida con Richard, un hombre que nunca le había mostrado más que amabilidad y cuidados, pero estaba enamorada de Brice, un hombre que… ¿qué? Un hombre que también le había mostrado amabilidad y cuidados… a su manera. Pero Brice le había mostrado algo más, la había hecho cobrar conciencia de su propia capacidad para apasionarse, algo que no sabía que tuviera hasta que lo conoció. ¿Cómo podía haberle ocurrido algo así?

El pasado mes de noviembre le había ocurrido algo que la había alterado profundamente, haciendo trizas la confianza en sí misma que pudiera tener. Richard siempre se había comportado como un amigo, habían salido a cenar alguna vez, y al ver la terrible angustia que la consumía, le había hecho una sugerencia que los beneficiaría a los dos: a Sabina porque necesitaba la protección de Richard y a este porque le gustaba la idea de que lo fotografiaran en compañía de la modelo más famosa del momento. Richard le propuso que se comprometieran y a Sabina no le costó mucho decidirse.

Pero cuando llegó a ese acuerdo con Richard no había pensado que pudiera querer a alguien como quería a Brice. Si lo hubiera pensado, nunca habría aceptado la amable propuesta de Richard.

Sabina no hizo más que darle vueltas a esos pensamientos en la cabeza la noche anterior y no había sido capaz de pegar ojo, preguntándose qué hacer. Pero se había dado cuenta de algo… tenía que decirle a Richard lo que sentía porque sabía que no podían

seguir comprometidos, aprovechándose de su amabilidad, de la casa que compartía con él, si amaba y deseaba a otro hombre.

¡Y no tenía ni idea de cómo decírselo a Richard!

Estar a solas con Brice en su habitación-estudio, con sus recién descubiertos sentimientos hacia él, había sido una absoluta tortura para ella.

Se puso en pie, cansada de pensar en lo mismo una y otra vez. Pensó que visitaría los jardines que se veían desde su ventana. A decir verdad, le daba igual dónde ir pero que fuera lejos de Brice.

Y tal vez, para cuando volviese de su paseo entre los setos, Hugh y Richard ya habrían regresado. Aunque la idea de ver a Richard, con las emociones bullendo en el caos de su cabeza, no era tampoco la más atractiva de todas. Y es que ella sabía, instintivamente, que no iba a gustarle nada lo que tenía que decirle…

Maldijo a Brice McAllister y el día que lo había conocido.

–¿Vas a dar un paseo?

Sabina se dio la vuelta bruscamente cuando llegó al final de las escaleras y se encontró de frente con Hugh McDonald, que entraba en la casa.

–Richard me ha pedido el coche para ir al pueblo a comprar el periódico –explicó Hugh, anticipándose a la pregunta de Sabina.

–No soporta perderse la información económica ni un solo día –lo disculpó ella con una sonrisa.

–Sí. Eso mismo dijo él. ¿Te apetecería un poco de compañía en tu paseo? –preguntó él con amabilidad.

Le encantaría verse acompañada, cualquier cosa que la ayudase a escapar de sus pensamientos. Pero…

–Estoy segura de que te hemos molestado suficiente y que tendrás cosas que hacer –dijo ella.

–En absoluto –sonrió el anciano, quitándole importancia–. A un hombre nunca le molesta una mujer hermosa a su alrededor.

Sabina rio, no porque supiera que le correspondía hacerlo en respuesta al cumplido, sino porque adoraba el humor chispeante y la galantería de Hugh después de la intensidad de los sentimientos de las últimas horas.

–En ese caso… –comenzó Sabina tomando el brazo que le ofrecía el hombre–, me encantaría que me acompañaras en el paseo.

–¿Dónde te gustaría ir? –preguntó Hugh una vez salieron de la

casa, bajo un radiante sol de mayo.

–Siempre he querido saber cómo serían esos jardines rodeados de setos desde que leí algo sobre uno en un libro cuando era niña –admitió cándidamente.

Hugh le sonrió, su aspecto en ese momento aparentaba más edad.

–Creo que yo también leí el mismo libro –reconoció con un gesto cómplice–. Aunque ya no cuidamos estos jardines como solíamos hacerlo –añadió con tristeza–. Era mi mujer la que los cuidaba.

–Es una pena –murmuró suavemente.

–Sí –comenzó pensativo–. En realidad, Sabina, me alegra estar a solas contigo –la miró con ojos burlones–. Dime, desde el punto de vista de una mujer joven como tú, ¿piensas que a mi familia le gustará la idea de que me comprometa cuando les diga que me he enamorado de otra mujer, a mi edad?

Sabina abrió mucho los ojos, alarmada ante la súbita intimidad de la conversación.

–No estoy segura… yo no… –titubeó.

–Lo siento –sonrió Hugh ante la súbita sorpresa, sacudiendo la cabeza avergonzado–. No quería molestarte.

–No lo has hecho –aseguró Sabina, sintiéndose incómoda por lo estúpido de su reacción.

–Solo quería saber la opinión de alguien más antes de comunicárselo a la familia –dijo Hugh frunciendo el ceño–. Aunque creo que Brice se lo imagina… –sonrió.

«Claro que Brice se lo imagina», pensó Sabina irritada, caminando delante de Hugh a la entrada de uno de los jardines mientras él abría la portezuela para ella, y se sintió al momento presa del encanto de las flores silvestres que crecían por doquier invadiendo sus sentidos con su profundo aroma.

–¿Qué piensas entonces? –preguntó Hugh con suavidad.

–¡Es precioso! Es exactamente como lo imaginaba… –respondió ella, los ojos brillantes de emoción.

–Me refería al otro tema… –corrigió él, con tono un poco seco.

¡Y ella no tenía ni idea de qué contestar! Hugh, a pesar de tener más de ochenta años, era aún un hombre muy atractivo, así que ¿por qué no podía volver a enamorarse a su edad? Pero, por otro lado, después de su reacción al enterarse de que su madre salía con

otro hombre, se imaginaba la sorpresa para la familia cuando Hugh les diera la noticia…

–Veo que estás realmente perpleja –murmuró el hombre.

–En absoluto –rio Sabina profundamente–. Es solo que me has puesto en un dilema –admitió con tristeza–. Sabes, yo me he encontrado con una situación parecida en mi vida en lo que se refiere a mi madre, viuda también –le confió.

–¿Y? –preguntó Hugh.

–Me temo que no lo tomé muy bien –contestó haciendo una mueca de lástima.

–Ya –Hugh asintió con la cabeza.

–Creo que mi único consejo es que no tengas demasiado en cuenta las primeras impresiones.

–¿Quieres decir que no te portaste demasiado bien cuando te lo dijo tu madre? –preguntó él enarcando las cejas.

–Quiero decir que mi reacción fue realmente horrible –se lamentó ella.

Y si lo pensaba bien, ¿qué podía tener de malo que su madre hubiera encontrado a alguien con quien compartir su vida y dejar de ser la persona solitaria que era?

–Dime, Sabina –comenzó Hugh suavemente ante el gesto pensativo de la joven–, ¿qué opinas de mi nieto?

Sabina abrió los ojos desmesuradamente ante el brusco giro que había tomado la conversación.

–¿Cuál de ellos? –preguntó con torpeza.

–¿También conoces a Logan y a Fergus? –sonrió Hugh.

–Solo a Fergus. Nosotros… –se detuvo súbitamente. ¿Qué pensaría el hombre si le dijera que había cenado con Brice y con los McCloud? –. Pero también he visto a Logan. Se parecen mucho los tres, ¿verdad?

–Son iguales –asintió Hugh–. McDonald hasta la médula, cada uno de ellos. Me aseguré de ello –añadió con firmeza.

Y era evidente que estaba orgulloso de todos ellos, con buenos motivos además: todos ellos eran hombres de éxito, además de ser muy atractivos.

–Pero no has respondido a mi pregunta sobre Brice, Sabina –insistió Hugh, estudiándola con los ojos entrecerrados.

–Creo que Brice ha heredado el estilo directo de su abuelo –dijo

ella, evadiendo una respuesta más personal.

El hombre rio con agrado.

–Los crié a los tres bajo la premisa de que la honestidad es siempre la mejor política, incluso si eso te trae enemigos en la vida. Y hablando de honestidad, Sabina…

–Hola –la voz de Richard lo interrumpió y Sabina se sintió muy agradecida. No sabía qué habría podido decirle a Hugh si hubiera seguido haciéndole preguntas sobre Brice. Ya tenía bastante con haber descubierto sus sentimientos hacia él, comprometida como estaba con otro hombre, y no podía hablar de él con nadie en ese momento.

Aunque tampoco estaba segura de poder enfrentarse a Richard en ese momento…

–Mirad a quién acabo de encontrarme –dijo Richard suavemente haciéndose hacia un lado para dejar ver a la persona que se ocultaba tras él en la entrada del jardín.

¡Sabina vio a su madre! La miró con el ceño fruncido, totalmente perpleja al encontrársela ahí. Si Brice se había atrevido a llamarla…

–Joan… –exclamó Hugh con voz ronca.

Sabina se volvió a mirarlo, y vio que Hugh se encontraba un poco incómodo ante el cambio en los acontecimientos, el color subió a sus mejillas, y los ojos de un azul profundo se revelaron ansiosos.

Y fue entonces cuando la verdad de lo que estaba ocurriendo llegó como un torrente.

Hugh le había hablado de que acababa de encontrar a alguien y se había enamorado. Su madre le había contado algo similar cuando fue a visitarla a Londres la semana anterior.

¡Hugh McDonald, el abuelo de Brice, era el hombre con quien salía su madre!

–Sabina, creo que estás sacando las cosas de quicio…

–No te he pedido tu opinión –dijo volviéndose hacia Brice con brusquedad, sentado en el otro extremo de la cama viendo cómo la mujer echaba toda su ropa en la maleta sin orden alguno–. De hecho, en estas circunstancias, creo que lo mejor que puedes hacer es no decir ni una sola palabra –dijo mirándolo rabiosa, los ojos de

un azul profundo brillantes, y todo su cuerpo tenso por la furia que sentía.

Brice había llegado justo para ver a Sabina irrumpir en la casa, furiosa, con las mejillas pálidas.

–¿Qué demonios…?

–Déjala, Brice –le había dicho su abuelo al ver que la seguía escaleras arriba.

–Pero…

–¡He dicho que la dejes! –respondió su abuelo con dureza, de pie en la puerta de la casa.

Brice se había vuelto entonces hacia su abuelo.

–¿Qué demonios está pasando? –había preguntado al ver a Sabina en ese estado cuando el día anterior parecía haberle gustado mucho el abuelo–. ¿Qué le has hecho a Sabina? –lo había acusado.

–Yo no le he hecho nada, muchacho –respondió con dureza–. Al menos, no a propósito.

–Pues parece que has conseguido todo lo contrario –respondió Brice lacónicamente, debatiéndose entre correr tras Sabina y la necesidad de quedarse y escuchar lo que su abuelo tenía que decirle. Este alzó una mano a la defensiva.

–Me pareció un capricho del destino cuando me dijiste que traías a Sabina aquí el fin de semana, pero, desafortunadamente, antes de poder explicarle la situación…

–Un momento, abuelo –interrumpió Brice–. ¿Qué tiene de capricho del destino el que yo haya traído a Sabina aquí este fin de semana?

–Creo que yo puedo explicártelo mejor –replicó una voz femenina.

Brice se volvió frunciendo el ceño y se encontró con una mujer menuda, con el pelo rubio, de unos sesenta y tantos años, a pesar del aspecto juvenil que tenía con aquella melena hasta los hombros, un rostro precioso y una espléndida figura. Una mujer que Brice nunca había visto antes y sin embargo…

Según la miraba se dio cuenta de que había algo muy familiar en aquellos ojos de un azul profundo, esos pómulos, y la cremosidad de esa piel…

Sabina había dicho que se parecía a su padre, y parecía que aquello no era totalmente cierto…

–Ya veo –dijo Brice, dando un suspiro.

–¿De veras? –la mujer inclinó la cabeza hacia un lado.

–Creo que sí –contestó Brice asintiendo con la cabeza lentamente a la vez que se volvía para mirar a su abuelo–. ¿Por qué no me lo dijiste?

Para Brice era más que evidente que la nueva amiga de su abuelo era la madre de Sabina. Ya no le sorprendía que Sabina se hubiera enfadado. Su abuelo dio un paso hacia delante y puso su brazo protector sobre los hombros de la mujer.

–Joan no lo pasó demasiado bien cuando trató de contárselo a Sabina la semana pasada –afirmó el hombre con voz áspera–. Los jóvenes pensáis que solo vosotros podéis enamoraros –añadió disgustado.

–Perdón –sonó entonces la voz gélida de Richard Latham justo detrás de la pareja–. ¿Sabina está arriba? –preguntó con voz cortante.

–Así es –confirmó Brice con una mueca, preguntándose todo el tiempo a dónde habría ido este.

–Sabina y yo nos vamos a ir en breve. Necesitaremos un taxi que nos lleve al aeropuerto más cercano –dijo con tono arrogante.

–Yo os llevaré –se ofreció Brice con voz helada.

–Creo que no, pero si pudiera pedir un taxi... –Richard Latham lo miró con desprecio y, haciendo un gesto con la cabeza, subió las escaleras en busca de Sabina.

Como si fuera su ayuda de cámara o algo así. Brice estaba que echaba chispas, deseoso de subir tras aquel hombre y golpearlo con todas sus fuerzas.

–Me temo que no le gusto mucho a Richard –sonrió Joan Smith con tristeza–. Creo que fui demasiado franca en mi opinión sobre él como el prometido más adecuado para Sabina.

–En ese caso a mí me gustas mucho –le contestó Brice con satisfacción.

Joan le contestó con una sonrisa natural, muy parecida a la de Sabina, y Brice sintió una punzada de dolor al oírla. Sabina... ¿Qué estaría sintiendo en ese momento? ¿Qué estaría pensando?

–Creo que subiré a hablar con Sabina –dijo a la pareja–, antes de que Latham tenga la oportunidad de alterar sus ya confusos sentimientos...

–Me temo que pierdes el tiempo –dijo la madre de Sabina con tristeza–. En los últimos meses he visto cómo mi preciosa y segura de sí hija se ha convertido en alguien a quien apenas reconozco –se lamentó Joan.

Brice la miró frunciendo el ceño, deseoso de saber más, pero al mismo tiempo consciente de que tenía que hablar con Sabina. En ese preciso instante.

–No te vayas sin que pueda hablar contigo –dijo Brice a Joan subiendo ya la escalera.

–Joan no va a ir a ninguna parte –le aseguró su abuelo con firmeza.

Brice no estaba muy seguro si sentirse aliviado o decepcionado al entrar en la habitación de Sabina y encontrarla sola. Una parte de él había esperado satisfacer el deseo de pegar a Richard Latham, aunque, en aquellas circunstancias, no habría sido una buena idea.

–Sabina –comenzó–, ¿realmente te parece tan mal que mi abuelo y tu madre se hayan hecho…«amigos»? –dijo con torpeza, sin saber con certeza hasta dónde había llegado la relación entre ambos. Aunque tenían la intención de pasar unas vacaciones juntos en París. Sabina estaba metiendo las cosas en la maleta sin orden alguno.

–Ya te he dicho que no quiero hablar de ello –explotó.

–¿Es esa la forma que tienes de enfrentarte ahora a las cosas, escondiendo la cabeza en la arena hasta que pase el peligro? –preguntó, retador.

–¿Ahora? –repitió con cautela, mirándolo con los ojos entreabiertos.

–Tu madre parece ser de la opinión de que han cambiado mucho las cosas desde que tu compromiso con Latham –Brice trató de conseguir respuestas.

–¿De verdad? –dijo Sabina con un encogimiento de hombros algo despectivo–. Ya te he dicho que mi madre y Richard no se gustan demasiado.

A Brice le parecía que era cuestión de prejuicios pensar así de su madre, porque no podía creer que aquella mujer a la que acababa de conocer pudiera estar tan equivocada… Era asombroso que su abuelo y ella hubieran encontrado algo en común y se hubieran enamorado, pero también era extraño que él se hubiera enamorado

y precisamente de Sabina. Como curioso era que, al saber que la amiga de su abuelo era la madre de Sabina, ya no le pareciera tan mal la relación. Mientras que Sabina pensaba lo contrario.

Pero, ¿el rechazo se debía a que Hugh McDonald no le parecía adecuado para su madre o porque se trataba de su abuelo?

–¿Y no vas a darles una oportunidad, Sabina? –dijo con ternura–. Después de todo, los dos son adultos y… –Brice se detuvo al ver que Sabina se volvía hacia él mirándolo con unos fieros ojos, abiertos como platos.

–¿No te das cuenta de que no puedo pensar ahora en eso? –gritó.

Brice la miró con detenimiento. ¿Eran lágrimas aquello que brillaba en sus ojos, abriéndose paso a través de sus largas pestañas?

–¡Sabina! –exclamó Brice, levantándose de repente, para tomarla en sus brazos–. Todo saldrá bien, ya verás –le dijo con dulzura, acunándola en sus brazos con sumo cuidado.

Pero no estaba bien. ¿Cómo podía estar bien aquello? Se había enamorado de Brice estando comprometida a Richard, y para colmo, averiguaba que su madre salía con el abuelo de Brice, lo cual hacía virtualmente imposible que pudiera alejarse de este o de su familia.

Sabina había estado pensando la noche anterior, al cobrar conciencia de sus sentimientos hacia Brice, que la situación no podía empeorar más, pero con la llegada de su madre efectivamente había empeorado.

–¿Sabina…? –preguntó Brice de repente mirándola con preocupación.

Amaba a aquel hombre, tan arrogante, tan atractivo… ¿Qué podía hacer?

Brice la miró inquisitivamente con sus profundos ojos verde esmeralda. Ella esperaba que no pudiera alcanzar a leer su corazón.

–Sabina… –gruñó, abrazándola más contra su pecho, e inclinando la cabeza buscando los labios de la mujer.

Dios mío. Aquello era estar en la gloria. Sabina alzó los brazos en un gesto instintivo y rodeó los hombros de Brice devolviéndole el beso. Su cuerpo flotaba con la sensación del deseo hacia aquel

hombre, y su boca se abrió invitándolo a entrar. Brice aceptó la invitación con un gemido gutural, invadiendo la boca de ella, jugueteando con su lengua.

Sabina se afianzó en los fuertes hombros de Brice mientras su cuerpo se curvaba adaptándose a la firmeza del cuerpo de él, sintiendo todos sus músculos duros que evidenciaban la excitación sexual que estaba experimentando.

Ella arqueó también el cuello mientras los labios de Brice la incendiaban al recorrer su garganta. Movió una mano hacia el pecho de ella. Sabina gimió de placer al sentir los dedos de Brice pellizcando su pezón, duro por la excitación, y sus piernas se debilitaron con el deseo que la recorría por dentro, jadeando en voz alta.

–¡Brice…! –lo llamó con un jadeo, consciente de que deseaba más, mucho más.

–No pasa nada, Sabina –se forzó a contestarle Brice susurrándole al oído–. Esto es perfecto –y cerró los brazos alrededor del delgado cuerpo de ella.

–¡Yo..! –exclamó de pronto Sabina al escuchar, en un momento de cordura dentro de su excitación, un ruido ajeno a ellos dos.

Rápidamente se separó de Brice, empujándolo hacia atrás para soltarse del abrazo justo en el momento en que se abría la puerta y Richard aparecía en el umbral. ¡Su prometido!

Sabina sintió que el color le cubría las mejillas al tiempo que miraba a Richard con gesto de culpabilidad.

Era imposible aventurar cuáles eran los sentimientos de Richard a juzgar por su rostro totalmente inexpresivo mirándolos con los ojos azules inquisitivos aunque no acusadores.

Arqueó las rubias cejas antes de preguntar a Sabina.

–¿Estás lista?

–Sí –Sabina asintió con la cabeza, moviéndose hacia la cama para tomar la maleta, evitando mirar directamente a Brice, que se mantenía tenso a unos pasos de ella, las manos flojas a los costados.

–Creo que en estas circunstancias, McAllister, probablemente sea mejor no seguir adelante con el retrato –dijo Richard con frialdad.

–¿Circunstancias? –preguntó Brice encogiéndose de hombros.

–Es evidente que Sabina está muy…alterada con la amistad de su madre y tu abuelo –contestó Richard con desdén.

–¿Estás alterada? –preguntó Brice a Sabina.

Sabina alzó la cabeza lentamente, reacia a encontrar la mirada de Brice.

–Yo… no estoy muy segura de lo que siento en este momento –respondió con sinceridad, consciente de que necesitaba tiempo y espacio para digerir las nuevas circunstancias antes de decir nada–. Pero estoy de acuerdo con Richard en que será mejor que nos marchemos ahora y que olvidemos el retrato –añadió con firmeza.

–¿Por qué? –preguntó Brice furioso.

¡Sabina le habría gritado que porque no se atrevía a estar a solas con él en una habitación, porque cada vez que lo miraba lo deseaba, porque lo amaba más que a nada en el mundo! Y porque ya no tenía ningún sentido hacer un retrato que iba a ser un regalo de compromiso si…

–Ya sabes que nunca estuve muy interesada en que se hiciera ese retrato –respondió Sabina, distante.

–Entonces solo te prestaste para agradar a tu prometido, ¿verdad? –dijo Brice con tono áspero y lleno de desprecio.

Sabina alzó más la cabeza, con orgullo, en respuesta al abierto reto que había en las palabras de Brice.

–Exactamente –confirmó con fiereza, la mirada desafiante cuando se encontró con la de Brice fija en ella, consciente de que ella estaba recriminándolo por poner en duda sus palabras, pero incapaz de hacer nada para evitarlo.

–Estoy seguro de que hay muchas otras maneras en las que puedes agradar a tu prometido –la hostigó Brice, con desprecio en sus palabras.

–Seguro –respondió Sabina con frialdad, sin gustarle el tono que había empleado Brice.

–Mándame la factura por el tiempo y los materiales empleados hasta ahora –dijo Richard con desprecio.

–No será necesario –respondió Brice, cuyos ojos verde esmeralda se habían endurecido y ahora parecían rocas.

–Pero yo siempre me ocupo de mis deudas, Brice –respondió Richard.

–He dicho que lo olvides –exclamó Brice con brusquedad.

Sabina miraba con ansiedad el intercambio entre ambos hombres. Mirando a Brice en ese momento, distante y duro como

una roca, parecía difícil creer que solo unos minutos antes habían estaba besándose y acariciándose, perdidos en el deseo mutuo… Y ella… Sabina no sabía el aspecto que tenía ella, solo sabía que tenía que alejarse de Brice y del hechizo que aquel lugar había lanzado sobre ella. Tenía que regresar a Londres, donde sabía cuál era su lugar y hacia dónde la llevaba su vida.

–Si ya estás lista para salir, Sabina… –dijo de pronto Richard, en tono harto significativo, evidentemente aburrido con la conversación con el otro hombre.

–Estoy lista –respondió ella cerrando la cremallera de la maleta y dejándola en el suelo.

–Estoy seguro de que Brice no será tan necio como para dejar que lleves tú la maleta hasta la planta de abajo, ¿verdad McAllister?

–Por supuesto que no –contestó Brice con fiereza, tomando la maleta de la mano de Sabina, tocando brevemente los dedos de esta con una mano helada–. Creo que mi abuelo ya lo ha preparado todo para que el capataz os lleve hasta el aeropuerto de Aberdeen –añadió con dureza.

Sabina bajó la primera por la escalera, ansiosa por salir de allí. En cuanto estuviera lejos tal vez pudiera analizar sus sentimientos con más claridad, y saber si lo que realmente sentía por Brice era amor o era otra cosa.

Aunque nada podía cambiar ya el hecho de que tenía que poder fin al compromiso con Richard…

Capítulo 7

TAN solo la rabia de Brice lo mantenía en silencio mientras seguía a la pareja escaleras abajo, completamente impotente en lo que a Sabina se refería. Y es que si decía algo sobre la forma de huir de Sabina, sabía que no sería capaz de callar, y que le diría todo lo que él opinaba de su comportamiento.

¿Cómo podía vivir con Richard Latham después de los besos que habían compartido? Pero se marchaba con Latham…

Jeff, el capataz, estaba esperando fuera del coche, con el maletero abierto para cargar el equipaje.

–No importa cuáles sean tus sentimientos ahora, Sabina –susurró Brice cuando Sabina se dispuso a entrar en el coche–, creo que al menos deberías decir adiós a tu madre, y un «gracias» a mi abuelo por su hospitalidad tampoco estaría de más –añadió con desprecio.

Sabina notó que el color llenaba sus mejillas una vez más, señal de lo avergonzada que se sentía.

–Por supuesto –acordó ella, con brusquedad.

–No es necesario que los dos deis las gracias –dijo Brice a Richard, moviéndose para seguir a Sabina hacia la casa.

–Está bien, Richard –le aseguró ella–. Solo tardaré un segundo –y apretó el brazo de Richard afectuosamente, para total desagrado de Brice. No podía soportar la idea de que Sabina tocase a aquel hombre, ni siquiera por casualidad…

Vivir así era un infierno para Brice. ¡El infierno no era fuego perpetuo, sino darse cuenta de que estaba enamorado de una mujer que vivía con otro hombre! Él estaba enamorado de Sabina, lo había sabido un poco antes cuando vio que no podía dejarla marchar sin abrazarla una vez más.

No sabía cómo había sucedido, ni cuándo, pero lo que sí sabía era que amaba todo en esa mujer: su belleza, su naturalidad, su calor, la profundidad de su voz, la forma en que se movía…

Y la idea de no volver a verla le dolía muy dentro del corazón…

¡Quería algo que estaba totalmente fuera de su alcance!

–Estarán en el estudio de mi abuelo –le dijo a Sabina con dureza al ver que dudaba hacia dónde dirigirse.

–Brice, yo… –se volvió hacia él ante la agresividad del tono y se humedeció los labios secos–. Necesito un poco de tiempo para…. para acostumbrarme a la… relación entre tu abuelo y mi madre –lo miró suplicante–. Ha sido una terrible sorpresa para mí.

Brice la miró con frialdad, consciente de que, por el momento, no podía mirarla de otro modo. Si lo hacía, no podría detenerse y le diría todo lo que sentía hacia ella, lo que, en aquellas circunstancias, era lo último que Sabina necesitaba oír para terminar de complicar su ya complicada vida.

–Parecía que mi abuelo te gustaba mucho antes de enterarte de su relación con tu madre –le recordó con dureza.

–Me gustaba… me gusta –corrigió un tanto torpemente.

–Pero no es tu padre –aventuró Brice con mordacidad.

–No, no lo es –concedió ella–. Pero…

–¿Te has parado a pensar en lo sola que ha debido sentirse tu madre en los últimos cinco años? –la atacó Brice–. ¿Cómo ha debido ser para ella? Por lo poco que me has contado de tu padre, diría que ambos compartían no solo una relación sentimental, sino también una relación académica y profesional. Eran dos almas gemelas –gruñó–. Me atrevería a decir que tu madre ha vivido una vida parcialmente plena en los últimos cinco años, como si le hubieran amputado el brazo derecho.

Brice ya se sentía así sin Sabina, no podía imaginarse lo que debía ser perder a tu compañero después de treinta años de matrimonio, perder a Sabina después de pasar todos esos años a su lado.

–No seas dura con ellos, Sabina –la advirtió con dureza.

–¿O si no, qué, Brice? –preguntó ella arqueando las cejas con gesto de desprecio.

–O si no, tendrás que responder ante mí –respondió él con no menos desprecio.

–Mira cómo tiemblo –respondió ella con desdén.

Brice se forzó a resistir el impulso de acercarse a ella y tomarla en sus brazos, pero, en su lugar, retrocedió un paso.

La pareja se encontraba en el otro extremo de la habitación

cuando Brice y Sabina entraron, y si Brice no estaba equivocado, la congestión del rostro de Joan demostraba que había estado llorando.

–Hazlo con cuidado –volvió a advertirla Brice.

Ella lo miró lanzándole una advertencia también antes de dirigirse hacia su madre y Hugh.

–Richard y yo nos vamos ya. Yo… yo solo quería despedirme –dijo con torpeza.

Joan apretó el brazo de Hugh con confianza antes de volverse hacia su hija.

–Espero que vuestra marcha no tenga que ver con mi llegada –dijo con tristeza.

–Claro que no –aseguró Sabina–. Richard tenía que volver temprano a Londres de todas formas. Tiene algunas cosas que hacer antes de que nos marchemos a Australia el lunes.

Brice había olvidado que en efecto Sabina iba a marcharse de viaje con aquel hombre, que aquel viaje solo había sido retrasado para ir a Escocia el fin de semana. Obviamente, nada de lo que había ocurrido allí había afectado la decisión de Sabina de volver con Richard…

Joan asintió con la cabeza, obviamente acostumbrada al estilo de vida lujoso que llevaba su hija.

–Llámame cuando regreses, ¿lo harás, Sabina?

Sabina la miró un poco sorprendida ante la petición, pero asintió con la cabeza de todos modos.

–Tal vez tú y… Hugh queráis venir a cenar con nosotros cuando regresemos –intentó ser amable.

«Bueno, al menos lo está intentando», pensó Brice, aunque no le gustaba demasiado la idea de que su abuelo tuviera que relacionarse con Richard Latham.

–Eso sería estupendo, Sabina –aceptó su madre con evidente agrado–. Nos encantará ir, ¿verdad, Hugh? –dijo ella volviéndose hacia él buscando confirmación.

–Nos encantará –confirmó Hugh bruscamente–. Siento que tengas que marcharte tan pronto, Sabina –añadió con un tono un tanto reprobatorio–. Me habría gustado tener la oportunidad de conocerte un poco mejor.

–No hay prisa –contestó Sabina encogiéndose de hombros–, ¿no

es así?

–Depende de cómo lo mires, supongo –dijo Hugh con tono burlón–. Después de todo, ya he pasado cierta edad.

Sabina lo miró frunciendo el ceño, no muy segura de lo que había querido decir con ese comentario. Brice, en cambio, sí lo estaba: no había que tomarlo en serio. Su abuelo estaba en plena forma y tenía una salud de hierro, no había ninguna razón por la que no pudiera vivir otros diez años como mínimo. Especialmente ahora que había encontrado a alguien con quien compartir todo lo que le quedara de vida.

Aunque Brice dudaba, por el humor en que estaba Sabina, que esta pudiera apreciar semejante comentario.

–Os llamaré cuando vuelva y organizaremos la cena –dijo Sabina, optando por la vía más sencilla–. Adiós, Brice –añadió con su voz profunda, pero sin mirarlo a los ojos.

–Te acompaño hasta el coche –le dijo con una mueca de dolor.

–No es necesario. Conozco el camino. Y ya… nos hemos dicho adiós –añadió con firmeza.

Brice no estaba nada feliz con aquel final, le habría gustado estar unos minutos más a solas con Sabina, pero podía ver por el agotamiento en sus ojos y la palidez de sus mejillas.

–En ese caso, espero que tengas un buen vuelo de regreso –dijo asintiendo con la cabeza.

–Estoy segura de que lo tendremos –sonrió levemente, y después salió de la habitación a toda prisa.

–Y ahora, si no te importa presentarme formalmente a Joan… –dijo Brice con sequedad–. Así no creerá que soy un maleducado si le pregunto qué le ocurrió a Sabina hace unos meses para que cambiara tanto como dijo antes.

Y es que estaba decidido a llegar al fondo de aquello. Quería saberlo. ¡Necesitaba saberlo!

–¿Estás bien? –preguntó Richard cuando Sabina entró en el coche y se sentó a su lado.

–Sí –dijo ella quitándole importancia antes de echar un último vistazo al castillo de Hugh McDonald. Estaba maravilloso bañado por el sol de mayo: un bastión de tranquilidad… todo lo que Sabina

no sentía en ese momento.

Se marchaba con Richard porque, en aquellas circunstancias, no podía ver otra forma de arreglar las cosas. Estaba totalmente aturdida ante la noticia de que el abuelo de Brice era el hombre que había conocido su madre, pero aún lo estaba más por su propia respuesta a los besos de Brice unos minutos antes. Si Richard no hubiera entrado en la habitación cuando lo hizo, no sabía cómo habría terminado todo aquello. Razón de más para volver a Londres con Richard.

–¡Qué sorpresa! –dijo Richard súbitamente.

Sabina se volvió hacia él con gesto inexpresivo.

–¿A qué te refieres?

–A tu madre y McDonald –murmuró Richard con desprecio–. Si tenía que buscar a alguien a su edad, al menos es un hombre rico –añadió con mordacidad.

Sabina era consciente de que uno de los empleados de Hugh McDonald estaba sentado en el asiento delantero, y que debía de estar oyendo su conversación. De hecho, a juzgar por la postura rígida que llevaba frente al volante, seguro que lo estaba oyendo todo.

Sin embargo, no podía dejar pasar un comentario tan injusto hacia su madre sin defenderla.

–Estoy segura de que la riqueza de Hugh no tiene nada que ver con los sentimientos de mi madre hacia él –dijo indignada.

–¿No? –Richard levantó una ceja con gesto escéptico–. Yo no estaría tan seguro –dijo, encogiéndose de hombros sin interés alguno por el tema.

Sabina sabía que su madre no estaba interesada en los bienes materiales, y lo sabía porque ella misma le había ofrecido muchas veces hacerle la vida un poco más fácil económicamente hablando, y ella siempre había rechazado amablemente el ofrecimiento, diciendo que tenía todo lo que necesitaba, es decir, su casita en Escocia y su enorme colección de libros.

Además, Hugh tenía muchas otras cualidades aparte de su riqueza, era un hombre atractivo a pesar de su edad, con porte distinguido, y era obviamente un hombre inteligente, de otra forma su madre no se habría fijado en él.

–Richard… –comenzó, tomando aire profundamente.

–Aquí no –la detuvo con fiereza, lanzando una mirada significativa al asiento delantero.

«Ahora le parece bien tener en cuenta al conductor», pensó Sabina.

–Hablaremos cuando lleguemos a Londres –añadió Richard con dureza extrema.

Cuando llegaran a la casa que compartían, algo que efectivamente iba a cambiar. De hecho, todo cambiaría cuando Sabina le explicara a Richard que no podía seguir más tiempo con su acuerdo. Aunque tampoco creía que fuera una buena idea decirle que la razón era que se había enamorado de Brice.

Brice…

Sabina sentía un dolor punzante en el fondo de su alma al pensar en él, más y más punzante cuanto más se alejaban. ¿Cuándo volvería a verlo? Ella había dejado más que clara su opinión sobre el retrato, igual que Richard, lo que significaba que, irónicamente, el único lazo de unión que le quedaba con Brice era la relación de su madre con el abuelo de él. Justicia poética ante su reacción tan poco razonable la semana anterior cuando su madre trató de contárselo. Algo que tendría que arreglar en la primera oportunidad que tuviera. Pero primero tenía que poner fin al compromiso con Richard…

Richard había sido totalmente honesto con ella desde el principio dejándole bien claro lo que él quería obtener con su compromiso ficticio, y lo que daría a cambio. Y ella no se había portado de la misma forma. Richard no había cambiado; era ella la que lo había hecho. Peor, se había enamorado de otro hombre. Aunque realmente esperaba no tener que decirle a Richard esa parte. Ya era bastante duro decirle que no podía continuar con él sin meter a Brice en el asunto. ¡Especialmente cuando ni el propio Brice tenía ni idea de lo que ella sentía por él!

Y nunca lo sabría. Ya era bastante locura saberse enamorada de él. Además, si la relación de su madre con Hugh se afianzaba, Brice y ella tendrían algún tipo de relación familiar y, en ese caso, Brice no debía saber que ella había sido tan estúpida de enamorarse de él.

–Vamos al salón –dijo Richard muy serio, unas horas después cuando llegaron a Londres, dirigiéndose directamente hacia el mueble de las bebidas y llenando un vaso de brandy.

No había sido un viaje especialmente placentero y Sabina también necesitaba un vaso.

–¿Me sirves a mi uno de esos también? –dijo con voz profunda.

Richard hizo lo que le pedía sin decir palabra.

–¿Te falta valor, Sabina? –dijo Richard finalmente al darle el vaso, la mirada dura en sus cínicos ojos azules.

«Sabe lo de los besos que hemos compartido Brice y yo», pensó Sabina al ver la acusación en aquellos ojos.

–Te ahorraré el mal trago de romper nuestro compromiso, Sabina –continuó Richard–, rompiéndolo yo primero –añadió–. Creo que te dejé bien claro desde el principio lo que quería de ti, ¡que no me gustan las cosas imperfectas!

Sabina se hundió ante la mirada de disgusto que acompañó aquel insulto.

–Yo nunca dije que fuera perfecta, Richard –comenzó a decir suavemente.

–«Nunca dije que fuera perfecta» –repitió desdeñosamente–. No era necesario que lo hicieras, yo sabía que lo eras. Con éxito, muy conocida, hermosa, fría y distante, inmaculada, ¡sobre todo inmaculada! Pero ya no eres así, ¿verdad? –la acusó con dureza.

Sabina sabía que Richard se iba a enfadar mucho cuando le dijera que quería romper su compromiso, pero no estaba preparada para aquel ataque premeditado.

–No se a qué te refieres…

–¡Me refiero a cuando entré en tu habitación esta mañana y te encontré todavía caliente y húmeda después de estar en los brazos de Brice McAllister! –dijo Richard con frialdad.

–¿Caliente y húmeda…? –repitió Sabina, incrédula–. Richard, no te parece que estás…

–¿Siendo acertadamente sincero? –terminó él la frase haciendo una mueca de disgusto–. Tal vez sea porque es la verdad. Pensé que eras diferente, Sabina. Pensé que, después de lo que te había ocurrido, eras una persona como yo, sin interés alguno por el contacto físico ni siquiera asociado con el amor, que esperabas lo mismo que yo de una relación, lo que hemos tenido en los últimos meses: compañía, amistad, conversación inteligente, admiración mutua pero conservando en todo momento la integridad –sacudió la cabeza con disgusto–. Pero este fin de semana tu comportamiento

con Brice McAllister me ha demostrado que eres como las otras mujeres.

Sabina lo miró fijamente, sin poder creer lo que estaba oyendo. Había compartido esa casa con Richard durante varios meses, y pensaba que lo conocía, pero las cosas que le estaba diciendo demostraban que no era así.

–¡Y pensar que realmente estaba pensando en pedirte que te casaras conmigo! –continuó asqueado.

Sabina se había percatado de aquel comentario que había hecho Richard sobre la luna de miel el día que llegaron a Escocia, pero pensó que solo lo había hecho para dar mayor credibilidad a su compromiso. Ahora veía que no era ese el motivo.

–Eso nunca fue parte de nuestro acuerdo –respondió ella, humedeciéndose los labios secos.

–Tu comportamiento con McAllister ha puesto fin a nuestro «acuerdo», Sabina. En estas circunstancias, te agradecería que guardaras tus cosas y te marcharas de mi casa lo antes posible.

Sabina lo miró fijamente. Tenía todo el derecho a estar enfadado, y eso podía aceptarlo, pero aquel era un Richard que ella no había visto nunca antes. Un hombre al que no conocía…

–Vaya, esto se ha convertido en una costumbre ya –dijo Chloe en voz baja al sentarse junto a Brice.

El gesto de pocos amigos que tenía Brice no se alivió ni una pizca por el buen humor de Chloe, toda su atención centrada en la pasarela que había delante de él esperando que se apagaran las luces y el desfile diera comienzo.

Llevaba las últimas tres semanas tratando de ver, o de hablar al menos, con Sabina, y siempre había recibido la misma respuesta del ama de llaves de Richard Latham cuando llamaba a la casa: estaba fuera o no estaba disponible en ese momento. ¡Brice sentía que para el único para quien no estaba disponible era para él!

Y por eso había recurrido a Chloe para que la dejara acompañarla a los desfiles en los que sabía que Sabina intervendría. Las últimas tres semanas Brice se había sentido como un hombre sediento perdido en el desierto, pero su sed era de ver y oír a Sabina, no de agua.

–No te acostumbres demasiado –le dijo a Chloe con sequedad–. Sabes que esto no es lo mío.

–No soy completamente estúpida, Brice –contestó ella, mirándolo comprensivamente.

–Ni por un momento pensé que lo fueras –contestó él mirándola burlón.

–Me quedé muy sorprendida cuando Hugh anunció su intención de volver a casarse –dijo Chloe inocentemente.

Demasiado inocentemente, pero era normal que Brice hubiera sido el menos sorprendido de todos al enterarse cuando Hugh llamó a todos los miembros de la familia para darles la noticia. Otra razón para hablar con Sabina. Al menos eso era lo que no dejaba de repetirse…

–Y con la madre de Sabina, de todas las mujeres en el mundo –continuó Chloe sin maldad.

–Eso creo –admitió Brice quitándole importancia.

–Fergus me ha dicho que tu ya conoces a Joan… –dijo Chloe arqueando las cejas.

–Un poco –confirmó a la defensiva, sin intención de informar a nadie más de la familia sobre el desastre de aquel fin de semana. No porque conocer a Joan hubiera sido un desastre, nada más lejos de la verdad, sino por el resto del fin de semana…

–No te preocupes, Chloe –continuó Brice–, tendrás oportunidad de conocerla el próximo fin de semana en la presentación formal de la futura esposa del abuelo –contestó Brice, impaciente por que diera comienzo el desfile.

–No estoy preocupada, Brice –aseguró Chloe con sequedad–. Conozco a Hugh y sé que tiene un gusto exquisito. Estoy segura de que Joan es encantadora. ¿Crees que Sabina estará también en la presentación?

–No tengo ni idea –contestó Brice con tono afable–. ¿Siempre se retrasan tanto estas cosas? –añadió impaciente.

–No es siempre así. No te preocupes, Brice –dijo apretando su brazo tratando de reconfortarlo–. Sé que Sabina está aquí.

¡Y seguro que Clive también estaría allí! Bueno, él tenía la intención de ver a Sabina esa noche, sin importarle quién intentara impedirlo.

–No… –se detuvo porque las luces comenzaron a atenuarse, y

una música diferente empezó a sonar por todos los altavoces.

Durante la siguiente hora modelo tras modelo desfiló por la pasarela, todas absolutamente hermosas con los trajes que vestían, pero ninguna de ellas era Sabina.

–Está aquí, Brice –aseguró Chloe de nuevo, viendo la tensión reflejada en el rostro de Brice.

Él se limitó a fruncir el ceño en gesto sombrío.

–Entonces dónde demonios… –Brice se interrumpió, y, de pronto, un montón de focos se centraron en el escenario, la música se detuvo momentáneamente marcando el final de la primera parte.

Sabina…

Hermosa, misteriosa, atractiva Sabina. Estaba exquisita con un vestido azul que lanzaba mil destellos, de un tejido brillante que marcaba las sugerentes curvas de su cuerpo mientras se deslizaba por la pasarela, el pelo rubio en un peinado acorde con el vestido, y el maquillaje que hacía que sus ojos parecieran del mismo color que el vestido. Se paró de pronto y su sonrisa iluminó el espacio, tan brillante como el vestido que llevaba.

Brice se había quedado anonadado en su sitio ante la aparición de su diosa, uniéndose al aplauso generalizado al término de la primera parte. Sabina nunca le había parecido tan hermosa. Ni tan lejana e inalcanzable.

Ese era su mundo, un mundo en el que era la reina indiscutible y él se dio cuenta de que estaba persiguiendo el final del arco iris…

Quedó paralizado ante tal descubrimiento, ni siquiera se dio cuenta de que Sabina, después de sonreír y saludar a su público, había abandonado la pasarela y las luces volvían a encenderse para el breve intermedio.

–¿Quieres que vayamos a los camerinos ahora? –preguntó Chloe, solícita.

–¿Brice…? –preguntó Chloe después de unos segundos viendo que no recibía respuesta alguna.

Brice volvió en sí con esfuerzo, sacudiendo la cabeza avergonzado.

–Me estoy portando como un estúpido, ¿verdad? –murmuró disgustado–. El lugar de Sabina está aquí –dijo Brice.

–No estoy muy de acuerdo contigo –dijo Chloe uniéndose al resto de la gente que salía fuera a estirar un poco las piernas antes

de que comenzara la segunda parte–. La mayoría de las modelos llevan una vida muy solitaria. Muchas de ellas, después de alcanzar la fama y el dinero, lo que creían que buscaban, lo darían todo por llevar una vida normal junto al amor de sus vidas –añadió con ternura.

–Sabina ya ha alcanzado todo eso –respondió él, un poco angustiado entre tantas lentejuelas.

Chloe lo miró pensativa.

–¿Realmente piensas eso? Siempre he creído que el tío de David, Richard, era un hombre bastante frío y distante.

–Esa es la elección de Sabina, no la mía –contestó Brice encogiéndose de hombros.

Por un momento, deslumbrado ante la belleza de Sabina, había perdido la conciencia de la verdadera razón por la que estaba allí. Quería verla, pero no dejaba de repetirse que el motivo de haber ido al desfile era el de conseguir de Sabina la promesa de que asistiría a la cena para acompañar a su madre. Eso era lo único que se decía a sí mismo…

–Tal vez sería mejor que lo dejara –reconoció Brice apenado.

–No creo que… –Chloe se interrumpió al ver que se les unía una tercera persona–. Hola Annie –saludó a una alegre chica–. Está saliendo muy bien, ¿no?

–Tendrías que ver el caos que hay ahí dentro –dijo la joven antes de volverse hacia Brice, al que sonrió alegremente–. ¿Eres Brice McAllister?

–En efecto –confirmó este con cautela, asombrado de que esa chica, Annie, lo estuviera buscando.

–Entonces, esto es para ti –Annie le entregó un sobre–. Vuelvo al caos –sonrió antes de marcharse corriendo.

Brice miró el sobre. ¿Qué demonios significaría…?

–¿No vas a abrirlo? –preguntó Chloe–. Annie es una de las ayudantes detrás del escenario –añadió solícita.

Brice ya lo había adivinado y, como él solo conocía a una persona que estuviera allí en ese momento, la carta solo podía ser de Sabina.

–Ábrela y lee lo que te dice –animó Chloe impaciente al ver que este dudaba.

–¿No crees que te estás apresurando demasiado? –dijo Brice.

–Lo dudo. Mira, volveré en unos minutos. Tengo que ir al cuarto de baño otra vez –hizo una mueca graciosa, refiriéndose a las incomodidades propias del embarazo–. Así te dejaré solo para que la leas en paz –dijo Chloe, apretándole el brazo en gesto animoso antes de marcharse.

Si Chloe no hubiera estado casada y muy enamorada de su primo, Brice se habría enamorado de ella en ese mismo momento aunque solo fuera por la preocupación que le había demostrado. ¡Si no fuera también porque amaba a Sabina perdidamente!

Si necesitas hablar conmigo, enseña esta carta a uno de los guardias de seguridad al final del desfile, decía la carta.

Brice dio la vuelta al papel para ver si había algo más escrito. Nada. Muy amable. Si necesitaba hablar con ella pero no decía que ella quisiera hablar con él.

Sabina no estaba segura, mirando la expresión inflexible de Brice de pie frente a ella junto a la puerta de su diminuto camerino, de si había sido una buena idea lo de la carta. De hecho, el dolor que sentía en el alma le decía que no era así.

Pero se había sentido impelida a hacerlo al verlo al principio del desfile junto a Chloe.

–¿Qué te ha parecido el desfile?

–Tengo poca experiencia en estas cosas, pero me pareció que estuvo muy bien –contestó él encogiéndose de hombros en gesto despreciativo, y sin hacer movimiento alguno hacia ella.

–¿Qué tal estás, Brice? –preguntó Sabina con cautela, vestida ya con su propias prendas, vaqueros y camiseta roja, el pelo cayendo en ondas hasta su cintura.

–¿Cómo estoy…? –se detuvo con brusquedad, respirando profundamente para evitar perder el control–. Estoy seguro de que no me has invitado para regalarme los oídos con palabras dulces –dijo él, hastiado.

Sabina continuó desmaquillándose.

–Y yo estoy igualmente segura de que tú no has venido aquí esta noche para ver un desfile de moda –respondió ella ferozmente.

–Y dime, ¿por qué estoy aquí entonces? –respondió con otra pregunta Brice.

–Me atrevería a decir que querías verme para asegurarte de que estaré la semana que viene en la cena de presentación –contestó ella, precisa.

–¿Y lo harás? –preguntó él a su vez.

Ella se tragó su decepción al darse cuenta de la verdadera razón de que Brice estuviera allí aquella noche. Parte de ella había esperado que… Tenía que haberlo sabido. Todo aquello había sido un juego para Brice: los besos, el flirteo, un juego peligroso, pero un juego al fin y al cabo.

Sus ojos centellearon de ira mientras lo miraba a través del espejo.

–No me gusta mucho que creas que haría daño deliberadamente a mi madre faltando a la cita –exclamó orgullosa.

–¿Significa eso que vendrás?

–No es asunto tuyo, pero sí, iré –le dijo con desprecio, mirándolo aún a través del espejo–. ¿Era eso todo? –preguntó, retadora, más enfadada de lo que le gustaría admitir por aquella falta de fe que Brice tenía en ella.

–¡No, eso no es todo! –gruñó Brice justo detrás de ella.

Sabina comenzó a temblar al darse cuenta de lo cerca que estaba de ella; podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Él la miraba impaciente, la habitación era un caos total después de los cambios de ropa.

–¿Has terminado aquí ya? –continuó Brice, impaciente–. ¿O tal vez vas a asistir a la típica fiesta que siempre se da después de estas cosas? –añadió con tono de desprecio.

–Fiestas a las que yo, invariablemente, nunca asisto –le recordó con frialdad.

–¿Dónde está el atento Clive esta noche? –preguntó de repente.

En realidad no tenía ni idea, pero no tenía la intención de contárselo a Brice…

–Tiene la noche libre –contestó ella quitándole importancia.

–¿Y Latham? –gruñó una vez más.

–Todavía en Australia –respondió ella.

–En ese caso, ¿quieres que vayamos a algún sitio y tomemos un café? –sugirió con voz ronca.

–¿Y Chloe? –Sabina lo miró con los ojos entreabiertos.

–Ya se ha marchado –dijo Brice, encogiéndose de hombros.

¿Debía salir y tomar un café con él? Su vida había cambiado por completo en las últimas tres semanas, aunque Brice no tenía por que saberlo. Nadie lo sabía. Ni siquiera su madre y quería que todo siguiera así, al menos de momento.

–Sé lo que te ocurrió el pasado mes de noviembre, Sabina.

Las palabras, por mucho que las hubiera dicho con suavidad, cortaron la atmósfera como si fuera un cuchillo afilado, y Sabina se volvió bruscamente hacia Brice. Sí, podía ver la compasión en los ojos verde esmeralda de Brice. ¡Y lo último que quería de él era su compasión, ni en ese momento ni nunca!

–¿Y qué? Supongo que mi madre te lo contaría –dijo disgustada.

–Solo porque yo se lo pedí –la defendió Brice.

–Y eso la hace mejor, ¿no es así? –Sabina se levantó de repente, alejándose de él al tiempo que sacudía la cabeza asqueada.

–Tu madre es una mujer honesta y sincera –contestó Brice encogiéndose de brazos.

–¿Y yo no? –preguntó ella, enarcando las cejas con actitud desafiante.

–Yo no he dicho eso…

–No deseaba que lo que ocurrió se convirtiera en algo público –contestó impaciente–. De hecho he sufrido mucho para asegurarme de que así fuera.

–¡Y yo no soy el público! –replicó Brice con dureza–. ¡En unas semanas seremos de la familia!

–El que mi madre se case con tu abuelo no nos convierte en familia –respondió ella con todo el desprecio del que era capaz.

–Yo no lo considero así –respondió él, los labios tensos.

–Esa es tu opinión –dijo ella airadamente.

No quería convertirse en un miembro de la familia de aquel hombre. Lo amaba, le dolía estar con él sin que él sintiera lo mismo.

–Maldita sea, Sabina, no he venido aquí esta noche para discutir contigo en este cuchitril –gruñó Brice, al límite de toda paciencia ya.

Aquel «cuchitril» era puro lujo comparado con las condiciones en las que habían trabajado las demás modelos esa noche, aunque sabía lo que Brice quería decir. Era una habitación poco aireada, sin ventanas y de unas proporciones minúsculas. Sabina sonrió vagamente.

–Entonces, ¿dónde tenías la intención de discutir conmigo? –respondió ella burlona.

Brice no le devolvió la sonrisa, la mandíbula le temblaba con los nervios.

–¿Vas a tomar ese café conmigo o no? –la hostigó, impaciente.

–Yo… –ella misma evitó dar una airada negativa. Si le decía que no, la próxima vez que viera a Brice sería en la primera reunión familiar, el fin de semana siguiente–. Lo tomaré –dijo firmemente en su lugar, tomando la chaqueta para salir del cuarto.

–¿Y por qué no me dijiste eso cuando te lo pregunté la primera vez? –preguntó él soltando un suspiro de impaciencia. Se estiró para tomarla del brazo, temeroso de que echara a correr en dirección contraria.

–No podía hacértelo tan fácil, Brice –dijo, haciéndose la interesante.

–Créeme, acercarse a ti es todo menos fácil, Sabina –contestó él con una mueca.

Ella le lanzó una mirada inquisitiva, preguntándose exactamente qué habría querido decir con aquel comentario, o tal vez simplemente estuviera buscando algo que no existía. Se estaba haciendo ilusiones.

–Venga, Brice –dijo ella saliendo al vestíbulo del recinto mientras él sujetaba la puerta para que ella pasara–. Tengo el coche fuera.

–Esto sí que es nuevo –contestó él enarcando las cejas sorprendido.

–En absoluto. Hace años que conduzco –le dijo quitándole importancia.

–Sabes que no me refiero a eso –gruñó él impaciente.

Sabina sabía perfectamente a lo que se había referido. Sabía que se había referido al hecho de que fuera ella la que condujera a casa en vez de que la llevaran en coche privado. Era el menor de los muchos cambios que se habían producido en su vida en las últimas tres semanas…

Capítulo 8

HAY algo diferente en ti esta noche –murmuró Brice suavemente, sentados en el bar de un hotel del centro. ¿Dónde estaba el recelo que siempre habitaba en la mirada de Sabina? ¿Era su imaginación o esta se había transformado en una mirada libre y encantadora?

–¿De veras? –Sabina quería quitarle importancia al comentario, dándole la taza de café solo que le había pedido–. Siempre me siento un poco hiperactiva después de un desfile, tal vez sea eso –dijo ella encogiéndose de hombros.

–Bonito coche –comentó Brice sobre el Mercedes deportivo color azul que conducía la joven.

–Gracias. Me gusta mucho volver a conducir en Londres –añadió contenta.

Había cambiado, y Brice se daba cuenta viéndola reír de aquella forma tan abierta. El miedo que siempre había visto en ella había desaparecido. Aunque, por supuesto, era lógico que se hubiera sentido así después de lo que le había pasado…

–Tu madre no estaba traicionando tu confianza al contarme lo que pasó, Sabina –se puso rígido, al hablar–. Ella creía, tal vez erróneamente, que nosotros éramos amigos –añadió sonriendo un tanto avergonzado.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sabina.

–No soy la primera persona pública, ni tampoco la última, que recibe amenazas por carta y por teléfono, de un maníaco a quien no le gusta lo que hago –se encogió de hombros.

Brice no se rendía fácilmente, y sabía por lo que le había contado Joan que había sido algo más que eso.

–El hombre en cuestión entró en tu camerino y te atacó –continuó él con voz ronca, sintiendo ganas de matar a ese tipo que se había atrevido a tocar a Sabina.

Brice había ardido de ira cuando Joan le había contado la razón de que su hija tuviera una perenne mirada de terror en sus ojos,

tuviera miedo hasta de su sombra… hasta convertirse en una persona a la que apenas reconocía. Al enterarse, Brice solo había sentido deseos de tomarla entre sus brazos y protegerla de todo daño para siempre. Pero Richard Latham se le había adelantado…

–Finalmente accedió a recibir atención psiquiátrica después de lo que había hecho aquella noche –dijo Sabina, sin expresión en el rostro–. Razón por la que nunca llegó a ocurrirme nada más grave. Mira, Brice –continuó Sabina, un tanto agitada–. Ya pasó todo, y…

–¿De veras? –gruñó él–. ¿Y qué me dices de las cartas que aún recibes?

Brice se arriesgó a aventurar que todavía estaba recibiendo aquellas cartas, y una mirada a aquel rostro asolado por los temores le dejó claro que era cierto.

–No creo que el cuidado psiquiátrico haya tenido mucho éxito, ¿no crees? –continuó.

Sabina tomó aire profundamente para recuperar el control y se dirigió a Brice.

–Brice, preferiría no hablar de eso ahora –dijo sacudiendo la cabeza, angustiada.

–Lo comprendo –reconoció Brice, apenado –, pero ese hombre no ha dejado de enviarlas, ¿verdad? Está tomándose su tiempo hasta que pueda volver a acercarse a ti. Él…

–¡Déjalo! –lo interrumpió Sabina con dureza–. Por favor, Brice, no sigas –dijo temblorosa–. Yo… las cartas han dejado de llegar. Hace semanas que no recibo ninguna.

–Algo me dice que recibiste una el día que fui a casa de Latham a hablar del retrato y me dijo que estabas enferma en la cama –dijo Brice, desesperado.

La mirada de Sabina osciló un poco, y por fin, se detuvo fija en los ojos verdes de Brice.

–Eres muy astuto, Brice. Yo… esa fue la última que recibí.

–Hace cuatro semanas –asintió Brice con la cabeza–. ¿Con qué frecuencia solías recibirlas hasta ese momento? –preguntó mirándola con los ojos entreabiertos.

–Cada dos semanas –reconoció ella con voz ronca.

–Es un poco pronto para suponer que ya no habrá más, ¿no te parece? –gruñó Brice, furioso hacia ese hombre desconocido que hacía daño a Sabina.

Esta abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó dos veces y se encogió de hombros.

–¿Sabina…? –Brice la miró inquisitivamente–. ¿Qué es lo que no me estás diciendo? –preguntó suavemente, convencido de que había algo más.

Ella se forzó a sonreírle.

–Dios mío, hay un montón de cosas que no te estoy diciendo, Brice –contestó ella, quitándole importancia al asunto–. Tampoco nos conocemos tan bien como para compartir determinados secretos.

–Gracias –dijo él, irritado.

–De nada –contestó ella con una mueca burlona de nuevo.

Brice la miró frunciendo el ceño.

–Es evidente que has estado muy ocupada las últimas tres semanas –dijo Brice, tan ocupada que estaba fuera siempre que la había llamado por teléfono.

Brice sintió otra vez una actitud de cautela en Sabina.

–Ya te dije hace semanas que mi agenda estaba muy llena para los próximos seis meses –contestó ella evadiéndose.

–Así es. Y yo tampoco he estado ocioso estas últimas tres semanas –añadió con sequedad.

–Vaya –contestó Sabina mirándolo con educado interés.

–He terminado el retrato –dijo Brice bruscamente.

–¿Mi retrato? –parpadeó ella rápidamente en gesto de incredulidad.

–¿Qué otro si no? –preguntó él haciendo una burlona inclinación de cabeza.

–Pero… yo… yo no terminé de posar para ti –acertó a decir un poco agitada–. Además, yo… tú… Richard te dijo que ya no lo quería –concluyó con torpeza.

–¿Tan poca fe tienes en mi talento artístico que me crees incapaz de pintar algo sin tenerlo delante? –dijo Brice con aspereza.

–No, pero… –Sabina hizo un gesto displicente –. ¿Por qué molestarte cuando ya no tienes un cliente al que venderle la obra? Supongo que yo podría… –lo miró un tanto perpleja.

–¡No está en venta! –dijo él con dureza.

Se había sentado y había terminado el retrato por él mismo, por su cordura, porque era lo que le apetecía hacer. Pintar su imagen en

una tela había sido la única forma de tenerla cerca esas últimas semanas.

Y, aunque lo hubiera hecho por esa razón, era un retrato precioso. Sabina aparecía sobre un fondo que era una habitación del castillo de su abuelo, una Sabina maravillosa rodeada de misterio que era la esencia de su persona.

No había manera de que pudiera venderlo. A nadie. En esas circunstancias, agradecía que Latham hubiera cambiado de idea en lo de hacer el retrato porque si no lo habría pasado muy mal si hubiera tenido que decirle que no podía venderlo.

–No lo entiendo –dijo Sabina sacudiendo la cabeza.

–¿No?

–No –Sabina lo miraba más perpleja que nunca–. ¿Y qué vas a hacer con él?

–No estoy muy seguro… puede que lo exponga –respondió él lentamente.

–Avísame cuando lo hagas –Sabina asintió con la cabeza–. Me encantaría pasar a verlo.

–Puedes venir a mi casa si quieres verlo –respondió Brice con dureza en la voz.

–Creo que mejor esperaré a la exposición –rehusó Sabina sacudiendo la cabeza, con una sonrisa tensa en los labios.

–Como quieras –dijo él, encogiéndose de hombros.

La atmósfera entre ellos había cambiado en los últimos minutos. Sabina había perdido la efervescencia que mostrara al principio y él quería que volviera.

–Sabina… –se interrumpió bruscamente, quedándose muy quieto mientras miraba la mano izquierda de la joven que sostenía la taza de café y se la llevaba a los labios, totalmente alelado al darse cuenta de que efectivamente había algo más que era diferente en Sabina aquella noche. Algo que debería haber notado mucho antes…

¡La mano izquierda no mostraba el enorme anillo de diamantes que, para Brice, había representado que Sabina era posesión de Richard Latham!

Sabina miró a Brice inquisitivamente, al darse cuenta de que

miraba su mano izquierda. Su desnuda mano izquierda.

–¿Dónde está tu anillo? –finalmente Brice reunió el coraje necesario para hacer la pregunta.

Sabina siguió actuando y se miró las manos desnudas. ¿Qué pensaría Brice si le decía que no llevaba el anillo porque ya no estaba comprometida? La verdad, probablemente, que Richard y ella ya no estaban juntos. ¿Y que era Brice la razón de que ya no lo estuviera?

Se acomodó en su asiento, y lo miró directamente a los ojos.

–No tengo ni idea de lo que Richard habrá hecho con él cuando se lo devolví –respondió ella con calma.

–¿Le has devuelto el anillo a Latham?

–Sí –confirmó ella parcamente–. No creí que fuera correcto seguir llevando el anillo una vez roto el compromiso –añadió con sequedad.

–¿Y cuándo se lo devolviste? –preguntó Brice lentamente pero tenso.

Si le decía que hacía tres semanas que se lo había devuelto, es decir, cuando regresaron de Escocia, Brice asumiría que él tenía algo que ver en la ruptura.

–Te he estado llamando a la casa en estas últimas tres semanas –le dijo Brice con dureza–, y la criada siempre me decía que no podías ponerte al teléfono.

–Supongo que es técnicamente correcto –respondió ella con una risa triste–. Hace varias semanas que no vivo allí. Mira, Brice, es muy tarde –añadió con firmeza, inclinándose para buscar su bolso–, y ha sido una noche larga, así es que si me disculpas…

–¡No, no te voy a disculpar! –exclamó él con una mueca que pretendía mostrar que estaba serio–. No puedes decirme que has roto con Latham y marcharte acto seguido.

–Claro que puedo –trató de razonar ella–. De todos modos, el compromiso se rompió de mutuo acuerdo –añadió ella con dureza–. No pasa nada, Brice –dijo ella quitándole importancia mientras Brice todavía la miraba con gesto adusto–. De hecho, he disfrutado mucho de mi libertad en estas semanas –añadió un poco sorprendida.

Algo había cambiado en ella la noche que se rompió el compromiso con Richard, se había reafirmado en su antigua

confianza en sí misma, en su independencia, el miedo con el que había vivido tantos meses se había esfumado por una buena razón…

–Me ha gustado volver a ser la misma persona que era antes, Brice –continuó–. Me he mudado a mi propio apartamento, hago lo que quiero, y voy a donde quiero. Tengo que admitir que había olvidado lo bien que se siente una –terminó con voz suave.

Y era cierto. Después del ataque que había sufrido, había vivido en un terror constante de que volviera a suceder y por eso agradeció tanto la amable oferta de Richard de protegerla. No se había dado cuenta en un principio del precio que tendría que pagar por ello…

Pero en las últimas tres semanas, había recuperado la confianza que había perdido después del ataque, estaba decidida a seguir así, y estaba disfrutando mucho. Más de lo que jamás hubiera esperado.

Había encontrado un apartamento y lo había comprado, lo había amueblado a su gusto, había recuperado la vida social con otras modelos y había decidido que simplemente no podía vivir aterrorizada, que quería llevar la vida de antes.

Incluso, aunque dudaba mucho que Brice se lo creyera, estaba deseando que llegara la cena de compromiso de su madre, realmente feliz por la felicidad de su madre y Hugh.

Había quedado con ella para comer una semana antes y las dos habían hablado largo y tendido como nunca antes lo habían hecho. Habían conseguido una cercanía que Sabina realmente adoraba, y su madre no le diría nada de esa conversación a Brice nunca, estaba segura de ello.

–Ya veo –respondió Brice lentamente–. Entonces no hay ninguna razón para que no pueda invitarte a cenar conmigo, ¿mañana? –invitó Brice, con voz profunda.

–¿Y por qué quieres que vaya contigo a cenar?

–¡Porque es demasiado pronto para pedirte que pases el resto de tu vida conmigo! –respondió, avergonzado.

Sabina abrió los ojos desmesuradamente, asombrada, mientras lo miraba sin poder creer lo que había oído. ¿Acababa de decir…? ¿Acaso le estaba diciendo Brice que la amaba?

–Por tu expresión entiendo que no quieres pasar el resto de tu vida conmigo –dijo Brice ásperamente al ver cómo Sabina sacudía

la cabeza–. Entonces, ¿nos vamos a cenar mañana?

Brice iba demasiado rápido para ella. Todavía estaba tratando de digerir la sorpresa de la segunda proposición. ¿Cómo podía saltar de una cena juntos a una vida juntos?

–¿Te importa retroceder un paso, Brice? –dijo ella suavemente, mirándolo con incertidumbre–. Es evidente que has estado flirteando conmigo en los últimos dos meses, y que me besaste un par de veces…

–Déjame decirte algo antes de que continúes, Sabina –la interrumpió con firmeza–. Yo no flirteo. Nunca lo he hecho. Y nunca lo haré –dijo sin más.

–Pero…

–En cuanto a los besos… –continuó sin hacer caso al intento de Sabina de hablar–, tenía dos opciones: besarte o ponerte en mis rodillas y darte unos azotes, y elegí la opción más agradable, claro.

Sabina tragó con dificultad, inmersa en una burbuja de felicidad. Una burbuja que temía pudiera explotar en el momento más inesperado.

–Brice, ¿podríamos ir a algún otro sitio? –frunció el ceño al decir eso–. A algún sitio donde podamos hablar en privado.

El bar del hotel estaba muy lleno todavía a aquellas horas de la noche. Él la miró largamente antes de responder.

–Pero ¿me contestarás antes de irnos si vendrás a cenar conmigo mañana? –dijo finalmente en voz baja.

Sabina pensó que, si había entendido bien, le prometería mucho más que una cena, pero no lo dijo en voz alta, y se limitó a asentir con la cabeza, demasiado aturdida aún para creer lo que Brice le estaba diciendo.

–De acuerdo. Vamos entonces –dijo Brice con satisfacción.

Sabina aceptó tímidamente la mano que él le tendía para ayudarla a levantarse del sillón, y allí la dejó, perdida en la calidez de Brice mientras caminaban en la complicidad de la noche.

Brice no se había sentido tan nervioso en toda su vida como en ese momento mientras le servía a Sabina un vaso de brandy. Sabina le había propuesto salir de hotel, y había conducido hasta la casa de este, pero aún no estaba totalmente seguro del motivo para

comportarse así. ¿Acaso lo había sacado de aquel lugar público para rechazarlo en privado? ¿O tenía alguna otra razón?

–Aquí tienes –dijo, cruzando la habitación para darle el vaso mientras él mismo bebía un sorbo del suyo, aunque el fuerte líquido no consiguió calmar su nerviosismo. Se sentía como un reo que espera su sentencia.

–Sabina…

–Brice…

Hablaron al mismo tiempo, y se sonrieron por haberse interrumpido el uno al otro.

–Tú primero –dijo Brice, que permaneció de pie, demasiado nervioso para sentarse. Tal vez Sabina ya no estuviera comprometida con Latham, pero eso no significaba que fuera a darle una oportunidad a él. De hecho, los comentarios que había hecho antes sobre su recién recuperada libertad parecían implicar más bien lo contrario. Aunque al menos había aceptado su invitación a cenar…

Sabina tomó aire profundamente antes de hablar, sin haber bebido una gota de brandy aún.

–Hay algo que tengo que decirte antes de… de…

–Dime lo que sea –dijo él con su tono áspero, tal vez con más dureza de la que quería mostrar, arrepentido al ver la tensión volver a los labios de Sabina–. Lo siento –suspiró–. Me temo que no soy muy paciente –admitió arrepentido.

–¡Vaya, nunca lo habría adivinado! –dijo ella con una leve sonrisa–. En cualquier caso, como ya te he dicho, ya no estoy comprometida con Richard –miró a Brice directamente a los ojos sin parpadear–. El compromiso se rompió hace exactamente tres semanas, justo en el momento en que regresamos de Escocia –admitió tristemente.

–Continúa –animó Brice con voz ronca, casi temeroso de respirar por si se rompía la intimidad de aquel momento.

Sabina suspiró y tomó un sorbo de su bebida antes de continuar.

–Yo fui quien sacó el tema, pero… Richard había llegado él solo a la misma conclusión. Yo… –frunció el ceño al recordar los insultos–. Ese día descubrí a un Richard que no había visto nunca. Un hombre que haría cualquier cosa, cualquier cosa –repitió con un escalofrío–, para conseguir un objeto único más que añadir a su

colección –miró a Brice con los ojos brillantes a punto de las lágrimas–. Dijiste antes que era muy pronto para saber si esas horribles cartas habían terminado. Puedo asegurarte que lo han hecho –dijo brusquedad–, ¡porque era Richard quien las enviaba!

Sabina sonrió tristemente al ver el desconcierto en el rostro de Brice.

–Difícil de creer, ¿verdad? A mí todavía me resulta difícil creer haber confiado en ese hombre –sacudió la cabeza con disgusto–. Pero es cierto, Brice. Richard y yo discutimos ese día cuando volvimos de Escocia. Me dijo cosas que... –tragó con dificultad–. Estaba enfadado porque había adivinado... estaba enfadado –repitió sin más–. Y en su furia me dijo que cuando nos comprometimos fue el quien comenzó a enviarme las cartas.

–¿Pero por qué? –preguntó él con aspereza.

–¿No lo adivinas? –dijo ella con una mueca de dolor.

–¡Para que tuvieras que depender de su protección siempre! –dijo Brice furioso, adivinando de repente la razón–. Evidentemente te habías vuelto extremadamente vulnerable después del ataque y muy susceptible a la aparente bondad de Latham, me temo...

–Mucho. Lo cierto es, Brice, que Richard y yo nunca estuvimos enamorados. Nosotros... hicimos un trato –admitió con brusquedad–. Richard me protegería y yo... yo...

–Tú serías el preciado nuevo objeto de su colección –Brice terminó la frase que ella había comenzado, incrédulo.

–Así es –admitió con una mueca de disgusto–. Estaba aterrorizada después del ataque, Brice. Era completamente vulnerable, como tú has dicho –lo miró implorante.

–Y él quería que siguieras teniendo miedo –gruñó Brice furioso al comprenderlo todo–. El hijo de... ¡Cómo se atrevió a hacerte algo así!

–Antes dijiste que aquel día cuando fuiste a hablar con él sobre el retrato y te dijo que yo estaba enferma, debía de ser porque había recibido otra carta. Tenías razón. La envió porque el día anterior había vuelto temprano a casa y yo estaba en tu casa y terminamos yendo a cenar. Él supo... dónde había estado.

–¡Clive! –adivinó Brice, disgustado.

–Sí –suspiró Sabina–. La carta era mi castigo por verte sin su consentimiento. He tenido tiempo para pensar en todo esto, Brice, y

me he dado cuenta de que recibía una de esas cartas cada vez que Richard pensaba que necesitaba recordarme que le pertenecía. De hecho, eso era lo que aquellas cartas decían «Eres mía» –Sabina tragó con dificultad.

–Lo mataré –Brice apretó los puños–. Disfrutaré rompiendo cada uno de sus huesos.

–No importa, Brice –dijo ella, sacudiendo la cabeza.

–¡Que no…! ¡Me importa a mí, maldita sea! –bramó furioso–. Me gustaría…

–Ya no importa, Brice –dijo ella con brusquedad, levantándose–. Las razones para comprometerme con Richard nunca fueron buenas, en realidad –admitió–. Me sentía expuesta a otro ataque, tenía miedo y, aunque conocía a Richard desde hacía algún tiempo, no acepté el compromiso hasta que sucedió el ataque. Ahora me doy cuenta de que fue un tremendo error. Aunque me gustaba Richard, nunca lo amé. No como te amo a ti –añadió en voz baja, tanto que Brice no estaba seguro de haber entendido bien.

¡De hecho, estaba seguro de que debía haber entendido mal!

Sabina miró a Brice, comprensiva ante la expresión de total asombro que mostraba él. Estaba tan asombrado como ella lo estuvo cuando él le había pedido en el hotel que saliese con él a cenar porque le parecía demasiado pronto para pedirle que pasara el resto de su vida con él.

Sabina se humedeció los labios secos.

–Richard es… un hombre extraño, en muchos aspectos –comenzó a decir Sabina, sin mirar a Brice a los ojos–. ¿Tienes idea de qué fue lo que le hizo decidir que ya no era perfecta, después de todo?

–¿Tiene algo que ver conmigo? –Brice puso cara de mal humor y Sabina soltó una carcajada con algo de tristeza.

–¡Todo tiene que ver contigo! Parece que Richard es un hombre al que le gusta admirar sus posesiones, pero solo con la vista. Yo… él… –Sabina se detuvo, sintiendo que se ruborizaba–, a Richard le horroriza pensar en el contacto físico con otra persona… cualquier persona –dijo Sabina, poniendo énfasis en esto último.

–Pero yo pensé… –dijo Brice, su gesto más perplejo a cada momento.

–Sé lo que pensabas, Brice –suspiró Sabina–. Por mutuo acuerdo

tuvimos, desde el principio, habitaciones separadas, y lo mismo cuando viajábamos. Por eso no nos costó nada dormir separados cuando estuvimos en el castillo de tu abuelo –añadió con tristeza–. Eso era parte del trato también. Pensé que era respeto hacia nuestra amistad, pero… parece que Richard encuentra asquerosa la idea de tener contacto físico con alguien, algo que rompe la integridad de la persona. Me di cuenta de ello hace tres semanas.

–Ese hombre es más raro de lo que creía, aunque eso no cambia el hecho de que vaya a hacerle una visita, para asegurarme de que le quede claro que no quiero que se vuelva a acercar a ti nunca más.

–No lo hará –Sabina dijo con absoluta certeza–. Richard y yo hemos llegado a un acuerdo… ¡otro! –añadió ella avergonzada–. Él se mantendrá fuera de mi vida, y de mis amigos y mi familia, y yo no le diré a la policía que él era el autor de las cartas anónimas. Creo que es justo.

–No para mí –dijo Brice con aspereza–. No volver a verte no es suficiente castigo para lo que te hizo.

–Richard no quiere volver a verme –le aseguró–. Ya no me considera única –añadió con suavidad.

–¿Pero por qué? –preguntó Brice, estudiándola con los ojos entreabiertos.

–Hay varias razones, pero la principal es que está seguro de… la atracción física que hay entre tú y yo.

–¡Es que a mí me resulta muy difícil estar más de cinco minutos contigo, en la misma habitación, sin querer hacerte el amor! –admitió impaciente.

Sabina rio suavemente. Era exactamente lo mismo que sentía ella cuando estaba con él.

–¡Pues llevamos aquí casi quince minutos! –dijo Sabina, en tono provocador, mirando con candidez al hombre que amaba.

Brice la miró con ansiedad, relajándose al ver la pícara expresión en la mirada de Sabina.

–Un descuido por mi parte –contestó Brice mientras cruzaba la habitación y se colocaba frente a ella–. Te quiero, Sabina. Y quiero casarme contigo.

–Antes de contestar a eso, quiero asegurarte algo –contestó ella suavemente.

–¿Qué? –dijo él, impaciente.

Sabina sonrió ante su impaciencia.

–Quiero decirte que ya no hago nada pensando en el miedo que pasé hace unos meses. Nada. Me alteró en su momento, pero ya lo he superado y habría ocurrido mucho antes de no ser por el comportamiento de Richard. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Brice?

–Ya no haces nada pensando en el miedo que pasaste hace unos meses –repitió con evidente impaciencia.

–Exacto –asintió con la cabeza, llena de satisfacción–. Entonces mi respuesta es sí –dijo acercándose a él con confianza, apoyando la cabeza en el hombro de él.

Brice la miró con sorna.

–¿Sí, te quiero? ¿O sí, quiero casarme contigo?

–Sí… te quiero. Y sí… quiero casarme contigo –respondió sin dudar, los ojos brillantes de amor.

Brice gruñó de placer, y cerró los ojos unos segundos.

–Aún no puedo creer que me esté pasando.

Ella sonrió porque sentía lo mismo. Pero era verdad, Brice y ella se amaban, iban a casarse.

–Estoy segura de que puedo encontrar la manera de que te convenzas –murmuró ella con voz ronca a su oído.

Brice alzó las cejas, siguiendo el juego.

–¿Acaso me está haciendo una proposición indecente, señorita Smith? –fingió sorpresa.

–Se la estoy haciendo, señor McAllister –confirmó ella, sin dudarlo ni un momento.

Brice la atrajo a sus brazos y buscó con ansia sus labios. Y Sabina supo que aquello era realmente amor y cuidados y deseo, todo lo que debía existir entre dos personas que se aman y quieren pasar el resto de sus vidas juntas…

Epílogo

TENGO que decir, Logan, que creo que la tía Meg se lo ha tomado bastante bien –bromeó Brice antes de dar un sorbo de su copa de champán.

Los dos hombres se volvieron para mirar a la madre de Logan, la actriz Margaret Fraser, que permanecía al otro lado de la habitación junto a Darcy, la mujer de Logan, haciéndole gracias al bebé que Darcy sostenía en brazos en actitud maternal.

–Pensé que ya fue bastante para ella cuando la hicisteis abuela, pero ahora aparece una madrastra que solo tiene diez años más que ella –se dio la vuelta para mirar a su abuelo, recién casado, que permanecía junto a su flamante esposa saludando a los invitados que iban llegando a la recepción.

Joan estaba absolutamente preciosa con su vestido de satén color crema, pero era a la hermosa dama de honor, de pie junto a la novia, a quien Brice miraba, arrobado.

Sabina. Su esposa. Desde hacía dos semanas, cuatro días y… tres horas.

Y habían sido las dos semanas, cuatro días y tres horas más felices que Brice podía recordar.

La sonrisa hipnotizadora que Sabina le dedicó le decía que le había leído el pensamiento, y que ella se sentía igual que él.

Ya no había sombras de terror en los ojos de Sabina, solo la expresión del amor y la felicidad. Brice quería que siguiera siendo así. Aunque no fuera a contárselo a Sabina, había hablado con Richard y le había dejado claro lo rápida que podía ser su reacción si se atrevía a amenazar a Sabina otra vez.

–¿De qué habláis vosotros dos tan en secreto? –preguntó Fergus, que se había unido a sus primos, con una copa de champán en la mano.

–¡Qué diferentes son nuestras vidas ahora y hace un año y medio! –murmuró Logan, sonriendo burlón–. Mucho mejores, debo

añadir –dijo con firmeza.

Fergus echó un vistazo al salón, asintiendo con satisfacción.

–La madre de Logan, Meg, se casó con el padre de Darcy, Daniel. Logan y Darcy se casaron y ya tienen un precioso bebé. Chloe y yo nos casamos hace ahora casi un año y nuestro bebé llegará en tres meses. Incluso el abuelo nos has sorprendido a todos al encontrar la felicidad junto a la madre de Sabina. Y en cuanto a este truhán de aquí… –al decir esto último, Fergus dio una palmada afectuosa a Brice en la espalda–. ¡Todavía no sé qué habrás hecho para convencer a esa hermosa mujer para casarse contigo! –Fergus sacudió la cabeza con burlona incredulidad después de mirar a Sabina con su preciso vestido azul celeste.

–Encanto personal y miradas significativas –respondió Brice en el mismo tono.

–No me digas –dijo Logan con una mirada escéptica.

–Me han dicho que me viene de familia –Brice sonrió.

–¿Y quién te ha dicho eso? –Fergus le tiró de la lengua.

–El abuelo –respondió Brice con satisfacción.

–Oh, bueno –rio Logan–, si lo dice el abuelo… –y miró a su abuelo, que saludaba sonriente junto a su esposa–. Es bonito verlo tan feliz de nuevo, ¿verdad, chicos?

–Mucho.

–Sí.

Fergus y Brice respondieron al mismo tiempo y los tres se sonrieron con fraternal cariño.

–Bueno, qué felices se os ve a los tres –dijo Chloe, la mujer de Fergus, mirándolos inquisitivamente, colocándose junto a su marido.

–Es cierto –convino Darcy uniéndose a ellos después de dejar a su bebé en brazos de Logan.

–¿Y por qué no habían de estarlo? –murmuró Sabina, enlazando sus brazos con los de Chloe y Darcy–. Si están casados con nosotras –añadió con su peculiar sonrisa pícara que hizo que los demás rieran también.

Brice la miraba, radiante de felicidad y de orgullo, con un amor exultante que incluía a toda la familia.

¡El clan McDonald estaba completo!